



Mi pequeño milagro

ÁFRICA
HUERTAS

Lyl
EDITORIAL
Romantic



Mi pequeño milagro

ÁFRICA
HUERTAS

L&L
EDITORIAL
Romántica

Mi pequeño
milagro

Reedición: Abril de 2.017

Copyright

© África Huertas 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-16609-35-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

*Mi pequeño
milagro*
África Huertas

Lxl
EDITORIAL
Romantic

*“Las cosas que nos hacen más felices
llegan sin más. Una sonrisa. Una mirada.
Un segundo que lo cambia todo.”*

Agradecimientos

Esta historia se la dedico a mi madre, la primera en conocerla mucho antes de haberla escrito y la primera que se enamoró de ella. Pero también se la dedico a todas las madres y padres del mundo que dan cada día su vida entera por sus hijos.

Me gustaría agradecerle a mis editoras de Lxl todo, volver a confiar en mí y en mi nueva obra y trabajar en ella para conseguir hacerla realidad. Gracias a Angy, por dejarme disfrutar de nuevo de otra novela terminada y saborearla entre mis manos. Gracias a todos vosotros que me escribís cada día felicitándome por mis libros, que me pedís que siga haciendo algo tan bonito como cumplir mis sueños: escribir. Si algún día, simplemente, este sueño se termina habrá valido la pena todo lo que dejo detrás. Gracias de corazón.

Primera parte

Septiembre

Capítulo 1

Me mantengo alerta sin bajar la guardia. Espero sentado en uno de los bancos intentando mantener el control, esperando a que me permitan hacer mi llamada. Joder, ni siquiera ha sido culpa mía, ese imbécil no pudo mantener la boca cerrada. Pero nada de eso importará cuando hable con mamá, nada. Uno de los policías avanza hacia la celda y se detiene frente a los barrotes.

—¿Jordan Brown? —pregunta sin apartar la vista de una carpeta que sostiene en una mano—. ¿Quién de vosotros es Jordan Brown?

Los demás encarcelados se miran entre ellos, veo a un tipo muy tatuado con una larga melena oscura y con pinta de motero; a su lado dos tíos sentados con muy mal aspecto, no necesito preguntar para saber que son drogadictos, quizás camellos o quizás simplemente los hayan pillado con droga encima. Apostaría que coca. Me levanto del asiento.

—Yo soy Jordan Brown —digo bien alto y bien claro.

—Bien, puedes salir a hacer tu llamada —el guarda se prepara para abrir la puerta, sin prestarme demasiada atención.

Abre apenas unos centímetros, por suerte soy un chico delgado y no necesito mucho más. Vuelve a cerrar sin apartar la vista de mí, como si me analizara de arriba abajo, como si me perdonara la vida.

—¿Puedo fiarme de ti o tengo que ponerte las esposas? —pregunta con una ceja levantada.

—Yo no me fiaría mucho, pero tampoco es que vaya a llegar muy lejos estando en una comisaría —contesto desafiante.

—Vaya, un listillo —deja la carpeta sobre una mesa de escritorio que hay justo detrás de él y comienza a sacar las esposas de su cinturón—. Levanta las manos.

Obedezco la orden, de hecho debe ser una de las pocas órdenes que obedezco desde hace mucho tiempo. El policía junta mis manos y aprieta con fuerza las esposas, noto un golpe en la muñeca pero me niego a darle el gusto de oír mis quejidos, así que, mantengo la boca cerrada. Espero vacilante sin apartar mis ojos marrones de él.

—¡Vamos a qué esperas! —Me empuja por la espalda con la intención de que avance y es entonces cuando lo hago.

Caminamos por un pasillo bastante ancho, con un par de celdas más en uno de sus lados y cruzamos la puerta para detenernos en una especie de habitación iluminada con luces amarillas que parece dar paso a otro pasillo. El teléfono cuelga de una de las paredes. Me detengo cerca de la puerta a varios metros de él observándolo desafiante.

—Tienes cinco minutos —me dice con cierto tono desagradable en su voz.

El policía camina hacia el otro pasillo para detenerse finalmente al comienzo, apoyando su espalda en la pared con los brazos cruzados. Menudo gilipollas, ni siquiera me ha aflojado las esposas para poder hablar. Saco algunas monedas que han quedado olvidadas en el fondo de mi bolsillo y meto una a una dentro con cierta dificultad a causa de la inmovilización de mis manos. Agarro el teléfono y descuelgo, lo pego a mi oreja y escucho el sonido. Hay línea.

He llamado tantas veces a mamá que recuerdo sin problemas el teléfono fijo de casa. Comienzo a pulsar los números correspondientes. Hay tono, aunque nadie responde al otro lado, pero aguardo junto al teléfono. Mi vista topa con el policía idiota y me doy la vuelta buscando cierta intimidad para hablar. No sé qué hora debe ser, pero sin duda ella estará durmiendo desde hace bastante rato.

—¿Quién es? —responde al fin.

—Mamá soy yo, Jordan —bajo la voz.

—Jordan, ¿qué ocurre? ¿Desde dónde llamas? —La puedo notar dormida y algo confusa.

—Mamá estoy en comisaría —pego mis labios al teléfono.

—Jordan —dice mi nombre con tristeza—. ¿En qué comisaría estás?

—Aquí, en Mandeville —la conozco bien, quizás más de lo que debería, no es la primera que acabo aquí—. Mamá necesito que vengas a por mí.

Mamá se queda en silencio. Nada se percibe de la otra línea, solo una débil respiración. Ya sé que soy el hijo malo, el que siempre acaba decepcionándola.

—Voy en seguida —dice al fin.

—Gracias mamá —susurro.

Vuelvo a colgar el teléfono en su sitio. Soy la última persona que querría estar en este lugar un martes por la noche, pero parece que todos los problemas del mundo vienen a mí. Paso las manos por mi cara antes de

volver a recuperar la postura y la expresión, me doy la vuelta cara al policía. Le echo un vistazo y, a pesar de parecer un idiota, me entiende de inmediato.

Juntos volvemos hacia la celda, donde al menos tendré que esperar media hora más. El policía inútil me desabrocha las esposas poco antes de introducirme de nuevo en el pequeño habitáculo. Cierra los barrotes con fuerza y se larga de allí de inmediato. Aguardo un par de minutos más agarrado a esos barrotes de color verde antes de darme la vuelta y volver a toparme con los mismos tipos de antes. Uno de ellos se ha tumbado en el banco donde estaba sentado, con un brazo sobre su cabeza y una pierna flexionada. Mantengo la boca cerrada, ya he tenido suficiente por esta noche.

Al final del segundo pasillo se encuentra la comisaría, la enorme sala por la que he entrado hace varias horas. Llena de polis uniformados de un lado a otro, un par de detenidos esperan sentados y esposados en uno de los bancos de la derecha, otro es llevado por otro poli hacia una sala, la sala de interrogatorios. Y entre tanta gente, dos caras conocidas. Avanzo hacia ellas preparándome para la bronca descomunal que mamá va echarme en cuanto me tenga cerca. Ninguna de las dos parecen haberme visto, aunque no dejan de buscar entre la gente, mirando de un sitio hacia otro, imagino que ambas están demasiado adormecidas todavía. Los ojo oscuros de Summer me encuentran entre la gente, es ella la que avisa a mamá de que me aproximo a ellas con un sutil y débil movimiento de brazo. Mamá se da la vuelta y nuevamente esa expresión de decepción y preocupación se dibuja en su cara. Las dos me miran, serias, enfadadas. Cansadas.

—Gracias por venir —es lo primero que les digo—. No sabía que ibas a venir Summer.

—Tu madre no podía coger el coche —responde sin cambiar de expresión.

—¿Y eso por qué? —arrugo la frente.

—Porque no se encontraba...

—Déjalo Summer —interrumpe mamá.

Mamá tiene su propio coche, un Toyota de color plateado que se compró hace unos años. Siempre ha conducido, era ella la que nos llevaba a Dani y a mí a la escuela siendo niños hasta que no pudo hacerlo porque tenía que ir a trabajar y tuvimos que coger el autobús amarillo.

Metó las manos en los bolsillos de mi chaqueta negra y agacho la cabeza. Mamá no puede apartar sus ojos oscuros de mí, con el ceño fruncido y la

vena del cuello marcada, como cuando alguno de los dos acababa haciendo alguna trastada y ella se veía obligada a borrar su habitual y enorme sonrisa para sonar seria y enfadada.

—Será mejor que nos vayamos ya —desvía su mirada hacia la puerta de la comisaría.

—Sí, mejor —apoya Summer.

Me subo al Chevrolet de Summer sin decir absolutamente nada, tampoco ellas abren la boca. Nos ponemos en marcha, no hay mucho recorrido desde la comisaría a casa aunque la forma más rápida y directa de llegar es sin duda con el coche.

—¿Por qué no has venido con tu coche? —insisto.

No es que me importe que Summer se preste voluntaria en casos como estos, pero ni siquiera entiendo muy bien por qué lo hace. Qué más le da a ella, qué le importa que pase o no una noche entre rejas.

—No encontraba las llaves —responde con frialdad.

—Pero si siempre las dejas en la entrada —sueno incrédulo, pero es mamá, supermamá.

Ninguna dice nada, aunque puedo ver como Summer la observa de reojo apretando los labios para evitar abrir la boca, pero no lo conseguirá mucho tiempo, es por naturaleza una bocazas. Paramos en el *Stop* antes de girar hacia la avenida. Summer va frenando lentamente a medida que nos acercamos a casa. Mamá vive en un pequeño edificio de dos plantas, con dos vecinos en cada altura; Summer vive con sus padres en una pequeña casita individual frente a mamá. Siempre fue la vecina pesada. Se detiene el coche.

—Muchas gracias Summer —mamá le dedica una hermosa sonrisa antes de acariciar su mejilla.

—Sabes que puedes llamarme cuando me necesites —responde ella también con una sonrisa.

No es que no soporte a esta chica, pero nunca me pareció demasiado normal. Iba y venía siempre sola, siempre marginada en el instituto, sin amigas; y encima enamorada de mi hermano Dani, que por supuesto jamás en la vida le prestó demasiada atención, aunque claro, con un pibón como Alison cualquiera se hubiera fijado en la niña rarita con gafas de pasta. Aún hoy en día las lleva, aunque más modernas.

—Jordan —me echa mamá una mirada amenazadora—. No tienes nada que decirle a Summer.

—Kelly no es necesar...

—Gracias —respondo con cierta burla.

Mamá aparta su mirada de mí para volver a dedicar una sonrisa a Summer antes de bajar del coche. Caminamos hacia casa en silencio, puedo escuchar los ladridos del perro del señor Nelson, el vecino de al lado, no soporto a ese chuchó, tampoco al dueño, por culpa de su enorme boca mamá me castigó un mes sin salir. Aún le debo una.

Entra ella primero, deja las llaves en el recipiente que hay sobre el mueble del vestíbulo y comienza a deshacerse de la chaqueta. El otoño no suele ser demasiado duro en Mandeville, pero aún así refresca. Cierro la puerta. Aún espero la bronca de mamá en cualquier momento.

—Puedes quedarte en casa esta noche, es muy tarde para que te vayas —y sigue sin mirarme a la cara.

—Sí, voy a quedarme —digo en voz baja.

—Bien, pues buenas noches Jordan —un segundo, tan solo me mira un segundo.

—Buenas noches mamá —y agacho nuevamente la cabeza.

Abandona el vestíbulo hacia el pasillo que conduce a las habitaciones. Oigo como cierra la puerta despacio, sin moverme ni un solo centímetro. Creo que prefiero, en momentos como estos, a la madre que me grita con fuerza y que repite una y otra vez “¡Pero Jordan! ¿Cuándo piensas encauzar tu vida?”

Capítulo 2

Noto un dolor punzante en el costado, tardo unos segundos en recordar que fue en ese lado precisamente donde más puñetazos recibí anoche en aquel apestoso club. Estiro mi espalda tumbado sobre mi vieja cama y el dolor se incrementa un poco más. Joder, seguro que me saldrá un moratón pronto.

Salgo de la cama, quedándome sentado en el borde con la vista fija en mis sucias zapatillas, embelesado. Tengo la costumbre de dormir sin camiseta, siempre lo he hecho, sea verano o invierno, nunca me importó demasiado ese pequeño detalle. Giro mi cabeza hacia el lado izquierdo y ahí está, el resultado visible y doloroso de lo que anoche sucedió. Intento palparlo con las yemas de mis dedos pero aún sigue demasiado sensible la zona como para mantener mi mano en ella. La aparto.

Impulso mi cuerpo hacia arriba para lograr ponerme en pie y lo consigo sin problemas. Estiro de mi camiseta, la misma que anoche dejé sobre la silla de la habitación, y me la pongo lentamente sintiendo el dolor fuerte en cuanto mi brazo izquierdo se queda levantado. Maldita sea, esto es lo peor de noches como las de ayer, los dolores que me dejan varios días después. Muevo la cabeza un poco en un intento de peinar mi negro cabello, ya es hora de que vaya a cortármelo, pronto comenzaré a ver algún rizo caer de él y no lo soporto.

Nada más salir de mi antigua habitación escucho la televisión del comedor puesta, a todo volumen, como siempre. Froto mi cara para despejarme un poco antes de que mamá me vea y me obligue a lavarme el rostro con agua. La encuentro en la cocina preparando el desayuno, inquieta, como de costumbre.

—Buenos días —alzo la voz por encima del tipo que da las noticias.

—Buenos días Jordan —al menos parece animada—. Siéntate y te pongo el desayuno.

—No es necesario mamá, tengo que...

—Siéntate —repite con insistencia.

Mi madre es una de las pocas personas en el mundo que puede controlarme con tanta firmeza, con tanta facilidad. La quiero, es mi madre, la

que nos ha traído a este mundo, la que luchó por mi hermano pequeño y por mí cuando papá se largó de casa siendo Dani un mocoso. Siempre con nosotros, para todo.

Deslizo mi vista por algunos de los marcos de fotografías que hay sobre el aparador del comedor, en todos ellos salimos nosotros; de pequeños, no tan pequeños, de adolescentes... Después simplemente nos negamos a que mamá siguiera sacando fotografías todo el tiempo. Contemplo a Dani desde la silla del comedor, nunca nos parecimos demasiado, de hecho el tiene ciertos rasgos físicos de papá —o al menos eso dice mamá— yo me parezco mucho más a ella, el cabello oscuro, rizado, los ojos marrones claros. Pero fue Dani el que heredó la inteligencia de mamá. Ahora está en California, en Stanford, junto a su novia Alison estudiando Derecho. Pero ni siquiera el santísimo Daniel es capaz de mantenerse a raya, hace cosa de un año apareció por casa con su novia de toda la vida, Ali, y nos comunicaron que iban a traer a este mundo un bebé. ¡Un bebé! Por el amor de Dios, ¿quién en su sano juicio trae un bebé al mundo con veinte años? Mamá dice que es una niña preciosa.

—Anda, come algo —deja frente a mí un plato con un huevo revuelto y una taza de café.

—Mamá no hacía falta que...

—Come —ordena.

—Vale, gracias —dibujó una sonrisa en mi rostro.

—Siempre fuiste un renegón —rechista al mismo tiempo que ocupa el asiento que hay a mi derecha.

Apoya el codo en la mesa y la barbilla en la mano mientras me observa comer, como cuando era tan solo un crío hiperactivo. Alterno mi vista entre el plato que tengo delante y su rostro, y es en una de esas veces cuando me percató de la rojez de su muñeca izquierda, no demasiado visible pero lo suficiente como para darme cuenta al momento. Mamá siempre fue una mujer de piel clara, por eso resultó tan visible las primeras veces que sus muñecas enrojecieron, de ahí al diagnóstico pasó al menos seis meses.

—¿Por eso no pudiste coger el coche anoche? —Señalo con mi cabeza su muñeca.

—¿Qué? —Mamá se mueve rápida, intentando ocultármela, pero ya es tarde.

—¿Desde cuándo estás con los dolores? —Me preocupa, claro que me preocupa, me preocupa mucho. Dejo los cubiertos sobre la mesa.

—No me duele —desvía sus ojos de los míos.

—Mamá, ¿desde cuándo? —insisto pacientemente.

—Hace un par de días —acaba respondiendo.

—¿Y no me lo habías dicho? —Me enfado, conteniendo la rabia dentro.

—Jordan estoy bien, ya me he acostumbrado, sé cómo llevarlo —echa la silla hacia atrás y se levanta—. Además, tienes que explicarme qué sucedió anoche, en qué andas metido ahora.

Mamá cruza los brazos a la altura de su pecho, manteniéndose firme tras la silla de la que se ha levantado. No soporto que haga eso, cambiar de tema cuando su enfermedad aparece en nuestra conversación. No lo soporto.

—Me peleé, nada más —agacho mis ojos contemplando el pedazo de huevo revuelto que aún queda y que no pienso comerme, ni siquiera tenía hambre cuando he salido de la habitación.

—¡Oh por Dios Jordan! —deja caer sus brazos—. ¿Cuándo vas a madurar? Tienes veintitrés años, hasta tu hermano ha...

—Ya sé que Dani es don perfecto —interrumpo con sarcasmo.

Mamá respira hondo antes de acercarse a mí un poco más. Coloca su mano en mi cabeza y la desliza con suavidad por mi negro cabello; tiene todo el derecho del mundo a enfadarse, no le doy más que disgustos.

—Te quiero Jordan —pide desesperadamente que levante mi cabeza para verla, y yo lo hago—. Sabes que jamás te he comparado de ese modo con Dani, cada uno de vosotros sois distintos, tenéis vuestros defectos, pero también vuestras virtudes. —En sus ojos solamente puedo percibir cariño.

—Lo sé mamá —jamás he creído que nos quisiera más o menos a uno de los dos.

—Me preocupas Jordan, veo como tiras tu vida por la borda y no sé qué hacer. Cómo ayudarte —y la expresión de cariño se vuelve dolorosa para convertirse en tristeza, desesperación.

—Mamá tú no tienes que hacer nada... no es por tu culpa —me entristece verla así, pero ni siquiera es algo que haga aposta, intencionadamente.

—Ya, bueno —mamá deja caer la mano que acaricia mi pelo para poder coger el plato que casi he vaciado. La freno en seco.

—Lo hago yo mamá —coloco mi mano sobre su brazo.

Sé perfectamente que durante los periodos en que la hinchazón, la rojez y el dolor de sus muñecas regresan, a causa de su enfermedad, apenas puede hacer movimientos. Esta vez parece ser más débil que en otras ocasiones,

pero me preocupa que vaya a más si lo fuerza. Ni siquiera estaba enferma hacía cuatro años, fue de repente, un dolor fuerte y agudo en la muñeca derecha un día, la misma sensación en la otra días después, y un ataque que paralizó sus movimientos casi por completo semanas más tardes. Fue entonces cuando los médicos pusieron mayor énfasis en las pruebas, en los análisis... seis meses después le diagnosticaron Artritis Reumatoide.

Dejo el plato en el fregadero con cuidado de que no se rompa, no sería la primera vez que hago añicos un plato de diseño, de esos que compra mi madre para modernizar un poco su cocina, como suele decirme. Cuando me doy la vuelta la encuentro tras de mí, apoya en el marco de la puerta de la cocina, contemplándome.

—¿Vas a estar bien? —No me tranquiliza tener que dejarla sola.

—Claro que sí Jordan —dibuja una sonrisa en su rostro—. Además está Summer, esa chiquilla se porta de maravilla conmigo.

—Sí, es cierto —aunque nunca haya tenido mucho trato con ella debo darle la razón a mamá, por algún extraño motivo Summer va y viene continuamente a casa de mamá, van juntas a comprar, a pasear, a Pilates. Tiene la edad de Dani y pasa su tiempo con una mujer tan mayor como su madre, es un bicho raro, eso seguro. —Pues entonces me marcho mamá.

—Claro —camina hacia mí hasta alcanzarme y besar mi mejilla—. Intenta no meterte en más follones en lo que queda de día. —Bromea.

—De acuerdo —dejo escapar una pequeña sonrisa. Ella también.

La dejo atrás mientras me alejo de ella para salir de la cocina. Necesito ir a casa, darme una ducha, despejarme un poco; y nada mejor que ir al ring para eso.

—¡Jordan! —Me llama a punto de salir de la cocina.

Giro mi cuerpo después de detenerme.

—¿Qué? —Alzo las cejas.

—Casi se me olvida decírtelo —mamá avanza hacia mí.

—¿Decirme qué? —Arrugo la frente.

—Ayer llamó tu hermano, quiere que lo llames en cuanto puedas. Dice que quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —Me extraño. Dani y yo nunca nos hemos llevado mal del todo, pero de ahí a tener una relación de todos los días tampoco—. ¿Para qué?

—No me lo ha dicho, solo quiere hablar contigo —mamá también parece

sorprendida, aunque se moleste en ocultarlo.

—Vale —asiento sin querer expresar demasiado. Hablar de Dani es sin duda otra de las conversaciones inacabables de mamá—. En cuanto pueda lo llamo.

—Muy bien —parece satisfecha.

—Adiós mamá —acerco mi rostro al suyo para darle un beso en la mejilla.

—Adiós Jordan —ella acaricia de pasada mi cara—. Y ten cuidado.

Muevo la cabeza de arriba abajo con una pequeña sonrisa en mi rostro. Recupero mi chaqueta oscura del perchero que hay tras la puerta principal y voy poniéndomela mientras salgo de casa. Un viento helado golpea contra mi cara y rápidamente cierro mi chaqueta en busca de calor, me tocará andar hasta la avenida para hacerme con un autobús que me lleve a casa. A penas duro unos meses en los trabajos de mierda que consigo, y a penas me da para el alquiler de mi pequeño apartamento, donde antes vivía con mi amigo y compañero de piso Oscar, hasta que su novia Jane insistió en irse a vivir juntos y me dejó tirado como a un perro. Ahora simplemente malvivo como puedo.

Capítulo 3

Summer cruza su jardín al tiempo que alcanzo la acera, levanto un poco la cabeza para saludarla y ella responde levantando su mano con delicadeza. Lleva su pelo castaño recogido en una coleta y esas enormes gafas negras. Sonríe, y su sonrisa es casi tan larga como la de mamá. Me ve caminar a paso lento hacia la otra dirección, con las manos dentro de los bolsillos de mi chaqueta buscando calor.

—¿Quieres que te lleve? —Alza la voz.

Detengo mi paso, en realidad no es mala idea en absoluto. Nunca me ha entusiasmado demasiado el transporte público. Summer abre la puerta del copiloto para meter su mochila y cierra de golpe sin apartar sus ojos oscuros de mí. Cruzo la carretera para alcanzarla, mirando hacia un lado y otro.

—¿Seguro que no te importa? —Sigo agazapado buscando calor.

—Sube, aún tengo tiempo —abre la puerta del conductor para entrar en el vehículo, yo rodeo el coche velozmente para subir por el otro lado.

Noto un calor reconfortable nada más cerrar la puerta. Summer pone en marcha el coche para poder encender después la calefacción. Creo que jamás, a estas fechas ha hecho tanto frío en Luisiana como este año.

—Gracias —sonrío.

—A mí no me cuesta nada —nos ponemos en marcha—. ¿Cómo está Kelly?

—Bien, bueno ya la conoces —la miro de reojo.

—Sí, jamás reconocerá que le duele más de lo que dice —se maneja con bastante soltura—. ¿Vas a casa?

—Sí, pero si no te viene bien puedes dejarme donde sea —pongo las manos cerca de donde sale el calor.

—Aún tengo tiempo —me sonrío.

—¿Vas a clase? —Mamá me contó que estaba estudiando en la universidad de Nueva Orleans, lo que no recuerdo es la especialidad.

—Ajá. Hoy entro más tarde —se detiene en el *Stop* antes de girar hacia la izquierda.

Vivo a un unas cuantas manzanas de aquí, mucho más próximo al lago, de hecho si cruzo dos calles más llego a la gran avenida Lakeshore con vistas al

agua, con vistas al gran lago. Summer detiene el coche frente al edificio donde vivo con una arquitectura muy similar a mi antigua casa, al edificio donde vive mamá.

—Gracias por acercarme —salgo del coche con prisas.

—No tienes que dárme las —me observa agarrada al volante.

—Hasta luego —alzo la mano instintivamente.

—Adiós Jordan —vuelve a ponerse en marcha.

Subo las escaleras hacia el primer piso, saco las llaves del bolsillo trasero de mi pantalón y abro veloz la puerta. Mi apartamento es enano, un salón de tamaño reducido que comunica directamente con una vieja cocina, un baño pequeño en el otro extremo y dos habitaciones que más podrían ser cajas de zapatos. Aún así, sin Oscar, me parece enorme.

Echo las cortinas hacia un lado en busca de un poco más de luz, la penumbra consigue que parezca más pequeño de lo que es, mucho más siniestro. Una vacía y solitaria cueva. Un golpe de luz ilumina de inmediato el salón. Sobre el sofá tengo algunas de mis sudaderas, sobre la mesa pequeña de enfrente una caja de pizza cerrada; creo recordar que aún queda algún trozo dentro. Abro la nevera para coger algo de beber, pero la encuentro vacía. Mamá suele llenármela cuando viene a verme muy de vez en cuando, pero hace tiempo que no se pasa por aquí y lo prefiero. Meto la mano en el bolsillo de mi vaquero y encuentro algo de calderilla suelta y un par de billetes. Los echo sobre la barra de la cocina. Tengo sed y no hay ni una birra.

Alcanzo uno de los vasos limpios para llenarlo de agua del grifo y beber, el agua sabe a rayos. Soy un desastre, un completo desastre. Algún día tendré que organizar todo esto y dar una buena limpieza. Meto el vaso en el fregadero, sí, un día tendré que organizarme, pero ese día no es hoy. Me voy al gimnasio.

Salgo de casa con la bolsa preparada, Spencer abrió un gimnasio al final de mi calle hace cosa de un año, en realidad ese gimnasio ya existía desde antes de que yo naciera, el padre de Spencer lo abrió cuando era joven aunque después de muchos años tuvo que cerrarlo y su hijo se hizo cargo de él cuando enfermó. Camino por la calle silenciosa con el pantalón negro de chándal y la sudadera, hoy necesito soltar adrenalina.

—¿Qué pasa Jordan? —Spencer me saluda desde el ring donde intenta enseñar a un chaval de quince años cómo golpear, cómo utilizar los guantes de boxeo.

—Hola Spencer —levanto la cabeza sin cambiar la expresión de mi rostro.

—¿Quieres subir y darle una lección? —Bromea.

—Hoy necesito pegar al saco —suelto la bolsa en el suelo junto a la pared.

—Mala noche, ¿eh? —Vuelve a colocarse encorvado con las muñecas juntas frente a su cara incitando de nuevo a que el chaval golpee con fuerza.

Me deshago de la sudadera, sé que pronto comenzaré a sudar y mi temperatura ascenderá considerablemente. Saco los guantes de la bolsa que he cargado desde el apartamento, donde llevo lo necesario, lo preciso. Introduzco primero la mano izquierda y aprieto con fuerza, luego la mano derecha en el otro guante y estiro con mis dientes.

Los primero golpes son suaves, no quiero joderme la muñeca también, tengo bastante con el costado por culpa de ese gilipollas del club que creyó que era buena idea romper el palo de billar golpeándome el lateral con él. Aún me molesta y va a molestarme varios días. Derecha, izquierda, izquierda, derecha, es el ritmo que sigo, centrándome únicamente en el saco negro que cuelga de la pared. Y golpeo. Y vuelvo hacerlo mientras noto cómo mis músculos se tensan por completo, fuertes, implacables. El sudor resbala primero de mi frente, pero en cuestión de un par de minutos después empapa mi camiseta. Deja de importarme mí alrededor. Spencer sobre el ring con el chaval. Otro boxeador golpeando sin tregua el saco de mi derecha. Otros tantos en las máquinas ejercitando sus músculos. Nada. Solo noto el cansancio, las gotas de sudor que caen, el suelo que piso con firmeza, la poca luz de la planta baja que es en realidad un gimnasio, mis puños chocando con fuerza contra el saco lleno de arena. Los pinchazos en mi costado malherido.

Bajo el ritmo en cuanto soy consciente de que mi teléfono móvil suena dentro de la bolsa y me detengo por completo al comprobar que sigue sonando un par de minutos después. Me deshago del guante derecho y alcanzo el teléfono con la mano libre.

—¿Sí? —Sueno con poca simpatía.

—¿Jordan? —Reconozco la voz al instante, el señor Green, mi supervisor jefe.

—Sí, soy yo señor Green —con los dientes aflojo el guante izquierdo para poder quitármelo también.

—Verás Jordan llamo porque me he enterado que ayer estuviste metido en

una pelea —alarga las palabras más de lo debido.

—Señor Green lo de anoche fue...

—Lo siento Jordan —me interrumpe—. El señor Robert se ha enterado de lo sucedido, resulta que uno de los chicos es su sobrino y...

Se detiene, los dos sabemos en qué va acabar esta conversación. Maldita sea mi suerte.

—Señor Green, no fue culpa mía, ese gili... ese tío me provocó para que...

—Lo siento —me corta—. El señor Robert no quiere volver a verlo por su fábrica, no hace falta que mañana vengas a trabajar.

—Así que, ¿me despide sin más? Señor Green por favor, no puede...

—He intentado hablar con él pero... lo siento mucho Jordan —y parece sonar sincero.

—Estupendo —utilizo mi sarcasmo—. Está bien señor Green, gracias.

—Adiós Jordan —baja el tono de su voz.

—Adiós señor Green —cuelgo. Y tiro contra la bolsa el teléfono móvil con la buena suerte de que encesto dentro sin problemas—. ¡Joder! ¡Mierda!

Lanzo un par de puñetazos al aire, cabreado. No puedo haber perdido otro trabajo, joder, y cómo iba a saber yo que ese capullo de orejas grandes era sobrino del señor Robert. Nunca tengo suerte. Y ya verás el sermón de mamá cuando se entere, porque dudo mucho que el señor Green —ese viejo calvo que babea por mamá— vaya a mantener la boca cerrada cuando la vea. Mierda. Golpeo un par de veces al saco antes de dejarme caer con brusquedad sobre el banco que hay pegado a la pared.

Toco al timbre un par de veces, colocándome mejor la chaqueta de cuero negra. No la he llamado, aunque no suelo hacerlo nunca. Vuelvo a insistir y la puerta se abre en ese preciso momento. Melissa abre la puerta con una sensualidad innata, algo que no creo que ella siquiera conozca. Lleva puesto un minivestido de satén negro con encaje en la parte superior y en la parte inferior del vestido, totalmente ceñido a su explosivo cuerpo. El pelo azabache le caer hacia un lado salvaje, rebelde, sexy, los tres adjetivos que mejor la describen.

—Jordan Brown —se muerde el labio inferior después de pronunciar mi nombre.

—Mel —le echo un vistazo comenzando por sus largas y bonitas piernas y acabando en sus rasgados ojos azules—. ¿Ibas a salir?

—¿Por qué lo preguntas? —Se apoya en el lateral de su puerta.

—Cómo recibas así a todas tus visitas... —Se escapa de mi boca una sonrisita.

—Tal vez esperaba que vinieras —ella también sonríe, con sutileza—. Vamos entra.

Melissa se aparta de la puerta para dejarme paso y entro sin vacilaciones. Ha sido un día horrible y necesito relajarme un poco, divertirme; y con Mel siempre puedo hacerlo. Ella cierra la puerta tras de mí con sumo cuidado, después se da la vuelta y apoya parte de su espalda en ella, provocándome con esa pose tan sexy que sabe que me vuelve loco. Sonríe, solo está esperando a que me lance sin compasión, y no vacilo al hacerlo.

Capítulo 4

Comienzo estirando los brazos, después saco la cabeza bajo la almohada y me doy la vuelta hasta quedarme boca arriba. Contemplo el techo blanco de la habitación de Melissa durante unos segundos antes de frotarme la cara con la mano derecha. Ella se mueve bajo la sábana y echo un vistazo hacia ese lado para verla. Duerme de lado, con parte de su espalda al descubierto. Aún debe de ser temprano porque la luz que se cuele infraganti por la ventana de su habitación es clara y radiante. Si no recuerdo mal, sobre la mesita de noche Melissa tiene un despertador ultramoderno que marca la hora, así que, me levanto lo suficiente como para poder verlo sin despertarla. Las seis y media de la mañana. Hacía siglos que no me despertaba a esta hora.

Vuelvo a dejarme caer sobre la cama con la vista en el techo de nuevo. En breve voy a moverme, no me gusta seguir rondando por su casa cuando despierta porque al final acaba obligándome a desayunar con ella y esa no es la relación que quiero, la relación que mantenemos ella y yo. Me levanto de la cama un par de minutos después, alcanzando paso a paso cada una de mis prendas de ropa. El teléfono móvil comienza a sonar y me muevo veloz para hacerme con él, sé que lo puse en alguno de los bolsillos de la chaqueta de cuero, quizás en mis pantalones. Lo encuentro y descuelgo despacio.

—¿Quién? —susurro sin apartar mis ojos de Mel, aún desnuda sobre la cama.

—Jordan soy Dani.

—¿Dani? —Por un momento olvido dónde estoy y cuál era mi objetivo hace un momento—. ¿Por qué me llamas a las seis y media de la mañana?

Vuelvo a echar un vistazo al bellezón que duerme y creo que lo mejor será que salga de la habitación cuanto antes. Alcanzo mi chaqueta y salgo escopeteado de allí, del cuarto, del apartamento. Del edificio.

—No sé si mamá te habrá dicho que... que he estado intentando localizarte —suena ajetreado.

—Eh... no, no me ha dicho nada —si le digo que sí tendría que justificarme, explicarle por qué sabiéndolo no me he puesto en contacto con él y paso.

—Verás Jordan, yo, me gustaría que vinieras aquí —lo suelta de

carrerilla, sin tiempos, sin respiración.

—¿Y qué voy a hacer yo en California? —Se escapa una sonrisa de mi boca.

Camino por la calle, al girar la esquina me encuentro con varios de los negocios de Mandeville abiertos. A las seis y media de la mañana. ¡Estamos locos! Paso la tienda de mermeladas caseras de la señora Swon.

—Había pensado que podrías hacernos una visita —lo conozco, algo hay, lo noto en su voz.

—Dani yo... no puedo —ni siquiera me apetece. Tampoco tiene mucho sentido dado nuestro historial como hermanos que me presente allí a visitarlos.

—Jordan me gustaría mucho que... si quizás pudieras... —intenta insistir nuevamente.

—Dani —me sorprende esta actitud, pero tampoco quiero ser demasiado borde—. No tengo dinero.

Ni siquiera es mentira. ¿Cómo voy a pagarme un billete de avión a California si no puedo ni llenar mi nevera?

—Por eso no te preocupes, te lo pago.

Freno en seco en mitad de la calle. La insistencia de mi hermano pequeño por ir me resulta extraña, pero esto no me lo esperaba en absoluto. No sé qué decir.

—¿Jordan? —reclama al otro lado del teléfono.

—Dani, es mucho dinero y... —me he bloqueado por completo.

—Jordan por favor —jamás me ha pedido nada por favor, nunca.

—Eh... de acuerdo —me ha dejado fuera de juego. Al menos ya no tendré problemas en el curro para pedir esos días, porque ya no tengo trabajo.

—Bien —suena satisfecho—. Hoy mismo lo compro y te lo hago llegar. ¿El miércoles puedes?

—Eh... claro —de hecho puedo cualquier día de la semana.

—Lo mando a casa de mamá —parece contento.

—De acuerdo Dani —retomo el paseo.

—Gracias Jordan.

—No tienes que dárme las —sigo traspuesto.

—Hasta pronto —se despide.

—Adiós —espero al teléfono hasta que la línea se corta.

¿Yo en California? ¿Qué narices se me ha perdido a mí en California?

Debería habérselo dicho a mamá, ella se muere de ganas por volver a ver a la pequeña de Dani, a la que solamente pudo ver un día después de nacer, yo ni siquiera fui. No recuerdo por qué, pero estoy seguro que tendría un buen motivo, de hecho cualquier motivo hubiera sido bueno para escaquearme de algo así.

Me meto en la ducha antes de volver a salir de casa. Mamá me dejó bastante mosca ayer y quiero asegurarme de que se encuentra bien. Camino hacia su edificio, suelo ir andando a todas partes, lo prefiero antes que el transporte público. Avanzo por el camino de tierra hacia las escaleras para alcanzar la puerta del piso de mamá, pego un par de golpecitos en ella sin demasiada fuerza. Es Summer quien la abre.

—Buenos días —siempre parece contenta, es imposible estar feliz las veinticuatro horas del día.

—Hola —le lanzo una fugaz sonrisa.

—Tu madre está en el salón, pasa —se aparta para dejarme paso.

Cruzo el vestíbulo hacia el salón y ahí está mamá, sentada en el sofá cosiendo unos pantalones con la televisión encendida. Tras diagnosticarle su enfermedad tuvo que dejar el trabajo como limpiadora en un hotel de Nueva Orleans, pero pudo pedir una paga del Estado a causa de su situación. Al menos le da para vivir.

—Jordan —deja el pantalón en un lado—. ¿Qué haces tú por aquí? ¿No te habrás metido en problemas?

—No mamá, nada de eso —alterno mi mirada entre mamá y Summer.

—Anda ven y siéntate —su mano golpea el sofá, el asiento vacío de su lado derecho.

Summer ocupa el sillón de enfrente y comienza a tejer lo que puede que luego sea una bufanda o quizás un suéter. En ocasiones es como una vieja en un cuerpo de una cría de veinte años.

—Menuda diversión —me burlo.

—Pues cuando eras niño te encantaban los suéteres que te hacía —ataca mamá.

—De eso hace un tiempo —pongo los ojos en blanco.

Summer sonrío, aunque intenta mantenerse callada. Hoy se ha dejado el pelo suelto, una melena que sobrepasa sus hombros y que brilla con la luz del salón. No es una chica fea, nunca me lo ha parecido, pero esa obsesión por ocultarse la hace invisible la mayoría de las veces.

—¿No deberías estar trabajando? —Mamá vuelve a la tarea mientras sus ojos castaños me miran de reojo.

—¡Oh venga mamá! Ya sé que Sean te ha ido con el cuento —ya lo advertí cuando él mismo me llamó para “pedirme amablemente” que no volviera.

—¿Y bien? —Me mira por encima de su hombro—. ¿Qué plan tienes ahora?

—¿Plan? ¿En serio mamá? —Es tan absurdo preguntarme a mí algo así como preguntarle a Summer si alguna vez ha estado con un chico a solas. Se me escapa una maliciosa sonrisa.

—Jordan, no puedes seguir sin un plan en la vida —se enfada, o al menos parece hacerlo. Levanta su cabeza por completo y me observa con el ceño fruncido.

Tampoco me ha ido tan mal hasta ahora. Soy un desastre, sí; ando metido en demasiadas peleas, cierto; pero me gusta la libertad que tengo para hacer y decidir lo que quiero cuando quiero.

—Creo que Seril estaba buscando un dependiente para la heladería —responde con cierta burla Summer, entre dientes, sin levantar su vista de las largas agujas.

—Puedo hablar con Dexter, quizás haya algo en su taller —mamá hace caso omiso al comentario anterior.

—Bien —respondo. No es la primera vez que trabajo en el taller mecánico de Dexter, aunque no me apasiona la idea—. Pero espérate a que vuelva para hablar con él.

—¿Qué vuelvas de dónde? —Mamá pregunta, pero las dos chicas me miran de inmediato sorprendidas.

—De California, de Palo Alto —alzo las cejas.

—¿Dónde tu hermano? —Parece no comprender nada y yo tampoco lo entiendo del todo—. ¿Por qué vas a ir tú a donde está tu hermano?

—Él me lo ha pedido —me quito la chaqueta sin levantarme del sofá.

—¿Dani quiere que vayas? —interviene Summer.

—Así es —oculto la sorpresa que también ha supuesto para mí—. No sé de qué te extrañas mamá, tú siempre dices que deberíamos tener más contacto.

—Sí, claro, pero... —vuelve la vista a los pantalones—. Es estupendo.

Mis ojos topan con los ojos oscuros de Summer, que a diferencia de

mamá mantiene esa expresión de asombro en su rostro. No es ningún secreto que Dani y yo nunca hemos sido grandes amigos, de hecho solía putearlo bastante cuando éramos niños. Dejo la chaqueta en el reposabrazos del sofá y me inclino hacia atrás en busca de la pose perfecta, todo sería estupendo si en vez de tener que tragarme un culebrón romántico pudiera cambiar de canal y ver algo de acción, algo de coches o algo de béisbol. Pero me temo que, con mamá y Summer eso será mucho más que imposible.

Capítulo 5

He tenido que tragarme durante todo el trayecto los consejos de mamá “Jordan no seas duro; Jordan no te metas en jaleos; Jordan, pórtate bien con tu hermano y Ali y haz muchas fotos a la pequeña” Sí. Sí. Sí. Tengo la cabeza como un bombo y aún ni siquiera he subido al avión. Mamá me agarra el brazo.

—Tienes que irte ya —parece más nerviosa que nunca.

—Ya lo sé —me abrumba tanta euforia.

—Jordan dile a tu hermano que...

—Que sí mamá —la corto. Como tenga que volver a oírlo una sola vez más en vez de subir al avión me coloco frente a él en la pista y espero a que me lleve por delante—. Mamá solo serán unos días, hasta el viernes.

—Aún así —agarra mis brazos con fuerza—. Diles a los dos que los quiero mucho y que me muero de ganas de ver a la pequeña.

—Lo haré —repito como ya he hecho mil veces desde que salimos de casa—. ¿Podrás volver a casa sin problemas?

Ya no tiene las muñecas hinchadas ni rojas, pero cuando aparecen algunos de los síntomas de la enfermedad suelen durarle al menos poco más de una semana y de eso solamente hace un par de días.

—Ya te he dicho que estoy bien, no seas pesado —arruga la frente.

—Bueno yo también te he dicho que voy a comportarme y sigues repitiéndomelo como un loro —respondo burlón.

—Muy gracioso —se mantiene seria—. Anda vete o perderás el avión.

Mamá me abraza con fuerza antes de plantarme un beso en la mejilla. A veces me vuelve loco.

—Mamá si empeoras llámame —le exijo.

—¿Para qué? —refunfuña ella—. Tú no pienses en eso y disfruta mucho del viaje.

¿Qué disfrute del viaje? Yo ni siquiera quería hacer este viaje, sigo sin querer hacerlo y sigo sin comprender de qué modo Dani lo ha conseguido. Mamá me suelta al fin y yo avanzo hacia la fila que está a punto de embarcar rumbo a California, en realidad al aeropuerto de Santa Clara en Palo Alto, California.

Me coloco en mi asiento, me ha tocado en pasillo, odio volar en pasillo, pero me parece que tendré que aguantarme. Ya empieza mal este viaje. Despegamos del suelo minutos después, un hora más tarde mitad del avión duerme, la otra mitad lee o juega con algún aparato tecnológico. Yo solo contemplo, va a ser un vuelo muy largo.

Nunca me había alegrado tanto de pisar de nuevo el suelo. En el último momento del vuelo unas turbulencias han alterado a todos los pasajeros del avión, una mujer ha tenido que ser atendida por otro viajero que resultaba ser médico. Menuda suerte.

Espero mi maleta hasta que logro verla en la cinta transportadora, se mueve hacia nosotros y espero paciente su llegada. Un reloj enorme sobre la puerta marca la hora, las cinco de la tarde de un miércoles cualquiera.

Sigo a la gente, cruzamos un par de puertas más antes de lograr ver a la gente tras una puerta de cristal que se abre con sensores. Debo encontrar a Dani entre la gente, tarea nada sencilla teniendo en cuenta que jamás fue un chico muy alto ni muy grande. La práctica del boxeo ha conseguido ensanchar mi espalda, ganar firmeza y fuerza en mis brazos y endurecer mi abdomen; aunque nunca fui un chico fofo. Pero Dani es otra historia; de dimensiones reducidas solo consiguió con los años crecer a lo alto, bueno y aumentar algo de bíceps. Una mano levantada se cuela entre la gente, y junto a ella la cara de mi hermano Dani intentando hacerse un hueco.

—¡Jordan! ¡Jordan! —grita un par de veces.

Hago camino hacia él, estoy a punto de alcanzarlo cuando me percató que no viene solo. Junto a él un carro y dentro del carro un ser pequeño rodeado de color rosa.

—Hola —me detengo a unos pasos de él.

—Hola Jordan, bienvenido —Dani me abraza y yo acepto el abrazo de buen grado; pero no puedo apartar mis ojos del bebé que se encuentra en el carro junto a él—. ¡Oh Jordan! Esta es Evelyn, Eve.

—Oh —es el único sonido que logro articular—. ¿Y Alison? Pensé que se quedaría con ella.

Vuelvo a mirarla, pero lleva tanta ropa encima que ni siquiera puedo verle bien la cara. Un gorro de lana rosa cubre su cabeza.

—Ali no podía, tiene clase —Dani agarra el carro—. ¿Vamos?

—Claro —dibujó una sonrisa en mi rostro algo sorprendido, no esperaba que acudiera al aeropuerto con el bebé.

Subimos al coche de Dani, en realidad de Dani y Alison porque se lo compraron los dos pocos meses después de venirse a estudiar a Stanford. Dani deja a la niña en la sillita que tiene ya colocada en uno de los asientos traseros mientras yo espero sentado delante hasta que él cierra la puerta de atrás y sube en el coche. El frío es muy distinto al de Luisiana, menos helado, más suave.

—¿Qué tal el viaje? —Me mira de reojo.

—Bien —sonríó incómodo.

Dani ha cambiado un poco desde la última vez que lo vi. Creo que ha perdido peso y luce en su rostro una barba de tres días, se me hace extraño verlo con barba parece más adulto aunque ya es padre, así que, imagino que tendrá que serlo.

—¿Te importa que paremos en una cafetería antes de ir a casa? — pregunta esperando obtener respuesta.

—No, no me importa —no entiendo el motivo pero no me importa.

Diez minutos después Dani detiene el coche frente a un conjunto de construcciones prefabricadas, sobre la puerta de una de ellas logro ver escrito “Joanie’s Café” y fuera, en la terraza varias mesas y sillas vacías. Bajamos del coche y espero junto a él mientras Dani vuelve a colocar al bebé que aún no he oído rechistar en el carro. Varias cristaleras dejan ver el interior de la cafetería. Sujeto la puerta hasta que Dani entra y entonces la suelto. Está vacía, casi vacía, al final del local una pareja habla y bebe algo.

—Buenas —un hombre de mediana edad se interpone en nuestro camino —. ¿Quieren tomar algo?

—Una cerveza —me adelanto a responder, necesito beber.

—Un café —responde Dani.

Ocupamos una de las mesas que hay frente a la puerta. Solamente cuando me siento logro ver en parte el rostro de la niña que sigue quieta y callada en el carro, logro ver sus ojos, los mismos ojos azules de su madre. El camarero regresa con una bandeja, me entrega la cerveza y coloca el café frente a Dani.

—Gracias —responde él educadamente.

Pego un buen sorbo y sabe genial.

—Bueno, ¿y qué hago aquí? —No me gusta andarme con rodeos.

—Pues... —vacila Dani—. ¿Cómo está mamá? —Cambia rápidamente de conversación.

—Ahora bien —arrugo la frente, intentado averiguar qué narices ocurre

—. Hace un par de días remitieron los síntomas, pero dice que ya está bien.

—Eso es bueno, muy bueno —Dani acerca la taza de café ardiendo a sus labios—. ¿Sigue yendo Summer por casa?

—Sí, van juntas a todas partes —presto atención a sus gestos, sus palabras en busca de algo que lo delate. Pero nada.

—¿Y tú qué tal? —Deja de nuevo la taza sobre el platito.

—Me han despedido, otra vez —alzo la cerveza antes de acercarla a mis labios para beber de ella.

—Vaya, lo siento Jordan —está nervioso, distraído—. Seguro que encuentras algo pronto.

—Mamá ya está en ello —me echo hacia atrás y topo de pleno con el bebe del carro—. Tiene los ojos de Ali.

—Sí, es una niña muy buena, se porta muy bien y es muy guapa —Dani la mira con una sonrisa en la boca.

—Mamá me dijo que... —había decidido no decírselo pero acabaré sintiéndome fatal luego— ...que os echa de menos y que quiere ver más fotografías de Evelyn.

—Está bien, se las mandaré —vuelve a beber café.

No sé muy bien que sucede, pero es bastante evidente que de algo se trata, algo pone nervioso a Dani incapaz de ocultar cosas como esas. Al menos a mí no. Vuelvo a beber echando mi cuerpo hacia delante de nuevo, alargó mi mano para apretar con suavidad la tripa del bebé rosa. Está blandita.

—Bueno —estiro mi espalda—. Yo creo que ya podemos irnos a...

—Te he mentado —escupe de golpe.

—¿Qué me has mentado? —Se me escapa una sonrisita burlona.

Dani no sabe mentir, es un hecho. Jamás se le dio realmente bien y es evidente que hoy en día tampoco. Ni siquiera he tenido que indagar mucho para conseguir que confesara, su nerviosismo lo delataba.

—Alison no está en clase —vuelve a soltar velozmente—. Bueno en realidad sí que está en clase, debería estar en clase, pero...

—Dani, ¿qué ocurre? —Interrumpo antes de que acabe trabándose.

—Me ha dejado, nos ha dejado —echa un vistazo a su hija dentro del carro.

—¿Cómo? ¿Alison se ha largado? —Sueno incrédulo, pero me cuesta creer algo así de alguien como Alison, la perfecta Alison.

—Dijo que no podía con todo esto y... —es evidente que Dani no lo lleva

nada bien—. Hizo las maletas y se largó.

—¿Pero no has vuelto a verla? ¿A saber de ella? —Reconozco que no esperaba algo así.

—Nada —cubre su rostro con una mano—. Se equivocó, éramos muy jóvenes, estaba asustada, creyó que podría con el bebé y los estudios pero...

Puedo ver lo abatido que está. No solo su novia de toda la vida se larga de la noche a la mañana, sino que encima lo hace ahora, con un bebé de por medio, dejándolo a él solo con un marrón como ese. Porque será todo lo buena y guapa que dice pero con veinte años un bebé solo puede convertirse en un enorme marrón. Mantengo el pico cerrado, no sé muy bien qué decirle, cómo consolarlo y antes de cagarla más prefiero mantenerme callado.

Capítulo 6

Es un color horrendo el de las paredes exteriores de la casa, pero por dentro es una pasada. Todo moderno, todo nuevo. Me siento un intruso. Abro la nevera en busca de algo de comida para apaciguar mi hambre voraz, pero me quedo sujeto a la puerta del frigorífico mirando su interior al menos durante cinco minutos, alucinando. Pocas veces he visto una nevera tan llena y colorida como esta en los dos últimos años que llevo viviendo solo; bueno, primero con Oscar y luego solo. Alcanzo la leche. Rebusco entre los armarios superiores hasta lograr encontrar una taza donde poder echármela, una de diseño, como las que le gustan a mamá. Bebo un buen sorbo.

—Buenos días —Dani aparece por la cocina con su hija en brazos. Al menos ya no va recubierto de rosa por todas partes, Dani le ha puesto un pantalón azul de lunares claros y una camiseta de manga larga amarilla.

—Buenos días —respondo segundos después. Noto la nata de la leche mojando mi labio superior.

Dani parece mucho más animado que ayer, creo que hablar conmigo le sirvió para desahogarse después de varias semanas de caos. Sin Alison, Dani ha tenido que encargarse del bebé, de la casa, de las clases, trabajos, exámenes... y por lo visto se ha visto desbordado por la situación. Yo hubiera salido corriendo tras Ali.

—¿Tienes planeado hacer algo hoy? —pregunta mientras prepara el biberón de la niña de cabello fino y rubio, en realidad un castaño muy claro.

—No, la verdad es que no había pensado en eso todavía —apoyo mi trasero en la encimera de la cocina.

—Estupendo —sueno enérgico—. Pues entonces podrás quedarte con Eve.

—¿Qué? —Tenso mi cuerpo por completo—. Dani eso no me parece una buena ida.

—Vamos Jordan, solo serán un par de horas y vuelvo, solo unas horas —aleja el bebé de sus brazos para entregármelo, pero vacilo—. Ni siquiera tendrás que preocuparte mucho, se porta muy bien.

—Ya Dani, pero... —seamos realistas durante dos segundos, ¿yo? ¿En serio?

—Jordan necesito que me echas una mano —suplica—. Unas horas, te prometo que luego estoy de vuelta.

Acabo cayendo en el engaño y extendiendo mis brazos para coger al bebé pequeño y mofletudo que no deja de sonreír. Dani la suelta en cuanto la sostengo en el aire a unos centímetros de mi cuerpo.

—¿Hola? —Frunzo el ceño mientras la contemplo.

—Jordan por dios, es un bebé no un marciano —oigo tras de mí.

Pero jamás he sostenido entre mis brazos un bebé. ¿Y si lo rompo? Sigo contemplando el pequeño ser que sujeto entre mis manos.

—Oye Dani, no sé cómo... no sé nada de bebés —busco con la mirada a mi hermano pequeño que se mueve con rapidez por el salón.

—Yo tampoco tenía ni idea —mete un par de libros en una mochila—. Tú solo, en fin... procura que siga respirando.

—¿Ese es tu consejo? —No me ayuda nada.

—Nos vemos en un rato —se va alejando de mí y de la niña lentamente mientras lo sigo con la mirada suplicando que no se marche. Pero lo acaba haciendo.

Vale, solo tengo que procurar que respire un par de horas y después todo habrá acabado. Dani volverá a cogerla, a hacerle biberones, cambiarles pañales... espera ¿cambiarle pañales? Mierda, eso no me lo ha explicado. Eso no entraba en el trato. Sonrío forzosamente sin saber muy bien qué viene a continuación, ella sigue quieta entre mis manos aún lejos de mi cuerpo.

—Así que... ¿no eres un marciano, si no un bebé? —Le pregunto sabiendo que no responderá a ello.

El bebé sonríe emitiendo un dulce sonido agudo que identifico como una sonrisa. Al menos sé que le hacen gracia mis chistes, cosa que no puedo decir de ningún otro miembro de mi familia.

—Bueno Evelyn, yo soy Jordan y voy a ocuparme de ti las próximas horas —me la arrimo al cuerpo lentamente, parece a gusto—. Así que, lo mejor será que hagamos un trato ¿qué te parece? —Sigue sonriendo. Me recuerda a Summer—. Daré por afirmación ese sonido. Yo te mantengo con vida hasta que regrese tu padre y tú no me lo pones muy complicado ¿qué dices?

Un sonido similar al que ha emitido antes sale de su boca, no es un llanto ni nada parecido, así que, lo doy por válido. Vuelvo a meter la leche en la nevera y la taza en el fregadero. Casi no pesa nada, aunque no sé si es algo

normal en todos los niños o es que esta es más pequeña de lo habitual. Sus mofletes son redondos y abultados, sus ojos grandes y azules, exactamente iguales que los de Alison. Es pequeña de tamaño, aunque en realidad no tendrá más de cinco o seis meses por lo que no creo que tenga que ser mucho más grande de lo que es.

Entro en la habitación que Dani me ha dejado para mí estos dos días que voy a estar en Palo Alto, pero está llena de cosas de bebés por lo que deduzco que en realidad le he robado la habitación a la niña que sostengo en brazos. Necesito cambiarme de ropa, pero no puedo hacerlo con Evelyn en mis brazos, así que, la tumbo sobre la cama muy lentamente. Parece estar a punto de rechistar, pero resiste.

—Voy a dejarte aquí un segundo mientras me cambio. Tú no te muevas ¿entendido? —Camino de espaldas sin apartar la vista de ella. Si le pasa algo mientras está a mi cuidado mamá me enterrará con vida.

Me quito la camiseta sucia que llevaba ayer y que me he puesto esta mañana antes de salir del dormitorio, en su lugar me pongo otra limpia de color blanco y unos vaqueros. Jamás en toda mi vida me había vestido con tanta rapidez. Evelyn se mueve un poco sobre la cama, emitiendo sonidos que no entiendo, pero sigue quieta en el sitio donde la he dejado. Comienza a moverse con más insistencia intentando quedarse sentada sobre la cama, pero para entonces vuelvo a cogerla en brazos.

Camino con ella hacia el salón y comienzo a buscar el mando de la televisión entre las cosas de Dani, rebusco por la mesa, los libros que tiene sobre la estantería y finalmente doy con él tras uno de los cojines de su moderno sofá blanco. Enciendo la televisión y me dejo caer sobre el sofá con el bebé entre mis brazos. Le echo una mirada de reojo antes de cambiar de canal. Sus ojos observan el televisor embobada, como quien descubre un nuevo planeta, no puedo evitar sonreír al ver su cara.

—¿Asombroso verdad? —Cambio de cadena hasta que doy con una que emite deportes. Evelyn rechista—. ¿No te gusta? Pues vas a tener que acostumbrarte a ello.

Y un llanto desgarrador sale de su garganta. Me levanto del sofá con ella en brazos intentando calmarla, pero en vez de conseguirlo solo logro empeorarlo. Evelyn no deja de llorar desesperadamente mientras me muevo por el salón intentando que pare. Yo no sirvo para esto, a penas puedo sobrevivir por mí mismo, no puedo encargarme de un bebé. Rotundamente.

—Eve haz el favor, teníamos un trato, ¿recuerdas? —Sigo moviéndola en mis brazos sin conseguir nada.

Maldita sea, ¿en qué momento me he metido en esto? Yo debería estar en Mandeville, en Luisiana y no en Palo Alto cuidando un bebé llorón. Intento hacer memoria, recordar cuando era un niño y me enrabieta, qué solía hacer mamá en esos casos. Hago memoria.

—Érase una vez un pato que no podía volar —comienzo la historia que tantas veces mamá nos contó—. Ese pato era distinto a todos los demás y por eso todos los demás patos de la charca se burlaban de él.

Evelyn deja de llorar de golpe, casi de inmediato. No puedo creerme que la historia del pato marginado funcione también con ella, era la que mamá usaba las noches que no podía dormir, los días que me enfadaba y lloraba sin descanso. Funciona.

—Su mamá, que no le gustaba verlo triste, solía decirle una y otra vez... —continúo.

Cuando la puerta se abre desvío mis ojos hacia ella esperando que Dani no haga demasiado ruido, Evelyn se ha quedado dormida al fin. Tuve que contarle todo el cuento del pato para conseguirlo, pero ha funcionado a la perfección. Dani entra en casa muy silenciosamente, debe haberlo notado en el volumen reducido del televisor.

—Hola —deja la mochila sobre la barra de la cocina.

—Hola —susurro yo. Junto a mí, tumbada en el sofá con la cabeza en un cojín se encuentra Evelyn completamente dormida.

—Vaya, es un milagro —baja la voz—. Eve no suele dormirse a estas horas.

—Pues cayó finalmente —dejo caer mi cuerpo hacia atrás.

—La llevaré a su cuna —Dani la rodea con sus brazos para cogerla, Evelyn sigue sin moverse, sin despertarse.

No ha sido tan difícil después de todo. No es que vaya, quiera o esté preparado para cuidar a un bebé las veinticuatro horas del día, pero al menos soy capaz de mantenerla viva durante unas horas. Estoy agotado y muerto de hambre. Me levanto del sofá rumbo a la cocina. Vuelvo abrir la nevera.

—¿Tienes hambre? —Oigo la voz de Dani tras de mí.

—Mucha —sigo mirando el interior del frigorífico.

—Prepararé algo para los dos —se cuela por uno de mis lados adueñándose de la nevera.

—No hace falta, puedo hacerme cualquier...

—Tú has cuidado de Eve, yo prepararé la comida —insiste.

Me hago a un lado dejándole vía libre para ello. Dani se mueve con soltura por la cocina, jamás en la vida lo había visto tan independiente, aunque supongo que las circunstancias le han hecho tener que aprender a serlo. Siempre pareció el hermano adulto, el hermano mayor, responsable; pero imagino que eso también se debió al hecho de que yo no era responsable ni adulto. Saca una sartén del mueble inferior y enciende uno de los fogones.

Capítulo 7

Termino de meter los últimos platos en el lavavajillas, sin hacer mucho ruido. Dani sostiene en brazos a Evelyn mientras termina de darle el biberón, es todo un padrazo, de hecho me sorprende ver al Dani que conozco tan volcado, tan pendiente todo el tiempo. No debe de haber sido nada fácil para él la situación en la que ha terminado, ser padre tan joven y combinar esa faceta con la de excelente estudiante de Derecho. Todavía no puedo creerme que Alison se haya largado sin más, desentendiéndose de todo. Sé que no soy el tipo más adecuado para juzgar a nadie —precisamente porque yo también habría salido corriendo— pero Alison nunca fue así, ella era una buena chica, una buena estudiante; supongo que la presión ha podido con ella.

Seco mis manos con el trapo de cocina mientras observo la tierna imagen, Dani y yo no sabemos lo que es tener un padre, se marchó de casa siendo nosotros unos críos; yo aún recuerdo algunos momentos con él, algún instante concreto, pero todo está demasiado borroso. Dani termina de darle el biberón y la arroja entre sus brazos mientras ella cae rendida rápidamente.

—Menuda facilidad para dormir —sonrío.

—Es dormilona, como yo —susurra Dani sin apartar sus ojos de ella—. Voy a acostarla.

—Vale —apoyo el trasero en la encimera.

Dani desaparece del salón entrando en su habitación con su hija en brazos. Creo que solamente necesitaba alguien con quien desahogarse, alguien que lo ayudara unas horas y por eso me ha llamado, aunque me sigue sorprendiendo que me haya escogido a mí entre todas las personas del universo. Dejo el trapo sobre la barra de la cocina y continúo hacia la entrada, donde colgué mi chaqueta para coger el teléfono móvil y llamar a mamá.

—Hola mamá —me acerco a la venta del salón con vistas a la parte trasera.

—Hola Jordan —la puedo escuchar trastear—. ¿Cómo están todos?

Mamá no sabe nada de la huída de Ali, de la situación actual de Dani y su hija. Echo un vistazo a mi espalda para comprobar que sigo solo, así es.

—Todos bien —bajo el tono de mi voz.

—¿Y la pequeña? —La escucho entusiasmada—. Debe estar enorme ya.

—Es un bebé bastante pequeño —me limito a decirle lo que he percibido yo—. Pero es muy guapa.

—Claro que es muy guapa —comenta mamá con una obviedad innegable—. ¿Y tu hermano? ¿Cómo está Dani?

—Él está bien, ahora está acostando al bebé —sigue sonándome extraño relacionar la palabra bebé con Dani.

—Dile que le quiero —repite, como ya repitió en el aeropuerto un millón de veces.

—Mamá —rechisto—. No me hagas decirle eso.

—No seas bobo Jordan y díselo —ordena.

—Vale —pongo los ojos en blanco sabiendo que no puede verme—. ¿Y tú? ¿Qué tal estás tú?

—Mejor —suena bastante realista—. ¿Al final vienes mañana por la mañana?

—Sí, cogeré el avión a mitad de mañana —ese es el plan.

—Muy bien Jordan.

Aparto un poco más la cortina para contemplar con claridad el exterior. Hay un pequeño jardín descuidado en la parte trasera, más allá la acera y la carretera. Nos encontramos en una enorme urbanización a unos cinco minutos en coche de la Universidad de Stanford, al menos eso me contó Dani; una gigantesca urbanización con varias calles, con casitas a cada lado, algunas inmensas otras mucho más pequeñas, como es el caso de esta. Unas farolas iluminan el exterior.

—Mamá voy a dejarte, es tarde —mañana tendré que despertarme temprano si no quiero perder el vuelo de regreso a casa.

—Claro cariño —su voz es dulce—. Descansa, nos vemos mañana. Pasaré a recogerte por el aeropuerto.

—De acuerdo mamá, buenas noches —susurro.

—Buenas noches —se despide ella.

Alejo el teléfono de mi oreja derecha antes de fijar mi vista en la pantalla. Solo he pasado un día y medio en California y ya me muero de ganas por volver a mi rutina, a mi vida.

—¿Era mamá? —La voz de Dani llama mi atención.

—Sí —me doy la vuelta para verlo mejor, está de pie, junto al sofá.

—¿Qué dice? —Se mueve hasta dejarse caer lentamente sobre el sofá blanco y aparta uno de los cojines de su espalda.

—Preguntaba por vosotros —camino también hacia el mismo lugar sentándome a su lado.

Dani enciende la televisión y saltan las noticias de inmediato. Ha sucedido un terrible accidente en Chicago, una colisión de varios coches, con varios muertos y bastantes heridos.

—No le habrás dicho lo de Ali, ¿verdad? —Su mirada me contempla por encima de su hombro.

—No, no le he dicho nada —no creo que me corresponda a mí hacerlo—. Pero acabará enterándose.

—Lo sé —devuelve sus ojos al televisión, cambia de cadena—. Es que no sé cómo decírselo.

—Dani, no es culpa tuya —lo observo estirado en el sofá, agotado—. Mamá no va a decirte nada.

—Yo la convencí para seguir con esto —deja de pestañear sin apartar sus ojos marrones del televisor.

—¿De seguir con qué? —Le echo un vistazo.

—Ella no quería tener el bebé —susurra. Y sus ojos se desvían a los míos y brillan, a punto de llorar, como cuando éramos uno críos y yo le lanzaba piedras pequeñas y el acababa llorando.

—Ya bueno —no sé qué decirle, no soy el más indicado para aconsejar sobre responsabilidades de ningún tipo.

—No puedo dejar de pensar que Ali seguiría conmigo si yo no... —deja de hablar.

No solamente está agotado físicamente, también emocionalmente está K.O. Siempre hizo planes con Alison, cuando acabaran el instituto, cuando se marcharan a la universidad, a qué universidad irían juntos... toda una serie de planes que yo jamás he tenido que pensar ni debatir, era su vida perfecta que se viene abajo.

—Dani puede que vuelva —intento consolarlo—. En fin, es Alison, y la Alison que yo conozco acabará regresando tarde o temprano.

—Tú no lo entiendes —me observa—. Ali había cambiado, los dos hemos cambiado.

—Bueno, habéis tenido un bebé, es normal que hayáis cambiado —tuvieron un bebé y lo hicieron demasiado pronto a mi parecer, así que, lo extraño sería que ese hecho trascendental no hubiera cambiado nada.

—Sí, un bebé —repite con un tono de voz muy suave.

—¿Por eso estoy aquí? —pregunto curioso—. Necesitabas una pausa ¿no?

—Sí —asiente con la cabeza—. A mamá no le puedo contar esto aún.

—Lo entiendo —yo tampoco podría hacerlo.

—Gracias Jordan —parece abatido—. Gracias por venir.

—Viaje gratis —bromeo.

Los dos sonreímos débilmente, después fijamos nuestros ojos en el televisor donde emiten un *reality show* que jamás había visto. Nos quedamos allí sentados contemplando la tele al menos media hora más, sin decir nada. En parte me hace sentir un poco mejor saber que Dani confía en mí de ese modo después de todo, a pesar de nuestra casi nula relación estos últimos años. Me levanto del sofá poco después, ya es hora de que me meta en la cama e intente dormir un poco. Inspiro profundamente, he estado a punto de dormirme en el sofá.

—¿Te vas a la cama? —Se despereza sutilmente.

—Ajá. Va siendo hora de irse a dormir —la verdad es que estoy cansado.

—Bien. Buenas noches —mueve el cuello de un lado hacia otro.

—Buenas noches Dani —me doy la vuelta cogiendo rumbo fijo a la habitación donde mi hermano me ha alojado.

Escucho el sonido del televisor de fondo, a un volumen extremadamente bajo teniendo en cuenta a lo que estoy acostumbrado en casa de mamá. El bebé sigue durmiendo, no la he escuchado llorar en el rato que hemos estado en el salón los dos viendo la tele. Abro la puerta de la habitación.

—¡Jordan! —alza la voz.

Miro por encima a de mi hombro antes de entrar en la habitación, algo se le habrá olvidado decirme.

—¿Sí? —susurro frente a mi cuarto

Espero de pie agarrado al pomo sintiendo que en cualquier momento voy a empezar a bostezar sin que pueda hacer nada para evitarlo. Dani se levanta de sofá, manteniendo la postura erguida, en su expresión encuentro seriedad, mientras sigue callado.

—He vuelto a mentirte —susurra.

—¿Con qué? —Pestañeo un par de veces para evitar dormirme.

—No te he invitado a venir porque necesitara desahogarme —sigue susurrando—. Te he hecho venir porque tienes que tomar una decisión.

—¿Una decisión? ¿Qué decisión? —Dejo caer mi mano para poder darme

la vuelta por completo.

—Sí mañana —se detiene—. Si mañana no te llevas a Eve contigo la daré en adopción.

Capítulo 8

Me muevo por el salón con las manos en mi cabeza sin saber qué decir. ¿Pero qué coño está diciendo? ¿Qué me lleve yo a un bebé? ¿Qué va a darla en adopción? Freno en seco con unas ganas horribles de estrangular a mi propio hermano.

—¿Pero qué narices te pasa? —Alzo la voz más de lo que debería.

—Jordan, tú no lo entiendes —no es capaz de mantener su mirada en la mía.

—¿Qué no lo entiendo? ¿Qué no lo entiendo? —Sueno enfurecido—. ¿Me estás diciendo que si no me encargo de tu hija vas a darla en adopción y soy yo el que no lo entiende? ¿Es que se te ha ido la pinza? ¡Yo no puedo encargarme de un bebé Dani!

—Y yo tampoco —su voz es débil, se empequeñece frente a la mía, alterada.

—¡Eres su padre! —Todo esto me parece surrealista.

—No puedo con todo —suena agobiado y es normal que lo esté, pero de ahí a abandonar a su hija hay un camino muy largo.

—¡Pues deja la universidad! —Ni siquiera entiendo el dilema. Puede volver a casa, a Luisiana, con mamá y conmigo y criar allí a Evelyn.

—No puedo dejar la universidad —al fin me mira.

—¿Pero sí a tu hija? —Ni siquiera conozco a este tipo que tengo enfrente, él mejor que nadie sabe lo que es perder a un padre, que se marche sin más. La sensación de abandono.

—No quiero esto Jordan —su voz tiembla.

—Ya es un poco tarde para pensar eso, ¿no crees? —Bajo un par de tonos mi voz.

—Con una familia de verdad será feliz —y es más que evidente que ya ha pensado en eso detenidamente, barajando opciones.

—¡Ya tiene una familia de verdad! —Es su padre.

—No, no la tiene —sé que habla la parte dañada de Dani, la que sufre por la marcha de Alison.

Camino hacia él con la intención de tenerlo más cerca, de hacerle recapacitar. Reflexionar. Coloco mi mano sobre su hombro.

—Dani escúchame —clavo mis ojos en los suyos—. Estás cansado, y echas de menos a Ali, pero te prometo que todo eso va a pasar y vas arrepentirte de esto. De lo que estás a punto de hacer.

—Ya lo he pensado Jordán, lo he pensado muchísimo —habla calmado, pausadamente.

—Pues me niego a que hayas llegado a esa conclusión —de mí vale, ¿pero de Dani? Dani es el chico bueno, el chico responsable—. ¿Y mamá? ¿Qué piensas decirle a ella?

Dani se aleja de mí, dándome la espalda. Quizás a mí no me deba ninguna explicación, pero a mamá tendrá que contárselo y va a romperle el corazón.

—Si no decides llevártela le diré que... —sigue dándome la espalda—. Le diré que Alison se ha largado con ella, que han desaparecido, que no sé nada de ellas.

—Pero Dani... —es absurdo—. No puedes decirle eso a mamá, no puedes mentirle.

—Prefiero mentirle que romperle el corazón —se da la vuelta.

No puedo creerlo, me niego a creer que esto esté sucediendo de verdad. Hace una hora me pareció todo un padrazo acunando a su hija, ahora, ahora solo puedo pensar en mi padre.

—¿Por qué no se la entregas a mamá? —Comienzo a ser consciente de que habla muy en serio.

—Está enferma Jordan, ella no puede encargarse de un bebé —me alza la voz—. Eve crecerá y mamá no va a poder atenderla, ¿qué sucederá cuando le den los ataques? ¿Cuándo no pueda moverse? Mamá no soportaría la situación, ver que no puede dar más.

—¿Y crees que no le va hacer más daño descubrir que no volverá a ver a Evelyn? Ella la quiere, mucho —sé que va a destrozarle el corazón.

—Ya he tomado una decisión Jordan —levanta la cabeza, firme—. Si mañana no sube al avión contigo lo gestionaré todo para que pueda adoptarla una buena familia.

—Eres un egoísta —jamás pensé que utilizaría un adjetivo como ese para referirme a Dani. El egoísta soy yo, yo soy el mal tipo, el que realmente estaría dispuesto a fugarse en casos como estos. Pero Dani, Dani no.

—Solo pienso en lo que sería mejor para Eve —susurra.

—No, solo piensas lo que es mejor para ti —mantengo mi mirada desafiante.

Me doy la vuelta sin vacilaciones, sin detener el paso. Necesito alcanzar la habitación y encerrarme en ella. Yo no puedo encargarme de un bebé, ni siquiera de la hija de mi hermano. ¡Por el amor de Dios si mi nevera está vacía la mayoría de días del año! ¿Y qué le diría a mamá? ¿Qué le diría a todo el mundo? No, no puedo hacerlo, lo siento por esa niña de ojos azules, pero yo no soy el tipo adecuado.

Respiro profundamente antes de salir de la habitación con la maleta arrastras. Puede que el ambiente se haya calmado un poco, puede incluso que Dani haya cambiado de opinión. O eso espero. Salgo intentando no hacer demasiado ruido, pero relajo mis hombros en cuanto me doy cuenta que Dani se encuentra en la cocina desayunando y el bebé en la silla guarreando con lo que parece una papilla.

—Hola —ralentiza sus movimientos.

—Hola —contesto por educación.

—¿Ya te marchas? —Sostiene en sus manos el biberón de Evelyn—. Aún es pronto.

—Cogeré un taxi —intento no mirar a la niña que jamás volveré a ver, pero mi vista siempre vuelve a ella.

—Puedo llevarte —la tensión se palpa en el ambiente.

—No hace falta —echo un vistazo al salón.

—Vale, junto a la nevera está apuntado el teléfono de una compañía de taxis, puedes llamar —Dani vuelve a moverse, se acerca a la silla del bebé para darle el biberón a Evelyn.

—Genial —suelto el asa de mi maleta y avanzo hacia el teléfono colgado en la pared.

Acabo la llamada indicando la dirección en la que vive Dani, 2041 de Oberlin Street. Cuelgo. Sin duda es una situación realmente incómoda. Sé que él espera algún tipo de respuesta por mi parte, pero anoche fui lo suficientemente claro. Yo no voy a quedarme con la niña.

—Si quieres puedes tomar algo antes de irte —Dani se sienta en uno de los taburetes con la taza de café frente a él.

—Creo que tomaré un café —echo un vistazo al bebé que chupa con fuerzas del biberón.

Ya he aprendido dónde están las tazas por lo que no vacilo ni un segundo antes de hacerme con una. Alcanzo la cafetera y lleno mitad del vaso, aún está caliente, puedo ver el vaho que expulsa mi taza. Me aproximo a la barra

de la cocina, frente a la sillita donde Evelyn sigue comiendo sin saber que en unos días, quizás unas semanas estará con otra familia.

—Saluda a mamá de mi parte —dice Dani unos cuantos minutos después.

—Claro —intento no mirarle a la cara.

Pego un sorbo de mi café. Esto no está bien, pero no debería ser yo el que se replanteara la cuestión en sí. Yo no soy su padre.

—¿Has pensado en lo que te dije? —Deja caer sutilmente mientras los dos desayunamos.

—Dani —dejo la taza sobre la barra con cierta brusquedad—. Ya te dije que no. —Echo un vistazo a la niña y sonrío ajena a lo que está sucediendo—. Yo no puedo encargarme de un bebé, ni siquiera es algo que me corresponda a mí.

Lanzo la piedra. No creo conseguir nada a estas alturas, Dani ha tomado una decisión y todo lo que tiene de responsable lo tiene de cabezota. Aunque el mito haya caído. Seguimos desayunando en silencio, hasta que escucho un pitido de coche fuera y me doy cuenta que ha llegado la hora de despedirme. Dejo la taza dentro del fregadero.

—Buen viaje Jordan —se adelanta mi hermano.

—Gracias —titubeo. Me aproximo a la sillita donde Evelyn come muy lentamente, ella alza su vista azul para verme y sonrío—. Adiós pequeña.

Rápidamente me doy la vuelta, agarro de nuevo mi equipaje y avanzo hacia la puerta de casa. Abro y cierro sin detenerme. Necesito alejarme de allí cuanto antes, sé que no puedo hacerme cargo de una niña, cuidar a alguien me resulta imposible ahora mismo, pero no puedo evitar sentir la presión en el estómago. Maldito Dani.

Frente a la puerta de casa un taxi espera, ha sido bastante puntual. Camino hacia él intentando no volver la vista atrás. No debería haber aceptado la petición de mi hermano pequeño, todo seguiría sin más, sin este peso que cargo sobre mis hombros.

—Buenos días —un tipo de piel oscura espera junto al coche—. ¿Le guardo el equipaje?

—Sí —suelto mi maleta de golpe, el señor se hace con ella y la conduce hacia el maletero.

—¿Al aeropuerto? —pregunta desde atrás.

—Sí, al aeropuerto —me agarro con fuerza a la manivela de la puerta trasera pero algo me impide abrir.

—¿Se encuentra bien? —El taxista arruga la frente mientras me contempla, puede que crea que estoy enfermo, que estoy loco. No respondo —. ¿Chico?

Segunda parte

Octubre

Capítulo 9

Despegamos. Todo el mundo permanece sentado en sus asientos, con el cinturón puesto y esperando impacientes a poder quitárselo. Es la primera vez que me pongo nervioso, no puedo controlar el temblor de mis piernas, ni la velocidad de respiración. Todo demasiado irreal. La luz del monitor que indica que debes llevar el cinturón bien abrochado se apaga y de repente la gente comienza a moverse en sus asientos, relajados.

—¿Necesita alguna cosa? —Una azafata extremadamente alta y rubia se inclina hacia delante junto a mi asiento, nuevamente me toca ir en el lado del pasillo.

—No, gracias —le sonrío amablemente.

—¡Pero qué cosita tan bonita! —Sus ojos y sus manos me esquivan para fijarse en el bebé de ojos azules que tengo a mi lado derecho, sentado en la sillita que Dani tenía en su coche—. ¿Cómo se llama?

—Eve —respondo sin poder evitar controlar la risa nerviosa que está a punto de provocar un sonido demasiado sonoro.

No me puedo creer que lo haya hecho. Aún no sé en qué momento decidí darme la vuelta y volver a entrar en la casa. ¿Qué narices estoy haciendo? Yo no puedo encargarme de esto.

La azafata cañón no deja de hacer carantoñas a la pequeña Eve que parece encantada con sus atenciones. Aún no ha llorado, ni cuando Dani me la ha puesto en mis manos, ni cuando el taxi se ha alejado de la casa de Oberlin; tampoco al subir al avión, ni al despegar. Al menos he recapacitado a tiempo y he avisado a mamá de que el vuelo se retrasará, así que, ya la llamaría cuando aterrizara en Nueva Orleans, aunque por supuesto no voy hacerlo. Necesito un par de horas para meditar.

—¿Cuánto tiempo tiene? —La rubia azafata se aleja de Eve para centrar su atención en mí.

—Eh... —lo cierto es que no lo pregunté—. Seis meses, más o menos. —Esto es un desastre.

—Se parece mucho a su papá —Eve juega con uno de sus mechones—. Igual de guapos.

Sonrío sin decir nada. ¿Está coqueteando conmigo? Creo que he

encontrado una de las ventajas de quedarme con Evelyn. Si supiera que eso de parecernos es bastante improbable.

—La verdad es que sí, es una preciosidad —desvío mis ojos hacia la pequeña que no deja de sonreír. Espero que no lllore en todo el vuelo.

—Sin duda —la azafata aparta sus ojos de mí tímidamente—. Si necesitas cualquier cosa, tú o Eve, házmelo saber.

—Así haré —vuelvo a sonreírle descaradamente.

La azafata continúa su camino hacia la parte delantera del avión, inclino sutilmente la cabeza hacia la izquierda desviando mis ojos a su trasero. No está nada mal. Un sonido de la niña llama mi atención, por lo que me veo obligado a devolver mi vista hacia ella. Sostiene entre sus manos un pequeño peluche en forma de osito, muy peludo y muy suave. Dani me ha dicho que es su favorito. Me mira como si supiera que a partir de ahora tendrá que estar conmigo.

—Bueno Eve —acerco mi cabeza a la suya—. No sé cómo voy a cuidarte pero tendremos que hacernos a la idea los dos ¿de acuerdo?

La pequeña vuelve a sonreír mientras me muestra el peluche que sostiene en sus manos. Insiste en que lo coja y acabo haciéndolo antes de que se ponga a llorar y arme un espectáculo que no sepa controlar.

—Muy bonito —lo contemplo de cerca. Lo acaricio suavemente—. ¡Um que suave!

Pongo voz de idiota. Esto no va a funcionar, es imposible que funcione. Pero si le estoy hablando a un peluche. Evelyn reclama con un movimiento de sus manitas que se lo devuelva y no vacilo ni un segundo antes de hacerlo. Mamá va a negarse en rotundo.

En una mano llevo la sillita con Eve dentro, con la otra mano agarro el asa de mi maleta y tiro de ella. El bebé sigue despierto y balbuceando aunque no comprendo nada de lo que intenta decirme. Avanzo por el pasillo hacia la salida, nada que ver con California, apenas hay un grupito de personas esperando a familiares que llegan.

—¿Jordan? —Reconozco esa voz al instante y puedo interpretar también, sin problemas, el tono de sorpresa en él.

Aparto mis ojos de la niña para poder encontrar su rostro y ahí está Summer paralizada, con la boca abierta y los ojos como platos. Supongo que cuando la llamé antes de salir de California se me olvidó mencionar el pequeño detalle de que no viajaba solo de vuelta a casa.

—Hola Summer —freno en seco frente a ella.

—¿Pero qué...? —No sabe cómo continuar. Está alucinando.

—Summer, te presento a Evelyn Brown —respiro hondo antes de soltar la frase.

—¿La hija de Dani? —Summer arruga la frente sin comprender nada. Ya somos dos.

—Sí, la hija de Dani y Alison —echo un vistazo al bebé y es imposible que siga sonriendo, pero aún así lo hace.

—¿Qué haces tú con un bebé? —Y es sin duda la pregunta más lógica y racional que he escuchado en estos dos días.

Summer se acerca a la sillita para cargar el bebé en sus brazos. Parece que a Eve le gusta, ha puesto la misma cara que puso cuando la sostuve yo por primera vez en su casa. Summer le hace cosquillas en la tripa.

—Dani tiene exámenes dentro de poco y me pidió que la cuidara un tiempo —creo haber sonado bastante convincente. He pensado en la mentira durante todo el vuelo. Cómo decirlo, qué responder si preguntan, o cómo evadirme si me quedo bloqueado. Todo.

—¿Y Alison? —Deja de mirarla a ella para contemplarme a mí.

—Los dos están muy liados con los exámenes y me pidieron ese favor —no borro la sonrisa de mi rostro ni un segundo.

—¿A ti? —Suena a burla.

—Sí, a mí ¿qué pasa? —Me siento ofendido.

—Nada, nada —vuelve a la niña que sostiene en brazos.

—Bien, pues vamos —no veo la hora de llegar a casa y poner todo en orden.

—Sí, vamos —Summer comienza a caminar con Eve en brazos mientras yo las sigo muy de cerca con la sillita en una mano y la maleta en la otra.

A penas llevo dos mochilas con las cosas del bebé. Lo imprescindible. Todo lo que Dani ha podido darme en poco más de una hora antes de marcharme. Pero no tengo cuna, ni carro, ni comida, por no tener no tengo ni la casa limpia.

Abro la puerta del apartamento como puedo, rodeado de trastos por todas partes; al menos Summer se encarga de Eve que parece encantada con ella. Entro, siendo consciente de que es un desastre, y dejo pasar a la chica con gafas y la niña tras de mí.

—Madre mía Jordan —apenas avanza un par de pasos—. Esto es un caos

¡Aquí no puede vivir un bebé!

Es la primera vez que viene a mi casa, con tan mala suerte de encontrarla desorganizada. No es que la limpie muy a menudo, pero otras veces ha estado mucha más presentable que hoy. Me deshago de las mochilas echándolas sobre el sofá lleno de ropa, luego suelto el asa de la maleta y dejo la sillita de Eve sobre la mesa pequeña del comedor.

—Tengo que arreglarlo —echo un vistazo rápido a la habitación.

—Sabes, no estoy segura de que esta casa sea habitable —en su rostro esa expresión inconfundible.

—¿Pero qué dices? —Me aproximo a ella para coger a Eve, quien por ahora no parece importarle demasiado con quién va o deja de ir. Eso lo hará más fácil.

—Recuérdame por qué Dani te ha dejado a la niña —sigue observando la casa mientras me entrega al bebé.

—Ya te lo he dicho Summer, estaban muy agobiados con los exámenes y han creído que sería buena idea que pasara un temporada con su tío y su abuela —sonríe a la pequeña intentando apaciguar la curiosidad de la Summer desconfiada.

—Ya —no parece convencida.

—Bueno, muchas gracias —me mantengo erguido, con la cabeza en alto—. Gracias por recogernos y gracias por traernos, ya puedes marcharte.

—¿Seguro? —Es evidente que no se fía ni un pelo. Hace bien no haciéndolo.

—Ajá —evito abrir demasiado la boca.

—Está bien Jordan —Summer aparta sus ojos de mi casa y se aproxima a la pequeña para besarle la frente—. Nos vemos pronto Eve. Adiós Jordan.

—Adiós Summer —relajo los hombros.

Ella se marcha y nos quedamos completamente solos. Solo contra el peligro. Un peligro con cara de niña dulce. La miro y sigue agarrada a su peluche con fuerza ajena a todo lo que está sucediendo. No comprende que su madre se ha largado sin más y que su padre ha decidido que era prescindible, y aquí está ahora con el peor individuo posible para hacerse cargo de ella. Un tipo que ha entrado y salido del calabozo más veces de las que podría recordar. Un tipo que es incapaz de conservar un trabajo más de tres meses. Un tipo como yo. Pero alguna magia debe tener este bebé si ha conseguido que dé media vuelta y cargue con ella hasta Luisiana para hacerme cargo.

Hacerme cargo de un bebé llamado Evelyn, de ojos muy azules y mofletes hinchados. La miro.

—Pues ya hemos llegado.

Capítulo 10

¿Y ahora que se supone que debo hacer? Menuda mierda. Eve me mira expectante, a la espera de que tome las riendas de la situación. Segura. Echo un vistazo a la bolsa del bebé y recuerdo al instante las palabras de Dani “Tendrás que darle de comer en cuanto lleguéis” Comer, eso puedo hacerlo.

Me hago con el biberón que hay dentro de la bolsa, solo tengo que calentar la leche y dárselo, pero con el bebé en brazos no voy a poder. Contemplo el salón minuciosamente buscando el lugar más apto para un bebé de unos meses, decido dejarla sobre el sofá junto a un par de juguetes. Me alejo de ella lentamente sin apartar mis ojos de su cuerpecito inmóvil.

—No te muevas Eve, voy a prepararte el biberón —soy consciente de que hablo con un bebé que ni me entiende ni va a responderme.

Voy como un rayo, de aquí para allá sin dejar de mirarla de vez en cuando, al menos parece entretenida. Echo unas gotas de leche sobre mi mano para comprobar que no me he pasado calentándola; se lo vi hacer a Dani el otro día. No está mal, nada mal. Cuando intento cogerla en brazos de nuevo Eve rechista, está demasiado a gusto ahí como para querer moverse, así que, me acaba quitando el biberón y comienza a beber como puede, y yo me dejo caer en el sofá, a su lado con las manos en la cabeza y recordando la segunda alternativa. Si no me la traigo Dani la hubiera entregado a otra familia y mamá acabaría con el corazón en mil pedazos. Respiro profundamente antes de echar mi cabeza hacia atrás y mirar el techo. Dudo que esto pueda salir bien.

Abro la puerta de casa de mamá con la llave que aún conservo. No la he avisado, no le he dicho que ya estaba en Mandeville y por supuesto desconoce por completo que me acompaña un bebé. Llevo a Eve en brazos sin saber muy bien qué hacer, es hora de comer y mi nevera está completamente vacía.

—¡Hola mamá! —alzo la voz antes de aparecer de improviso por el salón.

—Jordan pasa —la oigo desde la otra punta del apartamento—. Iba a comer ahora ¿te quedas?

Desvío mis ojos a la niña de ojos azules que no deja de sonreírme como si fuera su persona favorita en el mundo.

—Nos quedamos, sí —susurro sin que mamá pueda oírme.

Va a flipar en cuanto me vea aparecer con el bebé en brazos. Llego al salón sin hacer ruido y ahí está mamá de espaldas preparando la mesa.

—He preparado algo de caldo —sigue hablándome sin intención de girarse.

—Mamá —la llamo.

—¿Sí? —Se da la vuelta con rapidez sin saber lo que le espera.

Se paraliza, sin habla, con los ojos bien abiertos e intentando emitir sonidos de su boca sin demasiado éxito.

—Dijiste que querías verla —bromeo—. Pues aquí tienes a Evelyn.

—Pero, pero... —parpadea un par de veces—. Que quisiera verla no significa que tengas que traérmela.

—No ha sido cosa mía —avanzo hacia ella para entregársela.

—¿Cómo? —Ella abre sus brazos aún asombrada y la coge de inmediato—. Pero qué grande y bonita estás.

—Bueno verás... —me aparto de ellas un poco. Ya he meditado sobre esto, no puedo contarle la verdad todavía—. Dani y Alison estaban muy liados con los exámenes y me pidieron si podía traérmela una temporada.

—¿Cómo? ¿Así sin más? —Es demasiado lista como para no indagar más. Como para no sospechar.

—Sí —continúo dudosamente—. Necesitaban una ayuda.

—¿Y por qué no me lo han dicho a mí? —Mamá la mece en sus brazos sin dejar de hacerle carantoñas.

—Es que... Dani creyó que lo mejor sería que me ocupara yo. Por eso de tu enfermedad y...

—¿Tú? —Rápidamente cambia su objetivo, es evidente que le ha sonado más a una broma que a la realidad.

—Sí, yo —respondo ofendido.

No soy un chico modelo, vale, pero creo ser capaz de mantenerla con vida hasta que decida lo que voy hacer. Quizás me encargue de ella un tiempo mientras es pequeña y después se la entregue a mamá una vez Evelyn sea más mayor, una vez mamá ya pueda hacerse cargo con más facilidad.

—Jordan no pretendía ofenderte, pero... —vuelve sus ojos a la pequeña—. ¿Tú vas a poder cuidar un bebé?

—No es tan difícil —me acerco a la mesa para hacerme con una onza de pan—. Solo comen, duermen y cagan.

—Necesitarás cosas —se dibuja una sonrisa en su rostro—. ¿Tienes cuna? ¿Ropa? ¿Comida? —Y pronto se borra de su cara la media sonrisa, a medida que va nombrando una a una las cosas que debería tener en cuenta y que por supuesto aún no he pensado en ello.

—Aún no —pego un mordisco al pan.

Mamá clava sus ojos en mí durante un par de minutos sin decir nada, decidiendo si todo esto es buena ida. Me conoce mejor que nadie y no necesito soltarle más mentiras para saber que esto no funcionará, que yo sé que esto no va a funcionar.

—De acuerdo —se da por vencida—. Después de comer echaremos un vistazo por ahí para ver qué conservo. —Mamá vuelve a hacerle carantoñas—. ¿A que sí preciosa? Tú me ayudarás. ¿Ha comido? —Me pregunta.

—No, le hice un biberón pero... no —ni siquiera sé muy bien qué come.

—Pues vamos a ver que hay por ahí para este bellezón —mamá se marcha con ella hacia la cocina encantada de tenerla en Luisiana.

Bufo en cuanto mamá desaparece del salón. Al menos ha funcionado, ella no sospecha nada y parece que va a darme un voto de confianza con Eve. Siento cierto ánimo sabiendo que al menos ella confía en mí. Me termino la hogaza de pan un poco más aliviado.

—¡Jordan! —Me llama mamá—. ¡Ven!

Camino hacia la cocina a paso lento. Mamá está frente a la nevera abierta observando la comida, Eve está con ella.

—¿Qué? —Me quedo en el umbral de la puerta.

—Si piensas encargarte de ella tendrás que saber qué puede y qué no comer —me contempla seriamente—. Así que, vas a ayudarme a preparar su comida.

Observo la televisión agotado. Mamá ha conseguido dormirla en brazos y la niña ha caído rendida al instante, ahora ambas están en una de las habitaciones. Me recuesto sobre el sofá y cierro los ojos en busca de un poco de silencio, no es que sea una niña muy renegona ni nada de eso, pero las responsabilidades me abruman.

—Se ha quedado dormidita como un ángel —oigo la suave voz de mamá y abro los ojos.

—Aún no ha llorado desde que la traje —murmuro.

—Parece una niña muy buena —pero claro, habla la abuela embobada.

—Ajá —asiento.

Mamá se sienta a mi lado, también ella parece cansada.

—Jordan, ¿seguro que vas a poder con esto? —Y es la mejor pregunta que he escuchado después de la de Summer.

—¿Tengo otra opción? —murmuro. Mierda, eso no pretendía decirlo en voz alta.

—¡Claro que sí! Yo puedo cuidarla hasta que Dani y Alison vengan a por ella —suenan serenas.

—No creo que sea buena idea —aparto mis ojos de ella—. Mamá aún no estás bien, ¿crees que no me he dado cuenta de los temblores de tus manos?

—Jordan yo ya he aprendido a vivir con ello —pone su mano sobre la mía llamando mi atención—. Puedo cuidar de un bebé.

—¿Y si un día te levantas y no puedes ni salir de la cama, qué? —No sería la primera vez.

—¿Y cómo vais a manteneros? —Alza las cejas.

—Encontraré algo —quizás le pregunte a Charles si tiene algo para mí.

Mamá clava sus ojos en el televisor encendido, con el volumen extremadamente bajo, más bajo de lo que jamás ha estado en esta casa.

—Hablé con Dexter y dice que puedes pasarte por el taller y verá que puede hacer —deja salir de su boca.

—Genial —me alegra resolver al menos uno de los problemas—. Esta tarde me pasaré.

—¿Y qué harás con la pequeña cuando tengas que ir a trabajar? —Se echa hacia delante.

—Ya pensaré en ello —de hecho ni siquiera me lo había replanteado hasta ahora.

—Jordan vas a necesitar reorganizarte si piensas cuidar de esa niña hasta que vuelva tu hermano —suenan preocupadas.

Mi hermano. Si supiera que Dani no va a volver a por ella jamás se negaría rotundamente a que yo me hiciera cargo, de hecho me lo estoy replanteando. Jamás es mucho tiempo.

—Mamá no te preocupes, me encargaré de todo —intento tranquilizarla.

—Sé que puedes —me da un voto de confianza—. Pero vas a tener que cambiar tu vida durante un tiempo, mientras la tengas contigo.

De hecho voy a tener que cambiar mi vida. Punto. Me gusta mi vida. Sé que es un poco caótica y desordenada, y no me importará cambiar un poco esa parte, pero al margen de eso me gusta. No debo explicaciones a nadie, no

tengo muchas responsabilidades. Hasta ahora. Fijo mi vista en el horizonte, segundo a segundo, hora a hora soy cada vez más consciente del embrollo donde me he metido, donde Dani me ha hundido sin previo aviso.

Capítulo 11

Veo varios coches parados, desguazados, piezas de vehículos por todas partes del taller; una planta baja enorme con varias puertas de garaje abiertas, visible al exterior. Reconozco a uno de los tipos que se encarga de un viejo Mitsubishi que dudo que pueda durar mucho tiempo más. Clive, el gordo de Clive.

—¿En qué puedo ayudarte? —Alguien se aproxima a mí por la espalda, me doy la vuelta. Dexter—. Pero si eres tú Jordan, hacía tiempo que no te veía por aquí.

—Ya bueno, ando un poco liado —meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

—Me dijo Kelly que andabas buscando trabajo —esquiva mi cuerpo para poder detenerse junto a uno de los vehículos que pretenden arreglar.

Dexter no es un alma de la caridad, pero tampoco es mal tipo del todo. Conoció a mi padre, eran buenos amigos siendo unos críos y siempre se sintió con cierta responsabilidad hacia Dani y hacia mí después de que se largara y nos dejara solos con mamá.

—Sí, necesito un trabajo —agacho la cabeza, no me apasiona este lugar.

—¿Recuerdas algo de lo que te enseñé? —Apoya su mano en el capó del coche mientras se rasca la nariz con la otra mano.

—Algo —respondo.

Lleva puesta una camista azul con el logo y el nombre del taller cosido en el bolsillo derecho, a la altura de su pecho, y unos pantalones claros, todo él manchado de tizne negro, de grasa y aceite de motor. Ha perdido bastante pelo desde la última vez que lo vi. Aparta su mirada de mí unos segundos.

—No puedo contratarte ahora mismo, ni pagarte una jornada completa — se aparta del coche y camina hacia mí de nuevo—. Quizás unas horas al día.

Necesito más que unas horas, necesito dinero, pero tampoco puedo negarme a aceptar la oferta ahora mismo. Me muerdo el labio inferior mientras observo nuevamente el taller, uno de los pocos talleres mecánicos de Mandeville.

—De acuerdo —no me quedan muchas más opciones.

—Bien —se dibuja una sonrisa en el rostro de Dexter. Me ofrece la mano

después de limpiarla en su camisa—. Pues empiezas ahora.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo? —Freno en seco mi brazo antes del apretón.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —Frunce el ceño.

He dejado a Eve con mamá, se supone que solamente iban a ser un par de horas como mucho y volvería. Sé que mamá no se encuentra demasiado bien hoy, lo he notado en sus movimientos, en su cara. Dexter espera.

—No, nada —cierro el trato con el apretón.

Salgo del taller cuando ya ha oscurecido. Llevo toda la camiseta manchada y me siento más sucio que en toda mi vida. Por eso no me gustó nunca este trabajo, por eso acabé dejándolo hace un par de años cuando acabé el instituto y me negué a seguir estudiando. Mamá me consiguió esto y yo solamente pensé “dinero fácil” y una mierda. Menudo crío ingenuo.

—Bueno Jordan —noto una palmada fuerte en mi hombro—. ¿Qué tal el primer día?

Miro por encima de mi hombro y ahí está Clive, ese gordo asqueroso que siempre lleva los pantalones demasiado bajos, enseñando su enorme trasero al mundo. Como si el mundo quisiera ver eso. Lo fulmino con la mirada.

—Bien —muevo mi hombro hacia delante para alejar su mano de mí y parece captar a la primera mi mensaje.

—Ya te irás adaptando —intenta ser simpático—. Por cierto, ¿cómo está Kelly?

Mis ojos vuelven a despedazarlo. No es ni siquiera digno para mencionar el nombre de mi madre, maldito cerdo.

—Tengo que irme —comienzo a caminar hacia la calle.

—¡Hasta mañana! —Me levanta la mano desde la distancia.

—Capullo —murmuro sin que nadie pueda oírme.

Sé que mi madre siempre ha llamado la atención de muchos de los tipos de Mandeville, era la típica chica guapa en el instituto, la animadora por la que todos babeaban; por eso jamás entendí cómo pudo acabar con un hombre como Arthur, el tipo que aportó su esperma para engendrarnos. Poco después de casarse, comenzó a beber más de la cuenta y antes del tercer cumpleaños de Dani se largó. Desapareció después de una discusión acalorada con mamá y un portazo. Siempre he fantaseado con la idea de que cayera borracho al lago y se ahogara en él. La verdad es que ni siquiera me importa. Y ahora Dani. Ahora viene Dani y dice que va a entregar a Evelyn a otra familia, sin más. ¿Cómo narices puede hacerlo? Necesito ir a casa y darme una buena

ducha.

Sé que mamá estará encantada con la niña y yo necesito despejarme un poco después de este día de mierda. Entro en el bar de Rosalyn sin pensarlo demasiado, me he dado una ducha, vestido con ropa limpia y caminado desde casa aquí. Ni siquiera me he detenido a cenar nada. Veo a los mismos tipos de siempre.

—Hola guapo —Rosalyn se aproxima a mí desde la barra—. ¿Lo de siempre?

—Sí, y sácame algo para comer —me siento en uno de los taburetes.

—En seguida —me guiña un ojo antes de irse.

Rosalyn debe rondar la edad de mi madre, también se casó con un imbécil borracho que finalmente acabó pegándole. Poco después ella lo echó de casa mientras le apuntaba con su rifle de caza, Rosalyn se quedó con la casa y el bar y él tuvo que buscar otro lugar donde emborracharse. Deja frente a mí una cerveza y una bandeja con aros de cebolla.

—Gracias —sonrío.

Rosalyn vuelve a guiñarme un ojo antes de marcharse. Comienzo a comer, ni siquiera sabía que tuviera tanta hambre hasta ahora que el olor de los aros de cebolla llega a mi nariz. A un par de asientos del mío se encuentra George contando sus viejas batallas como militar retirado mientras el resto escucha de nuevo, una tras otra, todas ellas. Dejo escapar una carcajada de mi boca antes de apartar mi vista de ellos. Noto una mano en mi muslo y alzo la vista veloz hacia arriba.

—Ya pensé que no volvería a verte —Melissa se apoya en la barra y se hace con uno de mis aros de cebolla.

—Hola Mel —esta chica me pone a cien siempre.

—¿Dónde estabas? —Me mira de reojo mientras intenta realzar sus pechos echándose hacia delante con sutileza.

—De viaje —trago saliva, jamás he tenido que darle explicación a ninguna mujer y no voy hacerlo ahora.

—¿De viaje dónde? —insiste.

—Fuera de Mandeville —respondo con evasivas, apartando mis ojos de ella para seguir comiendo.

—Ya —avanza hacia mí—. ¿Y tienes pensado volver a irte?

—Tal vez —me mantengo firme, sin caer en sus encantos naturales.

—¿Y vas a avisarme? —Abre mis piernas para colarse en medio mientras

yo sigo sentado en el taburete. Sabe hacerlo, sabe hacerlo muy bien.

—Ya sabes que soy un tipo libre —acerco mi rostro al suyo—. Que tú y yo solo somos...

—Amigos, lo sé —termina la frase.

Pega sus labios a los míos y son dulces, aunque con un sutil sabor a cebolla. Podría echarla sobre la mesa de billar ahora mismo y culminar con este suplicio al que estoy sometido con ella.

—Siempre juegas con ventaja —susurro.

Ella se ríe apartándose de mí unos cuantos metros. Vuelve a meter su mano en la cesta de aros de cebolla y se lleva otro a su boca.

—¿Quieres venirte a casa? —Me pregunta.

Nada me gustaría más, por supuesto, de hecho creo que necesito ahora mismo los encantos de Mel para relajarme, para acabar el día como debería. Sonríe a punto de aceptar su invitación pero.... Mierda. El bebé.

—No puedo —aparto mis ojos de ella.

—¿No puedes? —Se asombra—. ¿Cuándo Jordan Brown ha declinado una oferta mía?

Qué razón tiene. Pero hace ya bastantes horas que salí del apartamento de mamá y que le dije que volvería en cuanto saliera del taller y aún no me he dejado caer por allí.

—Otro día, Mel —me levanto del taburete y saco de mi bolsillo un par de billetes.

—¿En serio? —Borra su sonrisa de la cara, decepcionada.

—Muy en serio —dejo el dinero sobre la barra y me hago con el último aro de cebolla que queda—. Adiós.

Rodeo su cintura con mi brazo para aproximarla a mí y besarla antes de darme la vuelta y salir del bar. Por ahora no quiero que Melissa sepa nada del bebé ni de mi nueva situación, involucrarla en mi vida de ese modo le serviría como una puerta para formalizar algo que no pretendo llevar a más por ahora. Mel es estupenda, pero no podría tener ese tipo de relación normal con ella; bueno, ni con ella ni con cualquier otra.

Es una noche cerrada, sin estrellas, sin luna, pero al menos con un viento ralentizado, nada que ver con el de esta mañana. Salgo del bar poniendo rumbo a casa de mamá, aún me queda un largo camino que recorrer hasta llegar y solo espero que el bebé se haya dormido y que siga dormida hasta mañana. No tendré que ir al taller hasta la tarde, así que, voy a tener que

hacerme cargo de Eve en esas horas, y tendré que comprarle comida y preparar la otra habitación, la que era de Oscar, para poder acomodarla en algún rincón de la casa.

Sigo por la acera, iluminado por las farolas de la calle con la tentación de darme la vuelta y regresar al bar de donde no habría salido antes del día de hoy, antes de tener que responsabilizarme de una niña que ni siquiera es mía. Una niña que no quiero, ni necesito en mi vida. Me pongo la capucha.

Capítulo 12

No quiero tocar al timbre porque puede que acabe despertando a Eve, así que, saco la llave que hay enterrada en la maceta junto a la puerta del apartamento, he olvidado mi llave en casa. Abro despacio, sin hacer mucho ruido y puedo escuchar la televisión encendida, apuesto a que mamá se ha quedado dormida en el sofá viendo una película. Camino casi de puntillas hacia el salón pero no hay nadie, solo el televisor y una lamparita encendida.

—¿Mamá? —Intento no alzar demasiado la voz.

Voy hacia la cocina pero nada, quizás se haya acostado ya y duerma junto al bebé aunque es extraño que, si así es, la televisión siga encendida. Camino por el pasillo hasta la habitación de mamá, al final, paso el antiguo cuarto de Dani a mano derecha. Logro ver luz en el baño, con la puerta entornada. Pego un par de golpes en la puerta del servicio.

— ¿Mamá estás aquí? —Voy empujando lentamente para poder abrir—. ¡Mamá!

Echada sobre el suelo del baño encuentro el cuerpo de mamá inerte, sin responder a mi llamada. Me acerco a él veloz y angustiado sin saber muy bien qué hacer ni qué ha ocurrido.

—Mamá despierta —rodeo su cuerpo con mis brazos, sosteniendo su cabeza en busca de algún tipo de reacción en ella—. ¡Mamá responde!

Escucho una especie de sonido y mi cuerpo se relaja. Respira.

—Jordan —susurra.

—¿Mamá qué ha ocurrido? —intento alzarla un poco más del suelo, aún sigue aturdida.

—La pequeña, Jordan, la pequeña —se altera.

Evelyn. Dejo lentamente a mamá sobre el suelo de nuevo y corro hacia las habitaciones. Abro una a una la puerta con un nudo en mi estómago que jamás había sentido antes; una presión que oprime mi pecho. Primero entro en la habitación de Dani, pero nada, después en el mía pero sigue igual a como yo la dejé el otro día; y corro rápidamente hacia el cuarto de mamá. Enciendo la luz y mis ojos se fijan en la cama doble, pero nadie duerme sobre ella.

—¿Eve? —alzo la voz nervioso. Maldita sea debería haber venido antes.

Rodeo la cama de mamá y freno en seco. Ahí está, sentada en el suelo jugando con uno de los peluches que mamá siempre coloca sobre su cama. Vuelvo a respirar de nuevo antes de llevarme la mano al rostro. Camino hacia ella para cogerla entre mis brazos, parece serena, tranquila. Y a mí me falta el aliento.

—Ven aquí pequeña —la estrujo contra mi pecho sin que se queje por ello.

Saco el teléfono móvil de mi bolsillo y llamo a emergencias, sé que las dos están vivas, pero desconozco el tiempo que mamá lleva tumbada sobre ese frío suelo de ladrillos blancos, ni cuánto tiempo lleva Eve sola, despierta. Dani tenía razón, mamá no puede hacerse cargo de un bebé.

La contemplo sobre una silla de la sala de espera mientras sigue jugando, de vez en cuando me mira y me sonrío pero sigue ajena a todo lo sucedido. Podría haberle ocurrido algo mientras mamá seguía inconsciente y todo habría sido por mi culpa. Acaricio su cabeza con delicadeza, sin que ella me preste atención.

—Lo siento Eve —respiro despacio—. Te prometo que no va a volver a pasar.

—¡Jordan! —Alguien pronuncia mi nombre bien alto y bien claro y es entonces cuando desvío mi vista de la niña de ojos azules hacia la puerta de entrada.

Me levanto de la silla esperando a que nos alcance y lo hace casi de inmediato, Summer me rodea con sus brazos sin que yo pueda reaccionar, sin esperármelo. Parece preocupada. Sabía que debía avisarla. Sabía que vendría corriendo.

—Hola Summer —susurro poco antes de que sus brazos me suelten.

—¿Cómo está tu madre? —Puedo ver las ojeras bajo sus ojos, ocultas por sus gafas y el pelo despeinado.

—Bien, están haciéndole pruebas pero ha sido por su enfermedad —estoy cansado y abatido.

Ella aparta sus ojos de mí para contemplar a la niña sentada en la silla de mi derecha. Me esquivo con sutileza para después agacharse un poco y quedarse a la altura de Eve.

—¿Ella está bien? —Alza su cabeza un poco para mirarme.

—Sí —sonrío.

—Menudo susto, ¿eh pequeña? —Summer acaricia su redondo moflete.

—Tendría que haber estado allí —aún sigo asustado por lo sucedido.

—Jordan —Summer vuelve a ponerse de pie—. Tú no sabías que iba a ocurrir eso.

—Pero tengo que responsabilizarme de ella —echo un vistazo al bebé—. Dios Summer, no sé si puedo con esto.

Vuelvo a sentarme en la silla donde estaba antes de que ella apareciera por la puerta del hospital. Me he equivocado, Dani tenía razón, estará mucho mejor con una familia que pueda cuidarla y quererla. Summer se sienta a mi lado sin apartar sus ojos de mí.

—Sí que puedes con esto —sus ojos buscan los míos.

—¿Y si le hubiera ocurrido algo? —Giro mi rostro hacia ella—. Ahora es mi responsabilidad y... una vida es demasiada responsabilidad para mí.

—Jordan escúchame —agarra mi barbilla con delicadeza—. Dani y Alison confiaron en ti para cuidar a su hija. De todas las personas que hay en el mundo confiaron en ti. —Habla con fuerza, y seguridad—. Ellos saben que puedes y yo también. —Echa un vistazo a Evelyn—. Y tu madre también lo piensa.

—¿Y si la cago? —No es algo que pueda estropear y olvidar, es una persona, un bebé enano que necesita que se ocupen de él.

—La cagarás unas cuantas veces —sonríe—. Pero también lo harás bien muchas otras veces.

Logra sacarme una sonrisa. Puede que Summer sea un bicho raro la mayor parte del tiempo, pero siempre ha sabido qué hacer. Es una chica sumamente responsable y organizada.

—¿Familiares de Kelly Brown? —Una de las doctoras aparece en la sala de espera.

—Nosotros —dice Summer sin vacilar.

Me levanto de la silla, la chica con gafas de pasta negra se me adelanta para coger a la pequeña Evelyn, que sigue sin quejarse de nada.

—Buenas noches —la doctora aparta los papeles que lleva delante para atendernos—. Le hemos hecho unas cuantas pruebas pero no ha salido nada, el desmayo se ha debido a su propia enfermedad. Se paralizó y perdió las fuerzas.

—¿Pero está bien? —No es nuevo para mí sustos como estos.

—Sí, lo está. Le hemos suministrado morfina para el dolor y ahora descansa. Mañana es bastante posible que le demos el alta.

—¿Mañana? —Paso la mano por mi cabeza.

—Sí, la dejaremos ingresada esta noche —al menos la doctora no parece preocupada.

—De acuerdo, gracias —aunque no esperaba que tuviera que quedarse.

La doctora se despide de ambos antes de desaparecer. No puedo quedarme con mamá y con Eve en el hospital, es humanamente imposible, y tampoco puedo pedirle a Summer que se ocupe de Evelyn esta noche porque vive con sus padres y no es cuestión de meterles en plena noche a un bebé desconocido en su casa. ¿Y ahora qué hago?

—Toma —Summer me entrega a Eve—. Vete a casa.

—¿Y tú? —Me hago con Eve.

—Yo me quedo con Kelly —dice sin dudarlo.

—Pero Summer no puedo pedirte que...

—Tú no me has pedido nada —interrumpe—. Me quedo porque quiero.

Summer cruza sus brazos a la altura de su pecho manteniéndose firme. Reconozco que ahora mismo me vendría genial, no puedo quedarme con mamá si no tengo donde dejar a Evelyn.

—Pero, ¿no tienes clases? —Me siento fatal por ella, no es su obligación.

—No hace tanto que terminaste el instituto Jordan, deberías saber que los sábados y domingos no hay clases —responde burlona—. Vete, esta niña necesita dormir y tú también.

Suena tan tentador. Miro a Evelyn y comienza a bostezar fuertemente.

—De acuerdo, pero mañana por la mañana estaré aquí —puede que Summer tenga cosas que hacer.

—Muy bien —sonríe ella.

—Gracias Summer —ahora mismo la abrazaría si no fuera a resultar para ambos muy extraño.

—Buenas noches —insiste.

Abrigo fuerte a Evelyn. Mamá le ha puesto uno de los pijamitas que Dani metió en la bolsa de equipaje de la niña, yo solamente le he puesto un abrigo antes de sacarla de casa. Me doy la vuelta con ella en brazos.

—Jordan espera —me pide Summer—. Toma, es muy tarde.

Summer saca de su bolsillo las llaves de su coche. Las contemplo moverse de un lado hacia otro sujetas tan solo por dos dedos de la chica que siempre ha sido mi vecina, desde que tengo memoria.

—Summer... —no estoy convencido de ello—. ¿Estás segura?

—Pues claro, cógelas, es muy tarde —me ordena.

Obedezco. Coloco a Eve como puedo en el asiento delantero, sé que debería utilizar la sillita de viaje pero todo se ha quedado en casa de mamá y no me queda otra opción que sentarla y ponerle el cinturón como pueda. No son más de diez minutos en coche, y he cometido faltas peores. Conduzco hasta casa de mamá, lo mejor será que Evelyn y yo nos quedemos allí esta noche, allí está su ropa, sus cacharros, los pañales. Todo. Paro el coche frente al bloque donde vive mamá y mis ojos se desvían hacia el asiento del copiloto donde he colocado a la niña. Se ha dormido, tiene la cabeza apoyada en la puerta y puedo escucharla respirar con fuerza. Menuda noche.

Capítulo 13

La oigo llorar con fuerzas, como hasta ahora no la había escuchado. Desconozco qué hora es, ni cuánto tiempo he tardado en dormirme,. Debo levantarme cuanto antes. Pongo un pie en el suelo, sobre la moqueta, y después otro. Veo borroso todavía y me tambaleo un poco al levantarme de la cama. Camino hacia el pasillo para poder alcanzar la habitación de mamá, donde acosté a Evelyn anoche pensando que sería la mejor opción. Solo en la habitación de mamá la cama es lo suficientemente grande como para asegurarme de que la niña seguía en ella por mucho que se moviera, luego coloqué un par de sillas a cada lado a modo de barrera y esperé no tener que volver a urgencias en lo que quedaba de noche.

Cruzo la puerta y el sonido chirriante de sus llantos aumenta de volumen considerablemente. Con lo pequeña que es cómo puede chillar con esa potencia de voz. Aparto una de las sillas de un lateral para alcanzarla, pero Eve sigue llorando como si no hubiera mañana.

—Evelyn por favor —la cojo en brazos intentando calmar su sofoco, pero nada—. Eve es muy temprano para que hagas tanto ruido.

Pero Eve sigue llorando con fuerza. La acuno como puedo mientras sus brazos se estiran sin cesar intentando escapar de mí, resistiéndose por primera vez. La cambio de posición para ver si logro algo y es entonces cuando un sutil olor a mierda llega a mi nariz.

—Joder —se escapa de mi boca sin que pueda evitarlo.

Se ha cagado y necesita que la cambie, yo también tendría un berrinche como ese si olierá tan mal. Coloco una de las toallas del baño sobre la mesa del salón y sobre esta a Eve que sigue llorando. La desvisto para poder desabrocharle el pañal y me veo obligado a retroceder un par de pasos y pellizcar mi nariz con los dedos. Qué asco. Jamás en mis veintitrés años de vida había olido algo tan asqueroso.

—Evelyn, ¿pero qué has comido? —Contengo la respiración antes de volver acercarme a ella.

Le quito el pañal como puedo y ella deja de llorar de inmediato, al instante. Lo enrolló y lo aparto de nosotros, si quiero seguir respirando voy a tener que quemar eso en la parte trasera del edificio. Le limpio como mamá

me enseñó ayer y le coloco un nuevo pañal limpio. Evelyn ha dejado de ser insoportable para volver a mostrar su sonrisa.

Recojo todo y lo echo a la basura antes de preparar el desayuno. Al tener seis meses dice mamá que ya puede comer purés y preparados para bebés, pero aún no he ido a comprar y en casa no hay nada de eso, así que, tendré que hacerle un biberón y pasarme después por el supermercado para comprar todo lo que voy a necesitar, en realidad todo lo que ella va a necesitar. Solo hay un problema, no creo que me quede ni un duro.

Rebusco dentro de la bolsa donde Dani metió toda su ropa, buscando algo que la abrigue, aunque me conformaré con un pantalón largo y algo de manga larga. Le pongo un pantalón morado y una camiseta rosa, después el abrigo. Ya la he dado de comery vestido, es hora de poner rumbo al hospital para ver a mamá y liberar a Summer.

Aparco frente a la puerta sin muchos problemas, saco al bebé de la sillita mientras con la otra mano me hago con la bolsa de *Sweet Cat*, llena de cruasanes, es lo mínimo que puedo hacer por Summer después de pringar toda la noche. Subo al ascensor acompañado por tres personas más, una enfermera, un paciente y un familiar. Espero que mamá se encuentre bien, y si es posible despierta.

Evelyn está un poco revoltosa hoy. Entro por la puerta de la habitación y mi cuerpo se relaja de inmediato en cuanto veo a mamá despierta con Summer sentada en la cama junto a ella.

—Buenos días —intento sonar con ánimos.

—Pero mira quien ha venido —mi madre se ciega con la pequeña y mofletuda Eve—. Vamos Jordan, acércamela.

Obedezco sin rechistar. Summer se aparta de la cama donde está mi madre para poder dejar sobre ella al bebé de ojos grandes. Ni que hiciera meses que no la ve.

—Hola Summer —susurro.

—Hola —ella sonríe, como de costumbre.

—Te he traído el desayuno —le entrego la bolsa de cruasanes.

—¿Para mí? —Parece extrañada. Sorprendida—. No hacía falta Jordan.

—Quería agradecerte de algún modo que te quedaras con mamá —sigo utilizando un volumen de voz bajo.

—Gracias —los acepta de buen grado.

—Vaya Jordan, y yo que creía que no mostrabas consideración nunca —

bromea mamá sin dejar de sonreír. No soporto que haga eso—. Summer, ¿puedes dejarnos un momento a solas?

—Por supuesto Kelly —se aproxima a mamá para coger a la niña—. Ven aquí preciosa.

Las dos se marchan de la habitación segundos después mientras mamá y yo las seguimos con la mirada hasta que desaparecen de nuestro campo de visión.

—¿Cómo te encuentras? —Vuelven mis ojos a ella.

—Mucho mejor —al menos la veo mejor—. ¿Qué tal tu primera noche con ella?

—Tranquila, se durmió en el trayecto a casa —me siento en el sillón que hay junto a la cama.

—Teníais razón —no parece contenta dando su brazo a torcer.

—¿En qué? —Me inclino hacia delante.

—No puedo cuidar de un bebé tan pequeño —baja el tono de su voz—. Así que, vas a tener que hacerlo tú.

—Ya te dije que lo haría yo —me sorprende que creyera que no hablaba en serio.

—Lo sé —dibuja una mueca en la comisura de sus labios—, así que, préstame atención. —Ordena—. Vas a tener que encargarte de sus comidas, no es tan pequeña, así que, sigue un horario normal.... bueno, de personas normales, no el tuyo. —Especifica—. Y no puedes acostarla muy tarde, ¿me oyes? Y vas a tener que buscarte alguien que te ayude, conmigo puede quedarse siempre que quieras pero habrá días en que tendrás que buscar una niñera.

—Mamá, no puedo pagar una niñera —pensé que eso ya había quedado claro.

—Jordan voy a estar yo, pero cuando no pueda quizás si se lo comentas a Summer... —mi madre la mandona jamás dejará de serlo.

—Hablaré con ella —no es que tenga muchas opciones más después de todo.

—Bien —suena satisfecha—. En cuanto a lo del dinero y eso, por ahora quédate mi coche, vas a necesitarlo para poder moverte, y yo puedo darte algo de dinero ahora para que compres lo necesario, después vas a tener que organizarte.

—¿Tu coche? —Me levanto del sillón.

—Sí mi coche —repite.

Demasiadas cosas en tan poco tiempo. ¿Niñera? ¿Coche? ¿Dinero? ¿Cosas necesarias? Estoy empezando a marearme con tantas cosas a tener en cuenta. Una enfermera aparece por la puerta sin avisar sirviéndome para recuperar la noción de tiempo. Debe tener la edad de mamá y parece bastante seria.

—Hola —dice sin mucha gana.

—Buenos días —responde mamá con una de sus bonitas sonrisas.

La enfermera se limita a contemplar todo, el gotero, el ritmo de su corazón... todo. No nos mira a ninguno de los dos en ningún momento. Yo veo bastante bien a mamá, no creo que haya problemas.

—En un rato pasarán a darle el alta —su expresión sigue siendo la misma.

—¿Podrá irse a casa? —Me aproximo a la cama.

—Eso he dicho —responde de forma desagradable.

Tengo la intención de mandarla a la mierda cuando de repente noto la mano de mamá agarrando la mía disimuladamente. Es su forma de pedirme que me calle. Echo un vistazo a mi madre antes de desistir.

—Gracias —dice ella.

—Adiós —la enfermera se da la vuelta y se larga.

—Menuda estúp...

—Jordan —me detiene mamá—. Vas a cuidar una niña, no puedes ir soltando palabrotas y metiéndote en peleas, ¿entendido?

Asiento. Mamá tiene razón, debo dejar atrás esa fase de mi vida. Sé que los niños son como monitos de repetición y si algún día acabara soltando una palabrota mamá me la quitaría y después me daría un buen bofetón en la cara.

—Me controlaré —intento prometerle.

—Bien, pues ahora ve a buscarlas —aún sentada en esa cama de hospital sabe cómo controlarlo todo.

—Voy —dibujo una enorme y forzada sonrisa en mi cara antes de darme la vuelta y salir.

Quiero a mi madre, pero ya no tengo diez años, debería dejar de controlar todo lo que hago, me marché de casa para asegurarme que no volvía a hacerlo y aún no ha servido de nada. Camino por el pasillo de las habitaciones hasta el primer rellano, ahí está Summer con Eve en brazos mientras las dos contemplan embobadas una de las máquinas de refrescos. Summer no deja de señalar con el dedo el cristal, mientras el bebé la imita. Inconscientemente

una sonrisa se dibuja en mi cara.

Capítulo 14

Paro frente al supermercado. Miro hacia atrás y ahí están las dos chicas entretenidas, sin percatarse de que al fin hemos llegado. Desabrocho el cinturón y abro la puerta para salir. Hemos dejado a mamá en casa, bastante animada por cierto, y después de cargar con algunas de las cosas de la niña, coger las llaves del coche y asegurarme de que podía dejar a mi madre en casa he decidido que ya era hora de ir a comprar cosas para el bebé. Summer ha querido acompañarnos y mamá me ha obligado a mantener la boca cerrada.

—Solo compraré lo necesario —de hecho no tengo mucho más dinero que para eso.

—Vale —Summer se encarga de la niña sonriente.

Me hago con un carro antes de entrar en el supermercado con la esperanza de no encontrarme a demasiada gente conocida. Summer sigue entreteniendo a Eve en sus brazos y lo cierto es que mamá tenía razón, para variar, es un alivio poder contar con alguien que se ocupe del bebé a ratos.

—Tendrás que comprar pañales —me recuerda la chica de ojos oscuros.

—Sí, lo sé —saco la lista que mamá ha redactado y echo un vistazo.

La puerta se abre automáticamente y una bocanada de calor golpea contra nosotros. La primera en mirar de reojo es la dependienta, una joven de pelo negro y puntas rubias; seguimos hacia delante. Nos detenemos en el pasillo de los preparados para bebés, hay tanta variedad que por un momento mi visión se nubla. ¡Y yo qué sé cuál coger! Summer sigue hablando conmigo, aunque dejo de prestarle atención, la presión está pudiendo conmigo.

—¿Tú qué dices Eve? —Le muestra uno de los botes—. Tienes toda la razón, esa mezcla no suena nada bien. —Me mira—. Oye Jodan, ¿y Dani no te dijo qué comía o cuál de todos le gusta?

—No —murmuro sin mucha voz.

Dani tenía tanta prisa por vernos desaparecer antes de que me arrepintiera que apenas me comentó lo básico. Sigo mirando los estantes llenos de botes de papillas de un millón de sabores.

—Puedes coger un par y probar —ella alarga el brazo para coger otro.

La observo con la mirada perdida. Si ni siquiera sé qué darle de comer,

esto no va bien. Eve se hace con el bote que Summer sujeta intentando arrebatárselo, entonces ella me lo muestra con una sonrisa. Creo que Eve ya ha escogido.

Seguimos avanzado por el supermercado, hay que conseguir un poco de leche en polvo, el bote que Dani me metió en la bolsa no dará para más de dos días. Lo meto también dentro del carro. Para la chica con gafas esta tarea resulta casi divertida, de aquí para allá mirándolo todo, para mí, que sé que voy a tener que encargarme de esto durante un largo tiempo, no me entusiasma demasiado.

—Los pañales —susurro.

Continuamos el pasillo en adelante, en busca de los pañales de bebés, a punto de alcanzar la esquina un carro entorpece nuestro camino y ambos nos vemos obligados a detenernos. Señora Feigth. Maldita sea.

—Jordan, Summer... vaya que sorpresa encontraros por aquí —en su rostro una siniestra sonrisa.

—Hola señora Feigth —responde amablemente Summer.

—¿Y esa preciosidad? —Sus ojos se clavan en Eve descaradamente.

—Es la hija de Dani y Alison —agradezco que sea la chica de gafas la que responda por los dos.

—¿Es que han venido? —Ni siquiera hablando borra la horripilante sonrisa de su boca.

—Eh... ajá —responde dudosamente Summer.

Echo un vistazo a la vecina rarita asombrado con su mentira. Desconocía por completo que Summer supiera mentir con tal sutileza. Sonríe levemente.

—Pues Kelly estará encantada —sigue metiéndose donde nadie la llama.

—Claro —respondo dibujando una sonrisa falsa en mi rostro.

—Bueno señora Feigth, tenemos que continuar —Summer empuja lentamente del carro y los tres nos movemos—. Adiós señora Feigth.

—Adiós chicos —nos sobrepasa y continúa hacia delante.

No necesito darme la vuelta para saber que seguirá mirándonos de reojo mientras cavila opciones viables, no creo que se haya tragado sin más la contestación de Summer. Echo un vistazo a las chicas que me acompañan y también Summer parece maldecir la hora en que nos hemos topado con la cotilla señora Feigth.

—Es una cotilla —susurra Summer—. Siempre queriendo saberlo todo.

Se me escapa una sonrisa de mi boca inevitablemente. Ella tiene razón, de

hecho ha utilizado exactamente las mismas palabras que mamá usa cuando se refiere a Elise Feigh; como se nota que pasan demasiado tiempo juntas.

Llegamos al pasillo de los pañales y desconocía que existiera tanta variedad. Muy absorbentes. Flexibles. Una marca, otra. Y en cuestión de unos segundos me encuentro inmerso en el universo de los pañales para bebés. Al menos no es peor que lo de las papillas.

—¿De verdad puede haber tanta diferencia de uno a otro? —Alcanzo con cada mano uno de los paquetes para mostrárselos a Summer. Ella se ríe descaradamente—. Genial, ¿te hago gracia?

La verdad es que ahora mismo yo también reiría por no llorar. Vuelvo a dejarlos en su sitio para poder ver los demás.

—¿Jordan? —Tenso mi cuerpo al reconocer la voz.

Me doy la vuelta despacio y no podría tener peor suerte ahora mismo, de todas las personas que viven en Mandeville he tenido que toparme con Melissa. Mierda.

—Hola Mel —intento controlar la situación.

—¿Pero qué...? —Se aproxima a nosotros con una pequeña cesta que cuelga de su mano—. Vaya, un bebé.

—Sí —por algún motivo no puedo pronunciar muchas palabras más, me quedo bloqueado, sin importarme demasiado lo que ella estará pensando de mí en este momento.

—No sé por qué me sorprende —vuelve a echar un vistazo a Eve y a Summer.

—Melissa, no es lo que piensas —digo al fin.

—Ya, seguro —dice en tono sarcástico.

La situación se ha vuelto extremadamente incómoda. Eve comienza a renegar en brazos de Summer mientras ella alterna su mirada entre mi persona y la despampanante Mel.

—Hola —dice insegura—. Soy Summer. —Y ella extiende la mano para ofrecérsela educadamente.

—Yo Melissa —la acepta sin vacilaciones—. La que se tira a Jordan.

—Oh. Vale —Summer suelta la mano de Mel, incómoda.

Melissa se da la vuelta violentamente y comienza a alejarse de nosotros a paso veloz. No sé lo que acaba de pasar, pero debo hacer algo.

—Lo siento —vocalizo sin demasiada voz.

—No importa —susurra Summer.

Corro hacia Melissa dejando atrás a las dos chicas inocentes junto al carro, hasta que alcanzo a Mel y agarro su brazo con fuerza para detenerla.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —Me muestro ofendido.

—Te encuentro con tu mujer y tu hija y soy yo la que tiene que explicarte a qué ha venido eso —con un golpe seco se suelta de mi mano.

—Summer no es mi mujer, ni Eve mi hija —frunzo el ceño.

—Ya claro, y yo voy a creerte —vuelve a ponerse en movimiento.

—Me importa una mierda que no me creas —alzo un poco la voz—. De hecho no me importa en absoluto lo que tú pienses.

Melissa frena en seco antes de girar su rostro y mirarme. Ya se aclaró en su momento, ella y yo solamente nos divertimos. Le dije que si quería o pretendía más aquello no iba a funcionar; que yo desaparecería de su vida para dejar paso a otro.

—¿Eso es lo que te importo? —Suena dolida.

—Mel, lo siento —quizás he sido demasiado grosero—. Me importas, pero ahora mismo es un momento complicado.

—¿Y por qué no me lo cuentas? ¿Por qué no me involucras en tu vida? — Se aproxima a mí unos pasos.

—Sabes que no quiero una relación de ese tipo —no la engañé en ningún momento, le dije lo que era y lo que podía llegar a ser en un futuro.

—A mí no, pero sí a esa chica —su cabeza señala hacia el final del pasillo donde se encuentran Summer y Eve.

—Summer es una amiga —la conozco desde que era una mocosa con trenzas.

—Ya —aparta sus ojos de los míos—. Pues deberías regresar con ella. Adiós Jordan.

—Melissa no...

—Ya nos veremos, si eso —se da la vuelta para continuar su camino.

Joder. Sé que la he cagado pero bien, nunca pretendí hacerle daño pero sabía a lo que se exponía conmigo, sabía cuál era mi límite. Nunca quise relaciones serias, nunca le mentí con ello, fui claro y sincero desde el primer día. Echo la vista hacia atrás y mis ojos castaños encuentran a Summer contemplando el montón de variedad de pañales. Con ella es distinto, Summer es algo así como mi hermana pequeña, siempre rondando por casa, siempre con mamá. Vuelvo a ponerme en movimiento hacia ellas. Quizás Mel tenga razón y lo mejor será decir adiós definitivamente. Ella con su vida,

y yo con la mía.

Capítulo 15

Dejo las bolsas de la compra sobre la encimera de la cocina, al menos tendré algo con lo que llenar la nevera. Aún quedan unos cuantos vasos sucios dentro del fregadero, desconozco el tiempo que llevan ahí dentro. Abro la nevera.

—Puedo ayudarte a recoger todo esto —Summer deja a Eve dentro de su silla de viaje sobre la encimera de la cocina, no sin antes recoger algunos de los trastos que hay sobre ella.

—No es necesario, gracias —algo desprende un olor rancio, echo hacia atrás la cabeza—. Ahora recogeré un poco y después arreglaré las cosas de Eve.

—No son las cosas de Eve las que deberían preocuparte —echa un vistazo hacia el salón.

Mamá habría dicho exactamente lo mismo. Creo que pasar tanto tiempo juntas ha conseguido que se le pegue ciertas cosas de ella.

—Tendré que calentar una de estas papillas para dársela de comer — comienzo a sacar de una de las bolsas los botes que al final hemos elegido.

Creo que me he hecho con al menos diez botes, cada uno de un sabor distinto. Que si de verduras, carne, galletas... ¿galletas? No recuerdo haber cogido uno de esos.

—Parecía disgustada —Summer comienza a recoger parte de los envoltorios que hay sobre la encimera.

—¿Quién? —Sigo sacando cosas de las bolsas.

—La espectacular chica del supermercado —mete un par de platos en el fregadero.

Echo un vistazo de reojo, Evelyn sigue jugando con su peluche, Summer intenta ocultar su curiosidad ocupándose de los cacharros que esperan ser lavados desde hace varios días. No esperaba tener que hablar de Melissa con ella.

—Ya bueno... —abro uno de los armarios superiores—. Melissa es... demasiado temperamental.

Voy dejando amontonados los botes de preparados para bebé antes de sacar el resto de la compra. Summer comienza a fregar voluntariamente.

—¿Es tu novia? —Tarda un tiempo en preguntar.

—¿Mel? No —suelto una risa burlona—. Yo no tengo novias. —Aclaro.

Pero Summer no me acompaña con su habitual y enorme sonrisa. Parece ajena, reflexiva, con sus manos bajo agua.

—No sería tan raro —murmura.

Detengo mis movimientos para poder darme la vuelta y contemplarla. Cruzo los brazos a la altura de mi pecho y la observo en silencio un par de minutos. Recuerdo perfectamente a la rarita Summer Cohen cuando era pequeña, a la pesada niña que siempre quería jugar con nosotros pero que jamás se le dio demasiado bien ningún deporte. Una vez, después de mucho insistir, Dani y yo le permitimos que jugara a beisbol con nosotros y para nuestra sorpresa lanzó con tanta fuerza que nos quedamos sin bola.

—¿Y tú? —Siento cierta curiosidad, en realidad no conozco nada de su vida.

—¿Yo? —Mira por encima de su hombro para lograr verme—. ¿Qué pasa conmigo?

—No sé nada de ti —de hecho lo poco que conozco de la Summer adulta es lo que mamá me cuenta alguna vez y no suelo prestarle demasiada atención cuando lo hace.

—¿Y qué quieres saber? Ya me conoces —se dibuja una sonrisa en su cara.

—¿Tienes novio o estás con alguien? —Espero su respuesta.

—No, ahora no —es evidente que no le resulta nada cómodo hablar de ello conmigo.

—¿Qué estudias? —Sigo preguntando—. Mamá me lo dijo pero nunca me acuerdo.

Summer termina con los últimos cacharros antes de cerrar el grifo y alcanzar el trapo azul que hay a su lado derecho. Frota sus manos con delicadeza y paciencia. Ni siquiera recuerdo en qué momento dejamos de ser solamente vecinos para convertirnos en esta especie de amigos.

—Antropología —detiene los movimientos de sus manos.

—Ya sabía yo que era algo raro —bromeo entre risas.

—La antropología no es raro —me golpea con el trapo riéndose conmigo.

—Ya, claro —vuelvo a las bolsas de la compra. Ella se acerca a Eve.— Summer, ¿querrías ser la niñera de Eve?

Por lo poco que he comprobado se le dan bien los críos y Evelyn en

especial. Summer se hace con el osito de la niña y comienza a moverlo de lado a lado, Eve sonrío mientras intenta recuperarlo.

—¿Su niñera? —Me echa un vistazo.

—No voy a poder pagarte, por ahora, pero necesitaré que alguien se quede con ella cuando vaya a trabajar, si salgo muy tarde no puedo dejarla con...

—No hay problema —me interrumpe. Esperaba algún tipo de objeción.

—¿De verdad? —pregunto dudoso.

—Pues claro —ella sigue prestando su atención al bebé mofletudo de ojos grandes—. Pero habrá días que tenga clase o trabajos y...

—No te preocupes, está mamá —me sorprende tanta generosidad por su parte, especialmente teniendo en cuenta que nunca me porté demasiado bien con ella.

—Vale —vuelve a mostrarme su sonrisa—. Pero ahora tengo que irme. Le prometí a mi madre que la ayudaría con unas cosas.

—Claro —me rasco la cabeza—. Gracias.

—Vas a tener que dejar de darme las gracias —Summer se aproxima a mí segura y me hace entrega del peluche que Eve reclama—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —se dibuja una sonrisa en la comisura de mis labios.

Sale de la cocina sin apartar la vista de nosotros, caminando prácticamente de espaldas. Recoge el abrigo que había dejado sobre una de las sillas y su bolso sobre la mesa.

—¿Esta tarde trabajas? —Introduce primero un brazo en una de las mangas del abrigo.

—Sí, pero entro tarde —había pensado en avisar a mamá.

—Llámame y vengo —introduce el otro brazo.

Asiento sonriente. Me sorprenderle decirlo, pero solo tengo a Evelyn un día y no sé que habría hecho sin esa chica de gafas negras. Tampoco sin mamá.

—Adiós Eve, adiós Jordan —sigue caminando hacia la puerta.

—Adiós Summer —me despido yo también. Clavo mis ojos en la niña que mueve sus manos pidiendo con una especie de quejido su muñeco—. Bueno Eve, nos hemos vuelto a quedar solos tú y yo. —Me aproximo a ella para devolvérselo—. ¿Tienes hambre?

No contesta, por supuesto, solo es un bebé de seis meses de vida. Vuelve a dibujar una sonrisita al apretujar de nuevo su osito de peluche, ni siquiera

me había dado cuenta del lazo rosa que lleva el oso en la cabeza, entre oreja y oreja. Dani y Alison tenían una obsesión insana por ese horrible color. Me doy la vuelta para contemplar toda la pequeña cocina, es hora de que acondicione esto un poco, al menos lo suficiente como para que deje de ser un lugar inhabitable.

Comienzo por la cocina, deshaciéndome de lo que debería haber tirado a la basura hace un tiempo, cajas vacías, algún que otro bote caducado, botellines de cerveza... nunca me gustó demasiado limpiar —aunque es evidente dado el estado actual de mi apartamento— era Oscar el que le gustaba hacerlo; jamás he conocido a un chico que le guste la limpieza y jamás he tenido el piso más limpio que el tiempo que viví con él. Aún no lo he llamado para darle la noticia, va a flipar en cuanto lo sepa. ¿Yo con un bebé? No lo creerá hasta que lo vea.

Cuando termino con ella parece una cocina nueva, casi brilla con la luz que entra por la ventana. Eve comienza a quejarse y creo que es porque quiere salir de esa silla, así que, la saco para cogerla en brazos y parece calmarse. Debo reconocer que es una niña muy guapa, con sus mofletes sonrosados y sus ojos grandes y azules. No se parece en absoluto a ningún miembro de nuestra familia, bueno, quizás a mamá un poco.

—Bueno Eve ¿qué te parece el cambio? —Aparto mis ojos de ella—. Sé que aún falta el resto de la casa pero por algo se empieza ¿no?

El bebé me ignora, por supuesto. Respiro profundamente antes de ponerme nuevamente en marcha, es hora de que ambos comamos algo, aún queda mucho por hacer, aunque la habitación de Evelyn voy a tener que dejarlo para el final porque no he recogido de casa la vieja cuna que mamá guarda entre los trastos. Por ahora tendré que buscar otra alternativa viable. Alcanzo uno de los botes para bebés y leo “puré de calabacín” tendrá que gustarle.

Capítulo 16

Aparto algunas de las cajas que me cortan el paso, mamá ha decidido que la antigua habitación de Dani es el mejor sitio para guardar trastos viejos. Matizo, montones de trastos viejos. Aparto una de las cajas donde puede leerse “Daniel” y la dejo junto a mis pies.

—¿No tenías otro sitio donde meter todo esto? —Refunfuño.

—No te quejes tanto, la mayoría son trastos vuestros —mamá sigue a mi espalda mandándome—. Jordan aparta eso de ahí, creo que está detrás.

—A sus órdenes mi capitana —bromeo antes de echar mi cuerpo hacia delante para alcanzar los tablones de madera que ocultan las partes de la vieja cuna. Logro ver unos barrotos—. ¿Es esto mamá?

—Creo que sí, sácalo —ordena.

Yo obedezco sin rechistar, echo a un lado las tablas de maderas que mamá guarda sin ningún motivo y alcanzo al fin las primeras piezas de lo que acabará siendo una cuna de madera en cuanto la monte en el apartamento.— Sí, eso es —mamá intenta ayudarme con ello, pero yo aguanto todo el peso posible evitando que ella tenga que hacerlo—. Cuantos recuerdos...

Mamá se pone moña. Tan moña como cuando le da por ver esos espantosos y aburridos videos caseros de Dani y yo jugando en el parque.

—Mamá no empieces —le pido.

—¿Qué no empiece qué Jordan? —Ella no se ha dado cuenta pero en su rostro ya está esa expresión de añoranza que anticipa una tarde entera escuchando anécdotas vergonzosas y viendo fotografías antiguas.

Aparto mis ojos de ella para contemplar la pieza que sostengo, aún debe haber más pedazos de cuna por ahí ocultos que debo encontrar cuanto antes. Me alejo de mamá para apoyar sobre una de las paredes de la habitación el lateral de la cuna que he conseguido sacar del montón de trastos. Regreso de nuevo para encontrar el resto de partes.

—¿Estás segura que están todas las piezas? —Vuelvo a echarme hacia delante para poder ver mucho mejor.

—Ya te he dicho que sí —repite.

—Vale —pongo los ojos en blanco sin que mamá pueda verme.

Mi cabeza vuelve al hueco que hay tras las cajas y alcanzo a ver otro de

los trozos de la cuna, estiro mi brazo para cogerlo. Con fuerza. Estirándome.

—Jordan, ¿has hablado con tu hermano? —Escucho su voz preguntona tras de mí.

—¿Con Dani? Eh... sí —miento.

No puedo decirle que no se ha interesado por su hija en el tiempo que Eve lleva con nosotros, mamá sospecharía. Le doy vueltas a las posibles respuestas antes de que ella pregunte.

—¿Y qué se cuentan? —Su curiosidad me hace pensar que ella no ha cogido el teléfono para saber de él, algo que por ahora cuenta a mi favor si quiero continuar la mentira mucho más tiempo—. Echarán de menos a Evelyn.

—Sí, claro —hago fuerza para levantar la parte que he alcanzado y sacarla de ahí detrás—. Están bien, bastante liados.

Yo no debería estar haciendo esto. Mentir. Dani debería ser lo suficientemente valiente como para contarle la verdad a mamá antes de que yo le rompa el corazón, antes de que la descubra con el tiempo.

—¿Y cuándo van a venir a por Eve? —Buena pregunta.

—No me lo ha podido decir —intento que mis ojos no se fijan en los suyos, lo sabría.

—Pero están bien, ¿verdad? —Sigue preguntando.

—Ya te he dicho que sí —respondo siendo algo borde.

—De verdad Jordan, no se te puede preguntar nada —acaba diciendo ella.

No es que me molesten las preguntas de mamá, porque tampoco podría huir de ellas nunca, pero el tema de Evelyn es uno de los temas más delicados que jamás he tenido que ocultar a mi madre. Pero, ¿cómo se supone que debo contarle que Dani ha renunciado a su hija para siempre? Yo no sé decir ese tipo de cosas.

—Aquí tengo la otra parte —intento cambiar de tema.

—Las otras no quedarán muy lejos —parece haber funcionado a la primera, mamá vuelve a la tarea de localizar los pedazos de la cuna.

Apilo sobre la pared todas las partes de madera que forman la cuna donde Dani y yo dormimos durante un par de años. Será una cuna perfecta para Evelyn que ahora duerme en la cama conmigo todas las noches, no me quedó más remedio. Las dos primeras noches la acosté en la otra habitación —usando medidas de seguridad, claro— pero no dejaba de llorar como una loca hasta que la cogía en brazos y comenzaba a hablarle; creo que en realidad

echa de menos a sus padres. A la tercera noche la acosté a mi lado y en cuestión de un par de minutos Eve dormía como un dulce bebé y me di cuenta que era la única solución si ambos pretendíamos dormir unas cuantas horas.

—Cargaré todo esto en el coche —la verdad es que me he acomodado bastante ahora que por fin tengo coche para poder moverme de un sitio a otro.

—Te ayudo a...

—Déjalo mamá —ordeno con ferocidad.

No pienso hacerme responsable de otro episodio como el que vivimos hace unas semanas. Parece estar a punto de rechistar, pero se mantiene callada. Meto el brazo por los barrotes para poder coger las piezas más grandes y salgo de la habitación de Dani hacia el salón, donde Summer se encarga de Eve. Y ahí están las dos, sobre la alfombra que mamá colocó hace unos días, con varios muñecos rodeándolas mientras las dos juegan.

Salgo de casa con las piezas de la cuna y con mamá a mi espalda, me abre la puerta trasera del coche e introduzco dentro los trastos. Regresamos a casa juntos, mamá cierra la puerta tras de sí.

—Creo que voy a preparar unas tortitas, ¿os apetece? —Alterna su mirada entre la chica de gafas negras de pasta, su nieta, y yo.

—Eso suena genial —responde Summer desde el suelo del salón.

—Perfecto —mamá me planta un beso improvisado en la mejilla antes de marcharse hacia la cocina.

La veo alejarse y lo mejor será que me acerque a echarle una mano, Evelyn no podría estar en mejores manos. Cruzo el umbral de la puerta de la cocina tras ella dispuesto a colaborar, hacía muchísimo tiempo que mamá no preparaba tortitas, desde que yo era un niño. Me muevo tras ella imitando sus gestos, jamás supe cómo se hacían las tortitas y una vez que probé con la ayuda de Dani acabaron quemadas.

—Puedo ayudarte —me ofrezco voluntariamente.

—No es necesario, no se te da muy bien la cocina —saca la sartén del armario.

No me ofendo, no puede ofenderme una verdad como un pino. Soy un desastre en la cocina.

—Bueno, pero algo podré hacer ¿no? —Me quedo inmóvil a unos pasos de mamá.

—Por qué no vuelves al salón y te unes a las chicas —mamá me observa

por encima de su hombro.

—Sí —se escapa de mi cara una sonrisa.

Mamá se da la vuelta para poder mirarme, con esos ojos suyos tan intensos y cautivadores. Sé que algo ronda por su cabeza y también sé que no tardará mucho en dejarlo salir.

—¿Todo bien con Summer? —No puede evitar sonreír al decir su nombre —. Últimamente pasáis mucho tiempo juntos.

—Cuida de Evelyn —fue ella la que sugirió la idea de una ayuda.

—¿Solo eso? —En su cara esa expresión curiosa.

—¡Claro que solo eso!

—Es una buena chica —vuelve a darme la espalda para retornar a los fogones.

Relajo mis músculos. Tiene razón, lo mejor será que dedique este tiempo para estar con Eve, con esa pequeña de ojos saltones.

—Será mejor que vuelva al salón —comienzo a moverme.

—Siempre huyendo —murmura mamá.

Sonrío antes de alcanzar el umbral y volver sobre mis pasos. Ahí están las dos chicas jugando con varios de los muñecos que Dani me metió en la bolsa y que mamá ha sacado de entre los trastos. Aún tengo que meter la otra parte de la cuna en el coche, pero lo haré después. Hincó las rodillas en el suelo junto a Summer, que no puede borrar esa radiante sonrisa de su cara; no tarda ni dos segundos en ofrecerme una especie de león enano para que me una a su juego y yo lo acepto sin vacilaciones.

—Así que, voy a ser el león ¿eh? —Lo miro detenidamente—. Podría ser peor.

Lo sostengo del lomo con fuerza y lo coloco en el suelo, desde que tengo a Eve conmigo no he hecho otra cosa más que jugar con muñecos de todas las clases, formas y colores. Volver atrás en el tiempo, a cuando Dani y yo éramos unos críos. Al menos Evelyn parece feliz.

—¡Guau, guau, guau...! —repite Summer una y otra vez mientras mueve el chucho blanco que le ha tocado.

Suelto una carcajada sonora en cuanto sus labios dejan de ladrar. Resulta gracioso y absurdo al mismo tiempo.

—¿Qué? —Frunce el ceño—. ¿Es qué no reconoces el ladrido de un perro?

—No, si lo has hecho muy bien —me burlo.

—¡Oh vamos Jordan! —Me pega con el perro.

—Encima que te felicito... —sigo con la burla un rato más.

Los dos nos reímos siendo totalmente conscientes de lo ridículo que puede resultar todo esto en otro lugar distinto. La vuelvo a mirar de nuevo y tiene un brillo especial en sus ojos oscuros, algo que hasta ahora no había visto o simplemente no había apreciado. Lleva puesto un jersey crema y unos vaqueros oscuros, el pelo suelto y algo ondulado a causa de la humedad.

—A ver listillo, ¿cómo hace el león? —Me mira fijamente a los ojos.

No puedo creerme que esté a punto de hacerlo. Respiro hondo y me preparo para emitir un feroz sonido de león. Miro a Eve sentada frente a mí moviéndose lentamente sin querer soltar su oso de peluche.

—¿Quieres ver cómo hace el león Eve? —Alzo las cejas y sonrío. Allá voy.

Capítulo 17

El llanto de Evelyn es casi desgarrador, como si estuvieran haciéndole daño de alguna manera. Entro en su nueva habitación, encendiendo la lamparita antes de acercarme más a la cuna que me costó horrores montar hace tan solo unos pocos días y me asomo para averiguar qué pasa. ¿Qué ocurre ahora? Es muy tarde, estoy cansado del trabajo de hoy en el taller mecánico y ya ha comido y cagado. ¿Qué quiere ahora?

Me asomo a la cuna y ahí está retorciéndose en ella sin dejar de llorar con fuerza, me froto la cara con mi mano antes de alargar mis brazos para cogerla. Sigue berreando como si acabara de despertar de una horrible pesadilla. La sostengo entre mis brazos, con las prisas y mi estado somnoliento ni siquiera me ha dado tiempo a ponerme una camiseta al levantarme de la cama. La acuno con paciencia, pero nada.

—¿Evelyn qué te ocurre? —Mi voz se apaga entre sus llantos—. ¿Tienes hambre?

Bostezo poco antes de parpadear evitando poder dormirme con ella en brazos. Acercó mi nariz a su trasero y huele a rosas, tampoco es eso. Me muevo por la habitación intentando calmarla, pero nada.

—Eve, dime algo —maldita sea me caigo de sueño.

Sus gritos van a dejarme sordo como una tapia. Salgo de la habitación con la pequeña en brazos y con unas ganas terribles de coger el coche plantarme en California y devolvérsela a su padre. Respiro hondo en busca de calma.

—¿Evelyn si no me dices qué te pasa no podré hacer nada! —Alzo la voz sin pretenderlo—. ¡Maldita sea!

Me dirijo hacia la cocina en busca de algo, quizás un poco de leche. Cojo el biberón intentando prepararlo, pero mi torpeza, el cansancio y los nervios causados por sus gritos no ayudan en nada y el biberón cae al suelo.

—¡Joder! —Se escapa de mi boca. Separo a Eve de mí para poder mirarle a la cara—. ¡Evelyn Brown basta ya! ¿Me oyes? ¡Para! —Intento ordenarle sin conseguir nada.

Solamente quiero llorar yo también. Más de media hora y no ha cesado ni un solo segundo y ya no sé que más hacer; bueno, sí sé lo que haría pero podría acabar en la cárcel por ello. Sigo moviéndome desconsolado por el

salón pero ni siquiera ha servido para calmarla ni unos solos minutos. Nada. Mi cabeza va a estallar en cualquier momento. Suena el timbre de casa.

Abro la puerta y, jamás en mis veintitrés años de vida, me había alegrado tanto de encontrármela a estas horas de la madrugada. Debo de tener una pinta horrible si me mira de ese modo. La dejo pasar, no tarda ni un segundo en quitarme a la pequeña de los brazos. Yo se la entrego de buena gana y me alejo un poco de ellas.

—¿Pero qué le ocurre? —Summer la mira acariciando su mejilla.

—No tengo ni la menor idea, pero he estado a punto de... —prefiero no terminar la frase.

—¿Tiene hambre? —frunce el ceño.

—Lo he intentado todo —me dejo caer sobre el sofá del salón—. No hay manera de que se calle.

—Quizás tenga fiebre —Summer coloca su mano en la frente, pero por su reacción queda descartada esa posibilidad—. ¿Has llamado a tu madre?

—No —echo la cabeza hacia atrás clavando mi vista en el techo.

De hecho ni siquiera he pensado en hacerlo, estaba desesperado y la única persona que ha venido a mi mente ha sido ella, Summer.

—Quizás deberíamos ir a urgencias —también ella parece totalmente perdida.

—¿Y qué les decimos? ¿Que no deja de llorar? —Giro mi cabeza para poder verla segundos antes de levantarme del sofá y aproximarme a ella—. Creerán que estamos locos.

—Pues es evidente que algo le pasa —Summer parece más bien preocupada, yo solo pido que deje de llorar de una vez.

—No sé qué más hacer Summer —intento coger la mano pequeña de Eve, pero su berrinche me aparta de ella.

Solo quiero dormir y volver a mi vida anterior, antes del bebé llorón. La contemplo durante unos segundos intentando captar algo, cualquier mensaje que se me haya pasado y que pueda calmarla.

—¿Cuánto tiempo tiene? —pregunta Summer. Con las prisas no ha podido quitarse el abrigo.

—No sé, ¿siete meses? —digo dudoso—. Creo que nació en abril.

Summer acerca a Eve a su cara como puede e intenta abrirla la boca con sus dedos mientras ella sigue llorando desconsolada.

—¿Qué haces? —Y yo que creía que había dejado de ser tan rara.

—Creo que ya sé lo que le ocurre —logra meter uno de sus dedos en la boca de la pequeña.

—¿El qué? —Me muero de intriga.

Summer saca los dedos y relaja su cuerpo antes de dibujar en su rostro una débil sonrisa de victoria. De alivio.

—Jordan, a Evelyn le están saliendo los dientes —dice con seguridad.

—¿Qué? —Ni siquiera hubiera caído en eso—. Y, ¿qué hacemos?

Al menos ya sabemos de qué se trata, algo se podrá hacer.

—¿Tiene algo para morder? ¿Un chupete? —Comienza a dar ideas.

—No lo sé, puede que en su bolsa haya algo —aunque hasta ahora nunca había pedido un chupete.

Entramos los dos en la habitación, Summer me devuelve al bebé llorón y ella misma comienza a rebuscar entre las cosas de Eve en busca de nuestra salvación. Finalmente se da la vuelta sosteniendo un —cómo no— chupete de color rosa.

—Hay que lavarlo —esquiva mi cuerpo antes de salir de la habitación.

La sigo a unos pasos de distancia, Summer se detiene frente al grifo de la cocina y lo abre para poder lavar bien el chupete. Espero que eso funcione porque nos quedamos sin opciones. La chica que acude veloz a mi llamada le entrega lentamente el chupete a Eve, primero rondando sus labios y consiguiendo lo que sin duda es un milagro, que Evelyn deje de llorar. La pequeña abre poco a poco la boca hasta que el chupete está dentro y el llanto cesa de repente.

—No puedo creerlo —se dibuja una sonrisa en mi rostro.

—Funciona —ella también parece satisfecha.

—Amo el silencio —murmuro.

En menos de veinte minutos Eve cae rendida entre mis brazos, sentado en el sofá junto a Summer que ha decidido esperar un rato más. La pequeña duerme plácidamente sobre mi pecho y, aunque hace un rato hubiera utilizado un método poco ético para acabar con el jaleo, ahora mismo no puedo dejar de mirarla de reojo, como sea la mitad de espectacular que su madre va a traerme problemas.

—Contigo se siente segura —susurra Summer.

Ni siquiera me había dado cuenta que nos miraba a ambos sentada en el sofá. Echo un vistazo a la pequeña bella durmiente y una sensación extraña y desconocida recorre mi cuerpo. Se siente segura conmigo.

—Es mi trabajo —dejo salir de mi boca.

—No, no es tu trabajo, eso es cosa de sus padres —Summer sonrío levemente, pero dejaría de hacerlo si supiera la verdad. Esta preciosidad solo me tiene a mí—. Pero no puedes evitarlo, eres así.

—¿Así cómo? —Mantengo un tono de voz extremadamente bajo.

—Sobreprotector —responde ella—. Siempre lo has sido.

Sobreprotector. Yo nunca he pretendido serlo. Vuelvo a mirar a Eve poco antes de fijar mis ojos en Summer.

—¿Sabes que vas en pijama verdad? —Frunzo el ceño.

Hace un rato que se ha quitado el abrigo y he descubierto que duerme con un pijama azul marino con la palabra *love* escrito en él, por todas partes. Suelto una carcajada intentando controlarla para no despertar al bebé.

—¿Y tú que no llevas camiseta? —responde a la ofensiva.

Miro de nuevo al bebé sobre mi pecho y lo había olvidado por completo, debe ser la costumbre.

—Claro, dormo siempre sin ella —no quiero que ella crea que no me he dado cuenta de ese detalle antes.

—Bien —sonríe.

—Bien —sonrío yo—. Puedes quedarte a dormir si quieres.

Summer me echa un vistazo sin decir nada, como si estuviera reflexionando profundamente sobre el comentario que acaba de salir de mi boca. Espera, ¿acabo de invitar a Summer a que se quede a dormir en mi casa? ¿Pero qué me pasa?

—Aquí —suelta al fin.

—Sí, yo dormiré en el sofá —ahora ya no me puedo echar atrás—. Tú puedes quedarte en mi cama.

Creo que jamás en la vida se ha quedado una chica en mi apartamento a dormir sin que hubiera habido tema entre ella y yo. Summer es la primera, pero como dice mamá siempre hay una primera vez para todo.

—Creo que debería volver a casa —aparta su mirada de mí.

—Cómo quieras —¿por qué me siento decepcionado?

Nos quedamos unos minutos más allí sentados, mirando la televisión apagada y sin decirnos nada. Comienzo a acostumbrarme a ella, a su presencia en todas partes. Summer siempre tiene tiempo para todo el mundo y yo aún me asombro por ello.

Capítulo 18

Me alzo del sofá muy despacio intentando no alterar el plácido sueño de Eve, pero estoy convencido de que hay pocas cosas en este mundo que puedan alterar a esta preciosa niña de ojos azules. No le alteró perder a su madre, tampoco perder a su padre. Y no parece alterarle tenerme a mí en lugar de a ellos. Consigo ponerme en pie casi de inmediato moviendo lentamente el pequeño cuerpecito de Evelyn hasta colocarla entre mis brazos sin poder apartar mis ojos de ella.

—Voy a llevarla a su habitación —susurro.

—Vale —responde Summer débilmente.

Camino hacia la habitación sin saber qué hora es o cuánto tiempo llevamos ahí sentados sin hacer nada, en silencio. Empujo la puerta despacio, aún chirría de vez en cuando, y sin más luz que la del pasillo avanzo hacia la cuna con el bebé en brazos. Meto a Eve en su cama con sumo cuidado hasta que dejo de tenerla conmigo. La pequeña se coloca de lado acurrucándose y yo la tapo para que no pase frío. Odio reconocerlo, pero actualmente este bebé mofletudo es lo único importante que hay en mi vida, y ni siquiera es mío realmente.

Unas finas manos se apoyan en los barrotes de la cuna y el cuerpo de Summer va apareciendo a mi lado a medida que se acerca más y más. Su rostro se fija en Eve y yo me fijo en ella. La luz del pasillo ilumina débilmente la mitad de su rostro y lo cierto es que, a pesar de la hora que es, de haber salido escopetada de casa y de vestir con el pijama, está realmente guapa.

—Sigo manteniendo la oferta —giro mi cuerpo en dirección a ella—. Puedes quedarte a dormir si quieres.

—No puedo Jordan —murmura.

—¿No puedes o no quieres? —Coloco mi mano sobre la suya.

Summer sonrío sutilmente apartando su mirada de la mía, huyendo. Sé que nunca le he dado demasiada confianza, que para ella siempre he sido el hermano difícil, el que andaba siempre metido en problemas. Sin futuro. Sin demasiadas expectativas en la vida.

—Los próximos días estará algo renegona —cambia completamente de

conversación—. Pero es normal.

—No la hubiera hecho callar sin tu ayuda —y solo la idea de haber pasado toda la noche con sus berridos me abrumba.

—Se te hubiera ocurrido algo —Summer se aparta de la cuna.

—Nunca tuve muchas luces en la cabeza —bromeo.

—Eres un chico listo Jordan, no deberías subestimarte —una media sonrisa se dibuja en su rostro.

Jamás me he molestado en averiguar qué es exactamente lo que piensa de mí, qué concepto tiene Summer Cohen de un tipo como yo. Pero tiene razón, por norma general suelo subestimarme y creo que tiene mucho que ver con la idea de que jamás he conseguido nada demasiado importante en mi vida. Sobrevivir. Me parecía suficiente.

—Mi madre suele decir lo mismo —bajo el tono de voz.

—Y tiene razón —avanza unos pasos más hacia la puerta.

—Para variar —respondo entre dientes.

Una disimulada sonrisa se escapa de sus labios mientras intenta esconderla, como si Summer pudiera esconder alguna vez su radiante sonrisa. Creo que es parte de su naturaleza.

—Ya se ha hecho muy tarde —apoya su mano en el marco de la puerta.

—¿Quieres tomar algo? —Ignoro por completo su anterior comentario—. No te he ofrecido nada desde que has venido. Menudo desconsiderado.

—No importa —agacha sutilmente su cabeza.

Paso muy despacio mi mano sobre la cabeza de Evelyn antes de salir de la habitación seguro de mis pasos. Sobrepaso a Summer sin detenerme, poniendo rumbo a la cocina con la intención de servir algo de beber. Abro la nevera y espero frente a ella decidiendo que sacar. Summer aparece silenciosa tan solo unos segundos después.

—¿Quieres una birra? —Alzo un poco mi vista para poder observarla por encima de la puerta del frigorífico abierto.

—Mejor una coca cola —responde ella mientras avanza desconfiada hacia mí—. Si tienes.

—Claro —saco uno de los botes del fondo, son los que antes se enfrían. Se lo acerco a ella—, toma.

—Gracias —dice casi sin vocalizar.

Yo alcanzo uno de los botellines antes de volver a cerrar la nevera, abro uno de los cajones y saco el abridor. Summer pega un pequeño trago de su

bote de coca cola.

—Si quieres algo de comer puedo mirar si...

—Tranquilo, estoy bien —interrumpe—. ¿No tienes frío?

—¿Frío? No, ¿Por qué? —Arrugo la frente extrañado antes de beber de mi cerveza.

Los ojos de Summer se desvían hacia mi pecho y es entonces cuando, de nuevo, caigo en la cuenta de que no llevo ninguna camiseta puesta. Puede que Summer se sienta incómoda, aunque no es la primera vez que me ve sin ella. Niego con la cabeza muy despacio.

—¿Te molesta? —Camino hacia ella a paso lento con media sonrisa en mi cara.

—No —vuelven a desviarse sus ojos oscuros a mi pecho desnudo.

—Puedo ponerme una camiseta si lo prefieres —y esa vena seductora que siempre sale inconsciente cuando estoy con una chica se libera de mí olvidando que se trata de Summer.

—Está bien —la noto incómoda, pero a mí me hace gracia.

—¿Segura? —Me coloco frente a ella a tan solo unos centímetros de su cuerpo.

¿Pero qué narices estoy haciendo? Debería controlarme, pero hace demasiado tiempo que no veo a Mel, que no me divierto de ese modo, pero es Summer y Summer es demasiado buena, sé que no es de esa clase de chicas. Solo hago el ridículo. Me aparto de ella segundos después poniendo rumbo al comedor alcanzando una camiseta que dejé sobre la silla y me la pongo.

—¿Has sabido algo de tu hermano últimamente? —Capta toda mi atención.

—¿De Dani? No —me doy la vuelta para respirar profundamente antes de volver a encontrarme cara a cara con ella.

—Aún no entiendo cómo han dejado que te la traigas —bebe de su bote—. Es tan extraño.

A mí también me lo parecería si no conociera la verdad. Bebo de mi botellín evitando tener que decir nada, porque no sé muy bien qué decir.

—Necesitarán un descanso —digo satisfecho de mi respuesta.

Summer avanza hacia donde yo estoy con esa expresión en su cara de no estar del todo convencida.

—Sí, supongo —deja la coca cola sobre la mesa—. Será mejor que me vaya.

—Sí, es tarde —no quiero que se marche, pero tampoco tengo ganas de un nuevo interrogatorio.

—Pues, buenas noches Jordan —me contempla unos segundos antes de ponerse en marcha y colocarse el abrigo.

—Gracias por venir —la observo mientras lo hace.

—De nada —responde ya abrigada.

Juntos caminamos hacia la puerta de casa, Summer abre la puerta y un viento fuerte se introduce en casa sin esperarlo, me estremezco a causa del frío.

—Ten mucho cuidado —le pido. Summer sonrío débilmente—. ¿Qué?

—Ves —fija sus ojos en los míos—. Eres sobreprotector.

—Solo con la gente que me importa —respondo yo sin meditarlo demasiado, aunque es estúpido pensar que ella no me importa, la conozco desde que era una cría y siempre ayudó a mi madre, nos ayudó a todos.

Noto como sus mofletes se sonrojan muy sutilmente, casi imperceptible. Sus manos agarran con fuerza el cuello de su abrigo para juntar ambas partes evitando que el frío viento se cuele por su cuello. De repente, sin esperarlo en absoluto, su rostro se aproxima al mío y sus labios besan mi mejilla cálida y puedo sentir la suavidad de unos rosados y finos labios que nunca antes me habían besado de aquella forma tan inesperada. Me gusta.

—Buenas noches —susurra poco antes de apartar su cara de mí.

—Buenas noches Summer —respondo instintivamente.

Su beso me ha dejado traspuesto, no sé qué decir, qué hacer y es absurdo, solo ha sido un casto beso en la mejilla de una chica que nunca ha llamado mi atención. Summer se da la vuelta dejándome allí de pie como un auténtico idiota mientras el viento me congela. Si no me muevo de allí cuanto antes me convertiré en un enorme cubito de hielo. Reacciono de nuevo poco antes de empujar la puerta y contemplar embobado como se cierra.

Tercera parte

Noviembre

Capítulo 19

Prometí a mamá que no me demoraría demasiado, saldría del taller, pasaría por casa para darme una ducha y cambiarme y acudiría a su piso inmediatamente. Y eso es lo que hago. Alargo la mano para coger la camisa vaquera y ponérmela sobre la camiseta negra de manga larga, sobre ella, me pondré la chaqueta. Llaman a la puerta.

—¡Voy! —Aunque desconozco de quién puede tratarse.

Voy poniéndome la camisa vaquera con prisas mientras me aproximo a la puerta y abro. Mis movimientos se detienen de golpe.

—Vaya, que guapo ¿has quedado? —Hacía bastantes semanas que no escuchaba esa seductora voz.

—Hola Melissa, ¿qué haces aquí? —Era la última persona que espera encontrar al abrir la puerta.

—¿No me vas a dejar pasar? —Espera al otro lado.

—Eh... claro —me hago a un lado.

Mel cruza el umbral de la puerta y yo asomo la cabeza antes de cerrar del todo. Mal día para una visita como la suya.

—Vaya Jordan, qué limpio está todo —parece sorprendida.

—He recogido un poco —miro el reloj de mi muñeca—. Melissa, verás, tengo que irme y...

—¿Así me recibes después de tanto tiempo? —Podría ser uno de sus juegos que acaban casi siempre con ella desnuda, pero en su rostro solo percibo furia.

—Mel hoy no es un buen día —ni siquiera tengo ganas de discutir con ella otra vez.

Ella echa un vistazo al salón sin decir nada, después se quita su abrigo y se sienta en el sofá ignorando mi comentario.

—¿Y el bebé? —Cruza sus piernas descubiertas.

—Con mi madre —sigo de pie, inmóvil, preparado para salir de casa.

—¿Y todo eso? —Sobre la mesa del salón hay un par de cacharos de Eve.

—¿Mel qué quieres? ¿Qué haces aquí? —Ya no me gustan sus juegos.

—No he sabido nada ti —se levanta enfurecida del sofá encarándose

hacia mí.

—He estado muy liado últimamente —a penas me queda tiempo libre con el trabajo y con Evelyn.

—¿Liado? ¿Con la niña y esa chica? —Sé que está muy enfadada, la conozco y también sé cuáles son sus reacciones cuando estalla.

—¿Qué chica? —Tengo que irme ya, no tengo tiempo para todo esto.

—La chica feucha de gafas que llevaba al bebé —aprieta la mandíbula.

—¿Summer? —¿Fea? ¿Pero quién se ha creído que es? La agarro con fuerza del brazo, recupero su abrigo y la llevo hacia la puerta—. Sabes, creo que lo mejor será que te vayas.

—¿Me echas? —Se resiste con fuerza.

—Sí, te echo, porque ya te he dicho que tengo que irme y porque no voy a permitir que vengas a mi apartamento a insultarme a mí, ni a Summer, ni a nadie —suelto su brazo al alcanzar la puerta principal.

—¿Pero qué te ocurre Jordan? —Se hace con su abrigo quitándomelo—. Tú no eres así, el Jordan que yo conozco jamás me echaría de su casa por una cita.

—Melissa no empieces —paso la mano por mi frente—. No es una cita. Y tengo que irme.

—Vale —comienza a ponerse el abrigo de mala gana intentando abrir la puerta con una de sus manos.

—Deja —la aparto abriendo yo la puerta.

—¡No se te ocurra volver a buscarme jamás! ¿Me oyes? ¡Nunca! —Alza la voz con cada palabra.

Podría decirle algo, pero no lo voy hacer. Ahora mismo, por más que me pese, no puedo hacer hueco en mi vida para la celosa y neurótica de Melissa. Mantengo el silencio mientras ella se aleja de mi apartamento a toda prisa. Nunca quise que lo nuestro acabara así, pero tampoco se me ocurre una mejor forma de terminar con una relación limitada exclusivamente a sexo y diversión. Voy arrepentirme de esto más tarde.

Espero frente a la puerta del apartamento de mamá mientras me abrigo con la chaqueta, maldito frío. Me muevo muy despacio intentando no congelarme. La puerta se abre, es mamá con Eve en brazos.

—Hola cariño, entra, entra —se hace a un lado.

—Que frío hace hoy —me quito con prisas la chaqueta para poder coger a Evelyn cuanto antes—. Ven aquí pequeña.

Le quito a mamá el bebé de encima sin darle tiempo a reaccionar. Me parece increíble que haya podido echarla de menos de esa manera, no podía dejar de pensar en Eve y en si estaría bien a solas con mamá. La miro y tiene los mofletes sonrosados gracias al calor que hay en la casa y que se agradece sobremanera. Comienzo a hacerle carantoñas mientras nos movemos tras la abuela Kelly que lleva puesto un horrible delantal a cuadros blancos y azules.

—¿Qué tal en el trabajo? —Mamá sigue avanzando hacia el salón.

—Una auténtica mier...

—¡Jordan! —Me interrumpe ella—. No digas palabrotas delante de la niña. —Parece enfadada.

—Perdón —rectifico—. Una auténtica caca. —respondo con burla.

Mamá se da por satisfecha. Eve no deja de sonreírme mientras sus dedos intentan cogerme el pelo, esta niña tiene un problema con eso. Siempre dándole vueltas a mi cabello, especialmente cuando llega la hora de dormir.

—¿Tienes hambre? —Nos mira embobada a los dos.

—Mucha —le respondo a ella pero miro a la pequeña—. Seguro que tú también tienes mucha hambre Eve, ¿a qué sí?

—Si me lo hubieran dicho antes no lo hubiera creído —mamá cruza los brazos.

—¿Decirte qué? —Aparto mis ojos castaños de Eve para mirar a mi madre.

—Tú y un bebé —una sonrisa burlona se dibuja en su rostro.

—Exageras —tampoco es que haya cogido tanto cariño a esta niña, aunque es inevitable fijarse en ella.

—Ya, claro —mamá se da la vuelta rumbo hacia la cocina—. ¡Pon la mesa!

La sigo con la mirada hasta que se aleja unos pasos más de nosotros y es entonces cuando vuelvo a volcar toda mi atención en la niña de ojos azules.

—¿Me has echado de menos pequeña? —susurro para que mamá no pueda oírme. Evelyn se relaja por completo—. Porque yo sí te he echado mucho de menos.

Subo un poco los brazos para poder abrazarla, no pone impedimento alguno. No debería encariñarme tanto, en algún momento mamá se quedará con ella y se hará cargo, quizás cuando descubra la verdad de su presencia en Mandeville. Dejo a la pequeña sobre la alfombra donde siempre se retuerce para jugar; sin perderla de vista avanzo hacia el mueble del salón para sacar

la cubertería y la vajilla. La casa parece un poco más vacía de lo normal sin Summer.

Coloco los platos sobre la estrecha mesa del salón alternando mi vista para poder vigilarla. Cada uno de nosotros tiene su sitio asignado, resultado de años y años de costumbre. Mamá preside la mesa, yo me siento a su mano derecha y Dani a su izquierda, aunque ahora es Eve la que ocupa el lado izquierdo de la mesa y yo a su lado. Me doy la vuelta para poder verla de nuevo.

—¡Evelyn! —Dejo los cubiertos sobre la mesa de golpe—. ¡Mamá ven! ¡Corre!

Es asombroso. Me agacho hasta tocar el suelo con las manos estirando mis brazos hacia delante para acortar el recorrido. Evelyn ha logrado ponerse en pie sujetándose al sofá.

—Por Dios Jordan, ¿qué ocurre? —Aparece en la habitación sofocada hasta que la ve de pie y su preocupación se convierte en euforia—. ¿Ha caminado?

Los dos contemplamos a la pequeña niña de ojos azules y cabello castaño que se mueve vacilante hacia nosotros, sujeta al sofá todo el tiempo.

—No la has visto ponerse sola de pie antes ¿verdad? —Echo un vistazo hacia atrás para ver la reacción de mamá y está tan sorprendida y emocionada como yo.

—No, nunca —responde ella con una sonrisa—. Pero acércate Jordan, aún es muy pequeña para que camine.

—Pero muy lista —no puedo ocultar la emoción que recorre mi cuerpo ahora mismo.

Ya había visto gatear con cierta torpeza a la pequeña Eve, pero se ha puesto de pie ella solita y quizás en unas semanas ya pueda caminar si sigue por este camino. Me pongo de pie nuevamente para poder acercarme a ella, a dos pasos de Evelyn vuelvo arrodillarme y a estirar mis brazos. Quiero que entienda que estoy ahí, que no dejaré que caiga. Nunca.

—Ven Eve —espero arrodillado—. Ven aquí.

Eve vuelve a moverse muy despacio, liando una pierna con otra pero manteniendo el equilibrio de una manera que ni siquiera yo podría explicar. Decidida a alcanzarme. Está a punto de llegar al borde final del sofá, un paso más y tendrá que soltarse del todo para poder llegar a mis manos. Intento llamarla moviendo los dedos. Y por fin se suelta, es asombroso, da un

pequeño y torpe paso y falla estrepitosamente, a punto de caer al suelo. Soy veloz y la alcanzo antes de que pueda hacerse daño. La alzo hasta lo más alto con ambas manos, como si pudiera volar en cualquier momento.

—¡Bien hecho Eve! —Doy una vuelta con ella en el aire antes de bajarla de nuevo hacia mi pecho—. ¿Lo has visto mamá?

—Claro que lo he visto —parece emocionada.

—Me la llevaré a correr cuando sea mayor —me siento casi eufórico.

—¿Cuándo sea mayor? —pregunta mamá.

Mierda, con la emoción del momento había olvidado que debo mantener al margen ese tema.

—Si bueno, cuando Dani y Alison la traigan en vacaciones —intento salir del paso.

—No creo que eso sea muy frecuente —se borra del rostro de mamá esa expresión de felicidad máxima.

—Seguro que sí mamá —intento animarla. Va a tener Eve para rato.

Mamá avanza hacia nosotros a paso lento, extremadamente lento.

—Anda, mete a Evelyn en la sillita que voy a traer la cena ya —acaricia la pequeña cabecita de Evelyn—. Y termina de poner la mesa.

—Claro —sonrío.

Mamá pasa su mano por mi mejilla antes de darse la vuelta y desaparecer. En algún momento voy a tener que contarle la verdad, aunque no tengo las fuerzas ni el valor para hacerlo. Beso la cabeza morenita de Evelyn antes de llevar a cabo lo que mamá me ha ordenado. En mi interior una alegría que jamás había experimentado me inunda de pies a cabeza. Yo ayudaré a Eve a caminar, la ayudaré en todo lo que necesite. No voy a dejarla sola nunca.

Capítulo 20

Intento no sacarles las tripas a Clive con la herramienta que estoy utilizando para arreglar los frenos del Hyundai que ha entrado esta mañana. ¿Qué loco conduce un coche sabiendo que los frenos no funcionan? No entiendo cómo ha tardado casi un mes en traerlo a que se lo arreglen.

—¡Jordan! —Escucho mi nombre por encima de la música que ameniza el trabajo—. ¡Vamos ven aquí chaval!

Dejo las herramientas sobre la bandeja que hay tras de mí antes de ponerme en marcha, cruzando una de las puertas azules del garaje, siempre abiertas, aproximándome hacia Dexter y un tipo muy trajeado que hay junto a él. Dexter me observa mientras avanzo hacia ellos, con una sonrisa en su cara como si fuera su amigo del alma.

—¿Qué quieres? —Yo no tengo ánimos para sonrisas de ningún tipo, odio este trabajo.

—Ven aquí Jordan —propina un par de golpecitos en mi espalda—. El señor Carter quiere que le hagamos una revisión a su coche.

Dexter me señala con la cabeza un precioso y reluciente Audi aparcado a unos metros más allá del taller. El hombre parece un tipo serio, de esos que tienen mucho dinero y que se piensan que por tenerlo son mejores que el resto de mortales; quizás lo sea después de todo.

—Vale —muevo la cabeza.

—No se preocupe señor Carter, nos ocuparemos de todo —Dexter sigue en plan pelota delante del hombre con traje.

—Bien, lo recogeré mañana —no vacila ni un segundo.

—Y mañana lo tendrá —responde el jefe.

El señor de rostro pálido y alargado le entrega las llaves de su coche a Dexter, quien las aprieta con fuerza dentro de su mano como si fueran a salir corriendo. El señor estirado se da la vuelta y comienza a caminar hacia delante, donde un coche gris oscuro se encuentra aparcado. Muevo un poco la cabeza y logro ver a alguien sentado en el asiento del conductor.

—Toma —Dexter lanza las llaves al aire con la confianza ciega de recibirlas yo—. Todo tuyo.

—¿Yo? —Miro las llave en la palma de mi mano.

—Sí, y ya sabes —se aproxima a mí—. Ponle alguna que otra cosilla, ese tipo no pondrá pegas en pagar lo que sea.

Y a eso me refería. Nunca fue mal tipo pero vivir en un lugar como este te hace sacar esa parte de ti. Dexter suele disimularla fácilmente pero siempre acaba saliendo de una manera u otra. Asiento, sabiendo que es mi jefe. Él comienza alejarse de mí poniendo rumbo al taller de nuevo, miro el cielo nublado, no hace frío pero apuesto que en unos días acabará lloviendo.

—¡Dex! —Alzo la voz con la vista en el cielo.

—¿Qué? —responde.

Me doy la vuelta para entrar de nuevo en el taller, aproximándome a él. Llevo un par de días barajando la posibilidad y necesidad de comentárselo, aunque no va a hacerle gracia alguna, de hecho corro el riesgo de que acabe echándome.

—Necesito trabajar más horas —lo suelto sin vacilar—. Necesito dinero.

Aunque mamá me ayuda mucho, necesito más dinero, un bebé tiene demasiados gastos y apenas llego a fin de mes con lo que el racán de Dexter me paga por las horas que trabajo en su taller. El jefe se rasca la nuca sin decir nada, aunque con esa expresión confusa en su rostro.

—Jordan ya te dije que... —Se calla—. ¿No estarás metido en drogas?

—¿Qué? —Menudo gilipollas—. ¡No! Necesito dinero para el apartamento, para comer.

A penas me paga una mierda y algunas veces hasta se retrasa con la excusa de que pronto le pagarán no sé qué encargo; y mientras tantos Eve y yo comemos siempre que podemos en casa de mamá. ¿Drogas? Será idiota.

—Jordan ahora no puedo... ya te dije que no podía pagarte más —al menos intenta no ser muy duro.

—Ya Dex, pero tengo gastos y lo que me pagas... —Es una mierda, aunque por supuesto mantengo la boca errada.

—¿Por qué no te buscas otra cosa? —Vuelve a relajar los hombros—. Están buscando gente para cargar frutas en camiones los viernes y sábados por las noches.

—¿Dónde? —La idea de buscar otro curro también la contemplaba.

—En lo de Woody —se rasca la frente—. Pásate esta noche, dile que te lo he dicho yo.

—Vale —sé que no llegaremos a un acuerdo mejor.

—De nada —golpea con fuerza mi hombro—. Y ahora, a trabajar.

Dexter se marcha hacia dentro mientras yo sigo aquí de pie como un imbécil al que acaban de timar descaradamente. Tengo que empezar a buscar una alternativa viable y sostenible, no puedo mantenernos a Eve y a mí con este trabajo de mierda mucho tiempo más, tengo que pensar en una alternativa y pronto. Echo un vistazo hacia atrás para volver a ver el coche negro brillante aparcado cuyas llaves cuelgan de mis dedos, mucho tendría que soñar para poder hacerme con un vehículo como ese. Por ahora me conformaré con el viejo coche de mamá que al menos fue gratis.

Detengo el vehículo frente a los almacenes de Woody, en Labarre Street, en el centro de Mandeville. El viejo Woody es toda una leyenda del lugar, su padre se había dedicado a la construcción de carreteras toda su vida y Woody había seguido sus pasos desde bien joven hasta que se le ocurrió la idea de montar todo un negocio de exportación de fruta y verduras; unos años después había creado un auténtico imperio en Luisiana y ahora es uno de los tipos con más dinero de Mandeville. Claro que lo conocía, todo el mundo conoce al toca pelotas de Woody Ricourt y su historia.

Salgo del coche, ya es de noche a pesar de haber conseguido que Dexter me dejara salir antes del taller para poder venir. Un par de camiones esperan parados junto a una de las puertas del almacén, mientras un par de tipos salen y entran de él con carritos y cajas que cargan en el camión. Reconozco a Michael Eisenberg, un chico con el que fui al instituto, baja la rampa cargando entre sus brazos tres cajones llenos de verdura. Avanzo hacia ellos con las manos en los bolsillos, no sé si Dexter tiene razón, si buscan o siguen buscando gente para ese trabajo.

—¿Qué quieres? —Uno de los hombres que hay junto a la puerta del almacén, el que sostiene una carpeta y revisa las cajas que salen, se dirige hacia mí lentamente.

—¡Hola soy Jordan! —Camino hacia él—. Me han dicho que buscáis gente.

El hombre me mira con la frente arrugada mientras baja la rampa para poder verme bajo el foco de la luz exterior. Exceptuando el par de focos enganchados en la pared de ladrillo rojo, todo lo demás está oscuro, vacío, silencioso. Me contempla detenidamente.

—¿Quién te manda? —Se detiene un par de metros antes.

—Dexter —alzo la voz.

—Aquí se carga los viernes y los sábados por la noche —sigue sin fiarse

de mí, puedo verlo en su rostro.

—Bien —no es que me alegre tener que currar de noche, pero ahora mismo es lo único que tengo.

—¿Puedes empezar ahora? —Me analiza, de abajo arriba.

—Claro —respondo dudosamente.

No había contado con tener que quedarme a trabajar hasta tan tarde, pero Eve está con Summer y eso me tranquiliza un poco más.

—Vale —aparta su mirada de mí—. Hay que cargar los cajones en los camiones, este solo es el primero, así que, veamos cómo te va esta noche y ya hablaremos luego, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —saco las manos de mi bolsillo.

—Pues en marcha —una media sonrisa se dibuja en su cara.

Comienzo primero cargando uno o dos cajones de frutas, pero a medida que el trabajo se intensifica me veo obligado a subir la marcha, la velocidad; y al cabo de un rato me deshago de la chaqueta, echo hacia atrás las mangas de mi camiseta y aumento el número de cajones en cada viaje. Estoy empezando a sudar, aunque al menos reconozco que, un año de boxeo en el gym de Spencer me permite cargar con peso sin que mis brazos se resientan. Hace tanto tiempo ya que no voy al gimnasio, desde que Eve entró en mi vida. En realidad hace tanto tiempo que no hago nada de lo que hacía que pronto dejaré de ser el Jordan Brown de antes. Agarro tres cajones más y continúo.

Capítulo 21

Se me cierran los ojos aunque lucho para mantenerlos abiertos. Subo las escaleras hacia mi apartamento, lentamente, a paso seguro, sé que mañana no voy a poder moverme con tanta facilidad a causa de las agujetas en los brazos y el dolor punzante en el cuello. Al menos he conseguido que me contraten para los viernes y sábados por la noche, aunque tendré que hablar con mamá y con Summer de ello. Va a odiarme por no haberla avisado que me retrasaría tanto, ya es media noche.

Abro la puerta despacio y noto el calor cálido que inunda mi apartamento desde hace un tiempo. Casi me recuerda a la sensación que recorría mi cuerpo cada vez que cruzaba la puerta de casa cuando era un crío, algo así como el calor del hogar. Menuda chorrada. Cierro también despacio, me quito la chaqueta mientras avanzo hacia el salón, no hay nadie, solo la lámpara encendida. Dejo la chaqueta sobre el sofá y entro en la cocina para coger una cerveza, me muero de sed, de hecho me moría de ganas por llegar a casa y abrirme un botellín. Imagino que Summer estará en la nueva habitación de Eve cuidándola mientras espera a que yo llegue, así que, emprendo camino hacia allí. Empujo la puerta hacia dentro despacio, solo veo oscuridad, una oscuridad que se ilumina poco a poco con la luz del pasillo encendida. Y ahí están, como dos angelitos, durmiendo las dos juntas sobre la cama que aparté hacia un lado de la habitación para hacer hueco para la cuna. Summer rodea con su brazo el pequeño cuerpecito de Eve a modo de barrera, las dos están inmóviles mientras las oigo respirar. Creo que hacía tiempo que no contemplaba una escena tan tierna como esta y eso que solamente se trata de Summer y Evelyn durmiendo acurrucadas sobre la cama. Echo marcha atrás entornando nuevamente la puerta, ya es demasiado tarde como para despertarla.

Echaba de menos la tranquilidad de mi apartamento, algo tan insignificante como el silencio. Me relajo sobre el sofá, me quito las zapatillas subiendo los pies sobre la mesa que hay enfrente y enciendo la televisión mientras bebo de mi botellín. Estoy reventado, más cansado que en toda mi vida. Bajo el volumen del televisor, el programa de *Pressing Catch* se emite en uno de los canales, uno de los tipos agarra del brazo y del cuello

al otro haciéndole lo que parece una llave, y con fuerza lo lanza contra el suelo. Todos vitorean al chiflado con máscara. Viene el primer bostezo, al que le siguen unos cuantos más poco después, noto como mis párpados se relajan y amenazan con cerrarse en cualquier momento.

Siento un dolor agudo en el cuello antes incluso de abrir los ojos. Tardo unos segundos en darme cuenta que duermo en el sofá del salón, en realidad malduermo porque me duele cada hueso de mi cuerpo a causa de la mala posición durante tantas horas. Estiro mis brazos hacia arriba intentando hacer crujir mis huesos, mis articulaciones, pero ni siquiera esto impedirá que me deshaga del dolor en lo que me queda de día. Froto el rostro con mis manos intentando despertarme, la televisión se ha quedado encendida toda la noche y el tipo del telediario anuncia las noticias del día. Parpadeo un par de veces para poder ver la hora que marca en la esquina inferior del televisor, las seis y cuarto de la mañana, joder ¿qué hago despierto a las seis y cuarto de la mañana de un sábado?

Cuento hasta tres antes de levantarme del sofá, lo mejor será que me prepare para los quejidos de Eve reclamando comida. Camino hacia la cocina, tengo que preparar café si quiero empezar bien el día y necesitaré una buena dosis para ser persona. La cocina está impecable, radiante, impoluta. Sonríe como un idiota, Summer no tenía que haberse molestado en limpiarla, es más que suficiente saber que su propuesta de ayudarme con Eve sigue en pie después de varias semanas. Summer. Había olvidado que duermo en la habitación contigua junto a Evelyn.

—Buenos días madrugador —su voz llega tras mi espalda.

—Summer, buenos días —echo un vistazo fugaz hacia mi torso para asegurarme de que esta vez sí lo llevo cubierto. Así es.

—Pensé que aún dormirías, debiste de llegar muy tarde, no me enteré —la Summer adormecida camina hacia el armario para hacerse con una taza limpia—. ¿Dónde te metiste?

—Trabajando —por alguna extraña razón no puedo apartar mis ojos de ella, como si me hipnotizaran sus ojos legañosos, su cabello endemoniado y su camiseta extremadamente arrugada.

—¿En el taller? ¿Dexter te tuvo allí hasta tan tarde? —Arruga su delicada frente.

—No, en realidad estuve en el almacén de Woody, trabajaré también allí a partir de hoy —en realidad de ayer pienso para mí—. Cargaré con cajones de

frutas y verduras los camiones que salgan desde el almacén. Siento no haberte avisado.

—Tranquilo, Eve y yo nos quedamos fritas muy pronto —le resta importancia dibujando una pequeña sonrisa en su rostro mientras se mueve hacia la nevera inclinándose hacia delante—. No sabía que buscaras otro trabajo.

Mis ojos se desvían hasta su trasero. ¡Maldita sea! ¿Pero qué me pasa? Es Summer, la plasta de Summer.

—¿Eh? —Aparto mi mirada de ella.

—¿Buscabas otro trabajo? —Se hace con la leche para llenar su taza.

—Solo con lo que gano en el taller no es suficiente —bebo café. Espero que una buena dosis de café me haga volver a la tierra.

—Claro —cierra el tetra *brik* de leche y vuelve a guardarlo en la nevera—. Yo no tengo problema en quedarme con la pequeña unas horas más.

—Summer no sé cómo... —detengo mis palabras.

—¿Cómo qué? —Arrima la taza a sus labios y pega un buen sorbo de leche fría. Al acabar un fino y blanquecino bigote decora su labio superior.

—Cómo voy a pagarte todo lo que estás haciendo —intento aguantar la risa.

Dejo mi taza sobre la encimera y arranco una de las servilletas de cocina, debo quitarle la leche que ha quedado en su cara. Me arrimo a ella sin vacilación y pego mi mano con la servilleta doblada para limpiarle; al principio reacciona con un sutil movimiento de cabeza hacia atrás hasta que se da cuenta de la situación y se hace con el trozo de papel para limpiarse ella misma. Cómo una persona puede ser tan seria y cómica al mismo tiempo. Summer tiene esa mezcla perfecta de chica despistada.

—Lo hago porque quiero —ya no queda nada de leche en su labio—. No tienes que pagármelo con nada.

—¿Por qué? —Hasta ahora ni siquiera me lo había replanteado, pero debe existir algún motivo para que ella dedique su tiempo a ayudarme con todo esto.

—Bueno... me gustaría que Evelyn siguiera con vida cuando sus padres vengan a por ella —se burla.

—Ya somos dos —murmuro.

Pronto tendré que confesar la verdad, pronto Summer y mamá se darán cuenta y no me quedará otra que contarles todo lo que ocurrió en California.

Dejo en el fregadero la taza vacía, aunque no descarto la posibilidad de beberme otra. La pequeña comienza a llorar con fuerza y nunca en mejor momento.

—Debe tener hambre, voy a...

—Tranquila Summer, yo me encargo —la freno con la mano.

No voy a reconocerlo pero me muero de ganas de ver y abrazar a ese bebé mofletudo, sé que le estoy cogiendo cariño, quizás más del que debiera, pero es inevitable. Tan inevitable como acostumbrarse a Summer después de tanto tiempo. Cruzo la puerta y ahí está Evelyn berreando sobre la cama, moviéndose de lado a lado. La rodeo con mis brazos pegándola a mi pecho.

—Buenos días pequeña —acaricio su barriga y logro sacarle una dulce sonrisa mañanera.

Comienza mi rutina, la rutina a la que me he tenido que acostumbrar desde que está conmigo; primero asegurarme de que su pañal sigue limpio, correcto; segundo, darle de desayunar. Cargo con ella hacia la cocina mientras poco a poco se tranquiliza. Summer sigue allí, moviéndose con soltura mientras prepara el biberón de Evelyn y debo reconocer que es la última persona en la Tierra que imaginé que despertaría en mi apartamento un sábado a las seis y pico de la mañana. Aunque tampoco esperaba estar yo plantado a varios metros de ella con un bebé en brazos.

—Ya casi está el biberón —permanece inmóvil frente al microondas.

—Summer —la llamo.

—Sí —gira su rostro hasta que sus ojos nos contemplan a ambos.

—¿Te gustaría venir mañana con nosotros al parque de Fontainebleau? —No sé por qué espero impaciente su respuesta—. Llevo un par de semanas queriendo llevar a Eve al lago de Pontchartrain, es mi sitio favorito y creo que le gustará si... —Las palabras comienzan a liarse en mi cabeza. Summer sonrío, así que, al menos sé que le hago gracia.

—Me encantará ir con vosotros —responde serena—. Es un sitio precioso.

—Genial —despeino un poco más el cabello castaño de la pequeña Eve.

No puedo creerme que me alegre una tontería como esa, que Summer haya aceptado, ni que no la viera prácticamente todos los días. Alzo los brazos con la pequeña en ellos, como si pudiera volar. Recuerdo algunas cosas de mi padre. Recuerdo cuando jugábamos con la pelota de beisbol en la parte trasera de casa, también cuando dejamos de hacerlo. Recuerdo los días

buenos —y por días buenos me refiero a que no iba borracho como una cuba — en que entraba por casa me agarraba con fuerza y me alzaba hasta el techo, casi podía rozarlo con mis dedos. Lo odio. Odio tener buenos recuerdos de un tipo como él, de un tipo que hizo daño a mi madre, que nos abandonó a Dani y a mí. Jamás seré como él. Nunca. Y Evelyn jamás tendrá que conocer algo parecido a eso, no si puedo evitarlo.

—Ven aquí pequeña —Summer se pega a mí para poder hacerse con el bebé que sostengo, mientras en una mano sujeta el biberón ya preparado.

La dejo. Dejo que Evelyn se aleje de mis brazos para acabar en los brazos de Summer, al menos sé que con una chica como ella a su lado Eve tendrá un buen ejemplo a seguir. No tendrá a su madre, la guapa científica, pero tendrá a Summer, una de las pocas personas que conozco con un corazón enorme. Me gusta verlas juntas. Dos de las tres chicas de mi vida.

Capítulo 22

Empujo con cierta dificultad el carro por el cuidado césped de Fontainebleau State Park mientras Summer camina, pie tras otro, siguiendo una línea imaginaria sobre un pequeño muro de ladrillos que conduce hasta la arena, hasta la playa. Como una niña intentando mantener el equilibrio, con los brazos extendidos y la vista al frente, segura de cada pequeño paso que le hace avanzar lenta pero firmemente. Hasta para caminar resulta una chica segura de sí misma. Eve muerde el feo chupete rosa que sus padres le compraron mientras lo observa todo sentada en el carrito que empujo, curiosa; es una niña extremadamente curiosa. Dani también lo era siendo un niño.

No hace demasiado frío, pero aún así los tres vamos bien abrigados y cubiertos, tratándose de la costa no hemos querido confiarnos demasiado, ahora mismo no podría cargar también con un bebé con gripe y fiebre. Un paso más y otro más. A mano izquierda puedo ver el largo muelle, el puente de Sunset, que se adentra en las frías aguas del lago y que finaliza en una gran y hermosa plataforma cuadrada cubierta por un techado de madera. El agua está en calma, serena.

—He estado pensando en lo que voy hacer —sigo avanzando hacia delante, aunque mis ojos se fijan en la Summer funambulista.

—¿Y qué vas hacer Jordan? —Una burlona sonrisa se dibuja en su cara.

—Tengo que buscar algo mejor —anoche, mientras contemplaba a Eve dormir plácidamente en su cuna me di cuenta de que necesito una estabilidad mayor en mi vida, que esa pequeña de ojos azules se merece mucho más de lo que le estoy dando.

—¿A qué te refieres? —Summer detiene sus pasos.

—No puedo llevar durante mucho tiempo más este ritmo —ni siquiera obtengo tanto dinero de ello—. Necesito un trabajo de verdad.

—Vaya —sale de su boca asombrada.

—¿Vaya? —También yo detengo mi avance.

—A ver Jordan, no te lo tomes a mal pero... me sorprende este nuevo chico —se aproxima a nosotros—. Tu madre estará alucinando.

—¿Y eso significa que te parece bien o mal? —No es que su comentario

haya aportado mucho al tema que estamos tratando.

—Bien, bien —responde veloz—. Más que bien, ¿y en qué has pensado?

Desvío mis ojos hacia el lago, confuso. Hasta ahora solamente había llegado a la conclusión de que necesito buscar algo mejor, más estable, que me aporte más dinero; a partir de ahí la idea se difumina y se pierde en la oscuridad de mi mente.

—Pues...

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Una sonora carcajada sale de su boca.

—¡Oye! —Intento sonar ofendido.

—Vamos Jodan, ¿de verdad no se te ocurre nada? —Summer inclina un poco su cabeza.

—No tengo estudios —así que, soy consciente que mis posibilidades se reducen bastante.

—Pero acabaste el instituto —añade ella—. Podrías... —Los ojos de Summer se desvían de los míos mientras contempla parte del parque de Fontainebleau, como si los árboles secos fueran a hablarle—. Policía.

—¿Qué?! —Alzo la voz.

—¿Por qué no? —En su cara esa expresión suya de haber tenido la mejor idea del mundo. No. No.

—Summer, yo soy el que entra en los calabozos, no el que encierra a tipos dentro —de hecho me sorprende que tenga que recordárselo después de las veces que ha tenido que ser testigo de ello.

—¿Pero te han abierto expediente alguna vez por algo? ¿Estás fichado? —Sus ojos se abren extremadamente.

—Pues... —Intento hacer memoria—. Creo que no, al menos que recuerde.

—Pues entonces no tienes problema —vuelve a sonreír satisfecha con su aportación.

—Summer jamás van aceptarme en el cuerpo de policía —de hecho es casi absurdo.

—¿Por qué no? —Se mueve hacia delante inclinándose frente al carrito para ver a Eve. —Eres suficientemente alto, estás muy fuerte y eres guapo. —¿Qué? ¿Summer Cohen acaba de decir que soy guapo? Sus mejillas cambian rápidamente de color, avergonzada—. Quiero decir que das el tipo. Sí.

Sus ojos dejan de mirarme intentando escudarse en el pequeño cuerpo de Eve que sale del carro y acaba en los brazos de la chica con mofletes

sonrojados. Me hace gracia su incomodez poco madura, bastante infantil, como si la Summer adulta se hubiera convertido en una niña de trece años avergonzada. Mantengo la boca cerrada. Ella camina por el césped alejándose de mí en dirección a la arena, solo intenta huir de mí un poco más, pero yo solo puedo pensar lo mona que es cuando no sabe qué decir.

Suelto el carro a pocos metros de la playa para poder unirme a las chicas, un par de personas pasean por el parque, veo a una pareja apoyada en la baranda del muelle contemplando el agua. Piso la arena, con suerte de llevar zapatillas altas. Summer sigue avanzando embalada hacia el agua, con los botines puestos.

—¿Acaso estás loca? —Alzo la voz asegurándome que llega a ella.

Sus ojos se asoman por encima de su hombro, aún puedo ver la rojez de sus mejillas de normal blanquecinas. Jamás imaginé que le parecería guapo a una chica como Summer, tan distraída con la perfección de Dani.

—No voy a meterme —oigo su voz perdida en la inmensidad del parque.

Echo la vista atrás poco antes de continuar hacia delante. Veo árboles, veo un camino de tierra que conduce hasta el parking, veo a un par de personas paseando. Summer se acuclilla sin llegar a tocar ni la arena ni el agua y yo acelero mi paso para poder estar lo más próximo a ellas. Sentada en la pierna de Summer, Eve sonríe alegre, asombrada mientras contempla el vaivén de las pequeñas olas que llegan a la orilla. No sé si alguna otra vez ha visto la playa, ni siquiera sé si podría recordarlo siendo tan pequeña.

—Debe parecerle magia —también yo me arrodillo para ponerme a su altura—. Parece que le gusta.

—Claro que le gusta —sonríe recuperando la compostura.

Evelyn echa su cuerpo hacia delante con fuerza intentando alcanzar el agua con sus manos, con fuerza, con insistencia, mientras Summer la sujeta fuertemente por la cintura impidiéndoselo.

—Dame —le pido amablemente.

Alargo mis brazos para poder coger a la pequeña, si lo que quiere es tocar el agua, yo mismo me aseguraré de que lo consiga. Me inclino hacia delante mientras ella continúa con su aventura de alcanzarla, hasta que sus pequeños y arrugados dedos se mojan y una sonrisa enorme se dibuja en su cara. Es cierto que las veces que berrea sin descanso me gustaría no tener que ser yo el responsable de calmarla, pero entonces suceden momentos como este y me siento el tipo más afortunado de la Tierra por poder vivirlos junto a ella.

Evelyn reclama mi atención, quiere volver a experimentar la sensación del agua fría —más bien helada— en sus dedos. Y yo, como buen tío, vuelvo a inclinarme de nuevo.

Summer empuja el carro por el muelle que conduce a la plataforma final hacia donde nos dirigimos. Hoy el día ha salido nublado, aunque al menos no parece amenazar con tormenta. He colocado a la preciosa niña de ojos azules en mis hombros mientras agarro sus manos con fuerza para que no se mueva, aunque no lo hace. Le encanta sentarse en mis hombros, bien alto, desde donde poder contemplando todo como buena niña curiosa que es.

—Puede que valore tu idea —echo la vista hacia un lado, el lado donde Summer se encuentra.

—¿Mi idea? —Arruga la frente extrañada.

—Sí, eso de hacerme poli —se me escapa una sonrisita maliciosa de mi boca. Mamá va a flipar cuando lo oiga—. Además según tú doy el tipo.

Los blanquecinos mofletes de Summer vuelven a teñirse, con mayor sutileza, de un rojizo casi rosado; debe seguir avergonzada por sus palabras anteriores.

—Sí —aparta de mí sus ojos oscuros ocultos por las gafas negras—. No pierdes nada intentándolo. —No sostiene su mirada en mí demasiado tiempo—. ¿Has hablado con Dani?

—Sí —la sonrisa de mi rostro desaparece por completo.

—¿Y qué cuenta? Es muy extraño que no hayan venido a por Evelyn ya, casi han pasado tres meses —la curiosidad de Summer pronto será la misma curiosidad de mamá, aunque por ahora he sabido mantener la mentira.

—Puede que para finales de mes, en Navidad... —evito siempre dar una fecha concreta.

—Madre mía, si yo fuera su madre estaría impaciente por recuperarla —una sonrisa inocente se escapa de su boca poco antes de alargar su brazo para acariciar la pierna de Eve—. Con lo rápido que crecen con estas edades.

—Sí, tienes razón —Evelyn ha crecido muchísimo en estos casi tres meses que lleva conmigo. Ha dado un pequeño estirón, ha comenzado a caminar —o al menos a intentarlo—, le ha crecido el pelo y hasta su cara parece haberse alargado un poco, algo menos mofletuda que al principio.

—No creo que tarden mucho más —se aparta un mechón de cabello colocándolo tras su pequeña oreja.

Acepté que Dani ya no la quisiera en su vida, en su perfecta vida de futuro

abogado, pero, ¿ni una sola llamada en tres meses? ¿Nada? ¿Cómo puede haberse desentendido completamente sabiendo que está aquí, en Luisiana, con mamá y conmigo? Dudo mucho que se haya dado cuenta de un pequeño e insignificante detalle, sin quererlo se ha convertido en el hombre que más he detestado en toda su vida. En nuestro padre.

Capítulo 23

Juntos alcanzamos el final de la pasarela del muelle, es increíble la vista desde aquí. Cuando solamente éramos unos niños mamá solía traernos muy a menudo llegado el verano e igual que ella la mayoría de las familias de Mandeville. Muchas veces Summer se unía a nuestra pequeña excursión al lago ya que su madre parecía sufrir una aversión hacia la naturaleza. Me pregunto si no habrá sido por ese tipo de cosas por las que Summer siempre fue una de esas niñas raras de la escuela.

Recuerdo una de las veces que vinimos y Dani nadó hacia dentro del lago sin darse cuenta. Fui yo el que, sin pensarlo dos veces, comenzó a nadar sin descanso hacia él dispuesto a llevarlo de nuevo a la orilla. No sentí los calambres de mis brazos, ni el cansancio, solamente podía pensar en Dani, en alcanzarlo. Supongo que la marcha de mi padre me obligó a ocuparme de él, a adoptar ese papel protector que Summer cree que es parte de mí, de quien soy.

—Me acuerdo cuando veníamos al lago los tres juntos —los ojos de Summer se pierden en el horizonte—. Era lo mejor del verano.

—Estaba pensando en eso mismo —la miro de reojo sin que ella me preste atención. Mirando el lago inmenso—. Y Eve también tendrá recuerdos de esos, algún día.

Summer deja de contemplar el horizonte para mirarnos a nosotros. La pequeña sigue en mis hombros, aunque no creo que tarde mucho más en bajarla de ahí.

—Es bonito saber que cuenta con tanta gente que la quiere —Summer la observa con cierta emoción en su rostro—. Algún día se dará cuenta de ello y se sentirá afortunada.

—Supongo —no puedo dejar de mirarla, vuelve a hipnotizarme. Desconocía que Summer Cohen tuviera un poder como ese. El poder de hipnotizar a la gente.

Yo también me siento afortunado en este preciso momento. Agarro a Eve de la cintura con ambas manos y la alzo hasta conseguir bajarla de mis hombros, ella reniega —por supuesto— pero entonces la arrimo a la barandilla de madera para que pueda seguir contemplando el lago en calma y

parece convencerla. La chica con gafas apoya sus codos en la misma baranda e inclina la mitad superior de su cuerpo hacia delante cayendo parte de su cabello por uno de sus lados. Sonríe, como siempre.

—Recuerdo aquella vez que le dijiste a Dani que habías visto un pez enorme mientras te bañabas —una carcajada sale despedida de su boca—. No quiso meterse en el agua en varios días.

—Sí, lo recuerdo —de hecho lo recuerdo como si fuera ayer.

No odio a mi hermano por lo que ha hecho, no podría odiarlo nunca, pero tampoco lo comparto. No comparto la idea de abandonar a la gente que quieres. Ni siquiera sé cómo se supone que se hace algo así.

—Siempre fuiste un diablillo —me echa un vistazo.

—Y Dani demasiado inocente —argumento—. Tú jamás caíste en mis trampas.

—Me las conocía todas —dice orgullosa.

—Eras muy lista —aclaro.

—Sí, eso también —vuelve a sonreír—. Parece que haya pasado una eternidad de aquello.

—Creo que la ha pasado —también yo tengo esa sensación.

Miro a Eve y ella es sin duda la mejor prueba del tiempo que ha transcurrido desde aquellos días.

—Jordan, ¿puedo preguntarte algo? —Summer vuelve a echar su cuerpo hacia atrás recuperando la postura anterior.

—Claro —espero su pregunta curioso.

—Fuiste tú el de la nota, ¿verdad? —Su rostro se tensa.

—¿Qué nota? —Finjo no saber de qué me está hablando, pero solo he escrito una única nota anónima en mi vida, la que le hice llegar a Summer hace unos cuantos años. Aquella que decía; “Yo puedo ser tu acompañante si quieres” y que no tuve valor de firmar.

Summer me mira mientras decide si continuar con la conversación. Quizás no quiera saber la respuesta o quizás no le guste lo que pueda decirle.

—La del baile de fin de curso —se arriesga a continuar—. La que encontré dentro de mi mochila una semana antes del baile.

Me mantengo en silencio. Es un secreto que jamás he confesado a nadie. No tuve valor para poner mi nombre y mucho menos para reconocer que fui yo. En el fondo esperaba que creyera que había sido Dani, el Brown del que estaba locamente enamorada desde siempre. Ni siquiera sé por qué lo hice,

Summer no me gustaba, al menos no de ese modo, pero descubrir que nadie le había pedido ser su acompañante para el baile me hizo reaccionar de algún modo que años después sigo sin comprender.

—Sí —reconozco con voz temblorosa—. ¿Lo sabías?

—No —me mira de un modo extraño—. Siempre creí que había sido Dani, él era bueno conmigo.

—¿Entonces? —Agarro mejor a la pequeña que sigue entre mis brazos, junto a la barandilla.

—Hasta ahora —responde.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —Siento curiosidad, por supuesto.

—Conocerte mejor —aparta sus ojos de mí—. Pero no entiendo por qué. Ni entiendo por qué anónimamente. —Vuelve a mirar el lago—. Aunque supongo que solamente te compadeciste de mí. La chica sin pareja.

Pero no respondo. No sé si fue así, quizás sí, quizás no.

—Lo siento —me avergüenza hoy en día.

—Olvídalo, fue hace mucho tiempo —vuelve a sonreír.

—¿Hubieras dicho que sí? —Sé que debería dejar atrás la conversación, pero ahora que lo ha sacado a la luz me muero de curiosidad.

—Por supuesto —sonríe.

Yo también sonrío mientras desvío mis ojos al bebé. Cosas así son las estupideces que haces cuando solamente eres un crío. Summer era mi amiga y no soportaba verla triste. Tampoco hoy en día lo soportaría. Quizás por eso di media vuelta antes de subir al taxi y cargué con Eve. Porque no soporto ver triste a la gente que quiero.

—Aún no es tarde —coloco mi mano en el trasero de Eve para poder colocarla entre mis brazos.

—¿No es tarde para qué? —Arruga su perfecta frente.

Me dirijo hacia el carro de la pequeña y la introduzco dentro mientras Eve reniega nada conforme. Saco el peluche de la bolsa que cuelga por el otro lado y se lo entrego al bebé quejica mientras Summer contempla cada uno de mis movimientos. Me doy la vuelta caminando hacia ella.

—Para sacarte a bailar —extiendo mi mano con la esperanza de que la acepte.

Ella sonríe débilmente antes de colocar su mano sobre la mía y aproximar su cuerpo hacia el mío. No sé bailar. No tengo ni idea de cómo se hace pero no creo que importe ahora mismo. Mi otro brazo rodea su cintura por detrás y

comenzamos a movernos muy despacio de un lado hacia otro sobre el muelle. Tener a Summer tan cerca me abruma, al menos parece cómoda conmigo. Una fina brisa recorre el muelle mientras el resto del mundo continúa. Algunos siguen avanzando por la pasarela que conduce hacia donde nos encontramos los tres. Otros se aproximan a la orilla del lago temerosos. Y muchos menos continúan el camino del parque natural. Pero nosotros seguimos bailando. Moviéndonos de un lado hacia otro sin que demasiadas cosas importen.

—No lo haces nada mal Jordan —bromea.

—Tú tampoco —susurro sin poder apartar mi vista de sus labios rosados, recordando su beso en mi mejilla—. Me alegra que al final tuvieras acompañante.

—Sí —mueve la cabeza de arriba abajo muy despacio, borrando la sonrisa de su cara. —Estás lleno de sorpresas Jordan Brown.

Y de repente apoya su cabeza en mi hombro mientras seguimos moviéndonos sin la ayuda de ningún tipo de canción. No sé qué está ocurriendo entre nosotros dos, no sé si quiero saberlo. Lo único que sé realmente es que me gusta tenerla cerca. Su sonrisa a todas horas. Sus labios cálidos sobre mi mejilla. Sus ojos oscuros tapados por unas gafas negras mirándome de esa forma que nadie más hace. Verla con Eve. No debería dejar que esto continúe. Un sutil y dulce olor a frutas llega a mi nariz y es entonces cuando me doy cuenta que procede de su cabello muy próximo a mi rostro. Entorno los ojos unos segundos dejándome llevar.

Capítulo 24

No haber hecho ejercicio desde hace tanto tiempo me está trayendo problemas, especialmente para controlar la respiración y el ritmo, pero si quiero realmente pasar las pruebas y poder ingresar en la Academia de Policía necesito prepararme un poco. Tener que cuidar de Evelyn y trabajar hasta las tantas no me deja muchas más opciones que combinar ambas cosas: salir a entrenar con Eve a cuestas. Al menos ella parece divertirse.

Corro por la larga avenida de Lakeshore, desde el extremo oeste hacia el sur, siguiendo el lago Pontchartrain a mano derecha. Al menos ha salido el sol y el aire no es demasiado fuerte, aunque he envuelto a Eve en ropa para evitar que pueda resfriarse. Corro con uno de los auriculares en mi oído mientras el otro permanece en la oreja de la pequeña que parece gustarle la música, algo nuevo que acabo de descubrir de ella. He salido temprano de casa porque he quedado para tomar algo con Oscar en el local de Rosalyn, donde él conoció a Jane hace unos dos años y medio. He conseguido recuperar, de entre los trastos de mamá, la vieja mochila transportadora de bebés —como he decidido llamarla— una mochila negra que se coloca en la parte delantera junto al bebé y que se abrocha a mi espalda, y así he resuelto el problema de cómo llevarme a Eve conmigo de la manera más cómoda y práctica. Paso los árboles de la larga avenida mientras la brisa de la playa mece las pocas hojas que quedan en ellos, todas de un color otoño, puede que este año nieve en Mandeville, no es muy frecuente pero alguna vez ha sucedido, en algún invierno un poco más frío de lo habitual. La última vez que vi caer blanca nieve al suelo debía tener unos diez u once años y recuerdo la ilusión con la que veíamos nevar desde la ventana del salón, Dani y yo, esperando el permiso de mamá para salir corriendo por la puerta e intentar hacer un muñeco de nieve y una pelea de bolas; pero todo se desplomó cuando al día siguiente la nieve se derretía por momentos.

Nos cruzamos con un señor vestido con un chándal paseando a su perro, un reluciente y peludo labrador, y Eve gira su rostro para seguirlo con la mirada. Puede que le gusten los animales, al fin y al cabo tiene un completo zoo de peluches en casa. Intento mantener el ritmo controlando mi respiración, pero es un poco más complicado de lo normal cargando con unos

cuantos kilos de más. A mano izquierda vamos pasando las casitas de colores rodeadas por cuidados jardines vacíos, la larga y continua valla que separa el terreno privado de la estrecha acera y la carretera, algunos de los árboles más grandes están cubiertos por musgo, dándole ese aspecto tétrico, como las arboladas que rodean los pantanos de Luisiana, criaderos de leyendas y brujería. Evelyn se quita el auricular de la oreja para jugar con él, me gusta poder contemplarla desde tan cerca, cada detalle, cada pequeño lunar, esa naricita pequeña y redonda.

Debo girar en Wikinson Street y seguir por ella un par de manzanas más hasta el local de Rosalyn. Estoy nervioso, impaciente por conocer la reacción de Oscar cuando conozca a Eve, nervioso por saber qué pensará, si acabará dando con la tecla correcta. Ya le hablé de ella cuando lo vi hace un par de semanas pero todavía no la ha visto, todavía no ha indagado demasiado. Pero lo hará.

A medida que nos aproximamos voy bajando el ritmo, levemente, notando el sudor por mi camiseta, bajo la sudadera grisácea, no tardaré demasiado en volver a casa y darme una buena ducha y duchar también a Eve, aunque dudo que ella haya hecho algún tipo de esfuerzo en los cuarenta y cinco minutos que llevo corriendo. Paso de correr a caminar, con mi corazón a ritmo acelerado, comienzo los estiramientos de mis piernas y de mis brazos mientras Evelyn intenta hacerse con el auricular que aún resiste en mi oreja. Se estira y lo alcanza. Apago la música.

—Así que, serás cantante ¿eh? —Le dedico una pequeña sonrisa—. Pues no te quitaré los ojos de encima, no señor.

Eve sonrío sin entender nada, pero yo sé muy bien lo que me digo, he sido un tipo de esos y sé identificarlos a kilómetros de distancia. Levanto mi vista de ella para contemplar la calle, llena de gente, de un lado a otro, comprando, tomando algo en la cafetería...

—¡Hey Jordan! —Sigo el sonido de la voz y encuentro a Oscar frente a local de Rosalyn, con una chaqueta vaquera, las manos en los bolsillos y una enorme sonrisa.

Ha cogido unos cuantos kilos desde la última vez que lo vi hace ya un par de semanas, aunque nunca ha sido un tipo delgado. Avanzo hacia él con el pequeño peso del cuerpecito de Eve colgando delante. Nos saludamos como siempre, como cuando éramos unos críos, Oscar no puede apartar sus ojos del bebé que llevo delante. La otra vez ya le conté que me estaba haciendo cargo

de la hija de Dani, durante un tiempo, me limité a repetir la mentira que casi me he creído y que el resto del mundo cree verdad.

—¿Cómo estás? —Parece contento de volver a verme—. Ya casi ni te veo el pelo.

—Como puedes ver ahora tengo bastantes cosas entre manos —señalo con mi cabeza a la pequeña que no deja de observar al extraño de cabello y fina barba rubia.

—Ya veo —él la mira con más normalidad de lo que pensé que lo haría—. Entremos.

Nos sentamos junto a la puerta, no sin antes desabrocharme la mochila y sacar a la niña de ojos azules de ella. Rosalyn aparece de la nada, en un visto y no visto, junto a nuestra mesa.

—Jordan menuda preciosidad —me la quita de los brazos—. No sabía que tuvieras un bebé tan bonito.

—No es mío Rosalyn —al menos no genéticamente.

—Pues se parece a ti —y es la segunda vez que escucho ese comentario sin sentido—. ¿Qué os pongo?

—Para mí una cerveza —acepto impaciente con Eve.

—A mí ponme otra —pide mi amigo.

Oscar solía venir por aquí bastante a menudo antes de dedicar todo su tiempo libre, casi exclusivamente, a Jane, su mandona novia. Siento a Eve en el sillón que rodea la mesa, donde también Oscar y yo aposentamos nuestro trasero, quedando la pequeña entre ambos.

—¿Así que esta es Evelyn? —Mi amigo la observa con cierta fascinación—. Le da un aire a Dani, pero es clavadita a Alison.

—Sí, lo sé —también mis ojos se fijan en ella mientras intenta hacerse con todo lo que hay sobre la mesa.

—¿Y cómo lo llevas? —Mi amigo intenta controlar sus ganas locas de bromear sobre el asunto, lo conozco lo suficiente como para saberlo.

—¿Qué cómo lo llevo? —resoplo—. Ahora bien, pero no tengas hijos nunca.

Oscar suelta una carcajada sonora que provoca la sonrisita dulce e inocente de Eve sentada a su lado derecho.

—¡Vamos Jordan! Dani volverá pronto y se la llevará lejos de nuevo y podrás continuar con tu vida de golfo delincuente —sigue riendo—. Hablando de eso, ¿qué tal Melissa?

Genial, justo la conversación que estaba desenhado tener. Dani y Melissa. Aparto los cubiertos un poco más, dejándolos fuera del alcance de la niña curiosa.

—Se acabó —ni siquiera he tenido tiempo para pensar en ello.

—¿En serio? —Una media sonrisa se dibuja en su rostro—. ¿Qué pasa? ¿Ha visto al bebé y ha salido corriendo?

—Más o menos —aunque creo que realmente el motivo de su enfurecimiento ha tenido que ver con el hecho de no contar con ella, sus celos.

—Pues estaba cañón —Oscar baja la voz a medida que Rosalyn regresa con unas cervezas en la bandeja y un plato de patatas fritas.

—Aquí tenéis —Rosalyn lo deja todo sobre la mesa.

—Gracias —le dedico una mirada.

Rosalyn nos guiña un ojo antes de darse la vuelta y marcharse por donde ha venido. Lo cierto es que es una mujer bastante llamativa, a pesar de su edad, una buena figura y unas piernas bastante esbeltas. La contemplo mientras se marcha, instintivamente, ya solo por costumbre.

—¿Y tú qué? —Agarro mi cerveza.

—Muy bien tío —sonríe, aún siguen brillándoles los ojos cuando le pregunto por su vida. Es un tipo feliz, eso puedo verlo—. De hecho me alegra que por fin hayas sacado un poco de tiempo para aceptar quedar conmigo.

Eve alarga sus cortos brazos con insistencia intentando alcanzar la cesta llena de patatas fritas que Rosalyn nos ha dejado por mera cortesía. Sé que es pequeña para comer estas cosas, pero ya han comenzado a salirle los dientes y mamá me dijo que era bueno que comenzara a incorporar comida de verdad en su dieta; no es que vaya a darle patatas fritas todos los días, pero no creo que ocurra nada. Saco una de las patatas de la cesta y se la doy a la pequeña, que queda emocionada. Comienza a chuperrrear la patata, yo la observo alerta.

—Ya bueno Oscar, siento no haber podido quedar antes —soy el primero en echar de menos su antigua vida sin obligaciones.

—Tranquilo, aún queda tiempo —Oscar comienza a comer patatas, lentamente.

—¿Tiempo para qué? —Yo también cojo un par.

—Para invitarte a la fiesta de este sábado —siempre que tiene algo que decir un poco más importante de lo normal se anda con rodeos. Acabaríamos

antes los dos si se limitara a decir lo que tiene que decir sin más. Será que lo conozco.

—¿Qué fiesta? —Y como de costumbre también yo le sigo el juego.

—La de mi compromiso con Jane —suelta sin más.

—¿Qué? —Alzo la voz—. ¿Te casas? ¿En serio?

—Así es —contiene la emoción que sin embargo se dibuja en su rostro—.

Nos casaremos en primavera, pero Jane se empeñó en hacer una fiesta de compromiso en casa de sus padres y...

—Vaya Oscar —debo reconocer que esto no me lo esperaba en absoluto. Echo un vistazo a Eve—. Pues supongo que debo felicitarte, así que, felicidades.

¿Qué si creo que va demasiado deprisa? ¡Por supuesto! Vale, sí, hace ya un tiempo que está saliendo con Jane, pero... ¿casarse? ¿Para siempre?

—Gracias Jordan —al menos parece feliz—. Por supuesto, tú y tu madre estáis más que invitados.

—A mí madre le alegrará saberlo —alzo la cerveza preparado para brindar—. Por vosotros.

Oscar alza también la suya chinchineando con la mía. Es cierto que yo no me comprometería y casaría con veintitrés años, pero me alegro por ellos, se quieren, siempre han hecho una buena pareja y si eso va a hacerles felices, adelante.

Capítulo 25

Seguimos comiendo, Eve también, aunque a velocidad mucho menor. Me siento bastante incómodo con la camiseta sudada, un sudor seco que al menos no desprendo gracias a la sudadera que me cubre y aísla de algún modo el apestoso olor.

—Puedes traer a quien quieras a la fiesta y a la boda —Oscar parece un poco más relajado que antes y debe ser a causa de haber soltado al fin la gran noticia—. No tiene que ser Mel.

—Vale, puede que lo haga —y la imagen de Summer aparece fugaz en mi mente ¿Querrá acompañarme si se lo propongo?

—Oh, ¿eso es que hay otra opción? —Oscar bebe el último trago de su cerveza.

—Puede que se lo diga a Summer —respondo en voz baja.

—¿Summer? ¿Tu vecina rarita? —Oscar deja escapar una risa burlona.

—Sí bueno... ya no es tan rara; además me ha ayudado con Eve —echo un vistazo a la niña que come.

—A mí me parece bien —también Oscar observa a Eve de reojo—. Por cierto, ¿vas a decirme por qué hueles tan mal?

Mi amigo se echa a reír, dejando caer su espalda hacia atrás, relajando su cuerpo sobre el asiento. Juraría que no huelo tan mal. Acercó la nariz a mi cuerpo, a mi hombro, cerca de las axilas y tiene razón, apesto.

—He salido a correr —ahora me siento incluso más incómodo que hace un rato.

—Yo dejé de ir al gimnasio —responde él.

—Ya se nota —ataco con la misma moneda.

—Serás cabrón —susurra.

—Oye no digas tacos delante de Eve —le regaño.

—Vale, perdón —sonríe él con esa expresión burlona en su rostro.

Suelo contralar más que nunca lo que digo cuando estoy delante de Eve, mamá dice que los bebés son monos de repetición, de hecho yo lo era, y mamá me cortaría la cabeza si a la pequeña niña de ojos azules le diera por decir una palabrota en su primera aportación al mundo; y por supuesto yo tendría la culpa.

—Me entreno —me rasco la cabeza, no le he comentado nada y volverá a alucinar cuando lo sepa.

—¿Te entrenas para qué? —Arruga la frente—. ¿Es qué vas a participar en una maratón?

—Quiero entrar en una Academia de Policía —murmuro.

—¿Cómo? Debo haber entendido mal —Oscar echa su cuerpo hacia delante—. ¿Porque no has podido decir una Academia de Policía?

—Es exactamente lo que he dicho —respondo sin demasiada seguridad en mis palabras.

—¿Me tomas el pelo Jordan? —Mi amigo suelta nuevamente otra gran carcajada—. ¿Tú? ¿Poli? ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

Por supuesto cree que hablo en broma, que debe ser una broma que he inventado para hacerlo reír y quizás debería seguirle el juego y olvidarlo.

—Summer cree que doy el tipo —y no sé muy bien por qué utilizo ese comentario como argumento.

—¿Summer? —Fija sus ojos en los míos, sin parpadear—. ¿Pero tú estás seguro? ¿Te recuerdo lo que sucedió cuando teníamos quince años?

—Bueno éramos unos críos —fue un episodio que prefiero no recordar.

—Sí, lo éramos, pero hasta hace dos días seguías entrando en el calabozo —es evidente que no le parece una buena idea.

—Desde que tengo a Eve no he tenido encontronazos con la poli —de hecho con nadie, porque ya no salgo de casa más que para trabajar.

—Bien —vuelve a dejar caer su cuerpo hacia atrás—. En realidad sí que das el tipo. —Se burla. Cojo la última patata que queda en plato y la lanzo contra su cara.

Pedimos una última cerveza más, no quiero entretenerme mucho más tiempo, tengo que ducharme, ducharla, preparar la comida para ambos e ir a casa de mamá a dejar a la pequeña esta tarde mientras yo trabajo en el taller. Summer tenía que terminar un trabajo de la universidad y va a pasarse toda la tarde en Nueva Orleans, aunque me dijo que me avisaría si llegaba pronto a Mandeville y así pasarse por donde mamá y ayudarla hasta que saliera yo. Acabo la segunda cerveza.

—Bueno Oscar tenemos que irnos —miro a la pequeña.

—Claro —asiente.

Él sale primero del asiento, yo me hago con Eve entre mis brazos, antes de salir de allí dejamos algo de propina a Rosalyn.

—Te avisaré cuando podamos quedar otra vez —Eve comienza a jugar con los cordones de la capucha de mi sudadera.

—Vale padrazo —se burla descaradamente—. Y te espero este sábado.

—Vale, veré cómo lo hago para poder ir —ni siquiera sé si podré hacerlo seguro.

—No puedes fallarme Jordan, estará toda la familia de Jane, mis padres... si no vienes será insoportable —su expresión se vuelve seria.

—Vale, te avisaré —es lo máximo que puedo hacer—. Hasta pronto.

—Adiós amigo —Oscar coge con torpeza el moflete de Eve—. Adiós Evelyn.

Salimos de allí poco más de una hora después, el cielo vuelve a estar bastante nublado y abrigo de nuevo a la pequeña cubriéndola con mis brazos. Oscar tiene razón, ambos apestamos, necesitamos urgentemente una ducha. Cruzo la calle poniendo rumbo a casa.

Casi me parece un milagro, después de la ducha Evelyn ha caído rendida sobre la cama mientras volvía a vestirla. Estaba ahí, despierta, moviendo sus piernas un poco y de repente todo su cuerpo se ha detenido y sus ojitos se han cerrado. Un milagro poder ducharme con algo de tranquilidad. Dejo la puerta del baño abierta, es la única forma de poder escuchar a Eve si comienza a llorar, aunque lo dudo mucho, parece haber quedado K.O tras la carrera de esta mañana. Voy a salir a correr todos los días.

Me quito la sudadera gris y la echo al suelo del baño, después me deshago de las zapatillas y los calcetines sudados; saco la camiseta apestosa por el hueco de la cabeza intentando no respirar mientras lo hago, la echo junto a la sudadera. He perdido peso en estas últimas semanas, aunque sigo teniendo marcados los pequeños abdominales que gané siendo bastante joven. Me quito los pantalones antes de introducirme en la ducha y dejar que el agua caiga lentamente. No puedo creerme que Oscar y Jane vayan a casarse, no porque sea una noticia asombrosa, sino más bien porque creí que tardarían un par de años más en dar ese paso. Si supieran como han acabado Dani y Alison por querer ir demasiado deprisa es posible que se replantearan de nuevo todo eso de la boda.

Vale, sí, lo reconozco, no creo en las relaciones a largo plazo. Mira a mamá, no es que le fuera demasiado bien con Arthur; mira a Dani y Ali, la pareja perfecta... y soy yo el que cuida a su hija actualmente. Míranos a Mel y a mí, aunque eso no podía considerarse una relación como tal, jamás fuimos

al cine, jamás salimos a cenar juntos; aunque debo reconocer que echo de menos esos ratos con ella. Cuando salgo de la ducha impregno mi cuerpo de colonia y mis axilas de desodorante, aunque en un rato es posible que la grasa de motor ensucie mi ropa y mis manos. Joder, que ganas tengo de dejar ese curro de mierda.

Me visto y cargo algunas de las cosas de Eve en su bolsa antes de volver a entrar en la habitación para sacarla de su cuna donde duerme plácidamente, soy muy consciente de que podría ser peor la situación, que Evelyn podría haber sido una mocosa llorona y quejica que hubiera dificultado muchísimo mi existencia, por suerte es un pequeño milagro caído del cielo al que ya me he acostumbrado. Me he acostumbrado a los sonidos que emite y que intentan convertirse en palabras algún día. Me he acostumbrado a sus quejidos matutinos; a su sonrisa alegre y vivaracha; a sus ojitos azules que casi me hablan; a todos sus peluches por todas partes; a sus gateos que casi son pasos; a su forma de dormirse en mis brazos mientras le cuento una y otra vez la vieja historia del pato. Me he acostumbrado simplemente a encontrarla dormida en su cunita cuando me dejo caer por la habitación.

Me cuelgo la bolsa en el hombro antes de inclinarme hacia delante para coger su cuerpecito acurrucado en la cuna, la enrolló en la manta verde que le compró mamá y la sostengo entre mis brazos intentado no hacer movimientos bruscos que puedan despertarla. Cojo la chaqueta y las llaves del coche y juntos salimos del apartamento en dirección al coche. Mamá nos estará esperando.

Capítulo 26

Jamás había estado tan nervioso por encontrarme con ella, pero por alguna extraña razón hoy me sudan las manos y no dejo de moverme de lado a lado decidiendo qué ponerme. ¿Qué más da lo que me ponga? Voy a una simple barbacoa. Vuelvo a ponerme la camisa azul que ya había descartado del todo hace tan solo unos segundos. Eve me mira sentada en el suelo de la habitación mientras juega con un millón de muñecos. Observo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que cuelga de la pared, parezco un estúpido niño rico. No. Vuelvo a quitarme la camisa y la echo sobre la cama donde se encuentra casi toda mi ropa. Echo un vistazo a la camisa de cuadros escoceses, esa no está mal, siempre fue mi favorita. Me quito la camiseta blanca que llevo para poder ponérmela otra vez y al menos parezco un tipo normal, más yo. Sobre la camisa de cuadros un suéter gris oscuro y para rematar la chaqueta de cuero negra, perfecta para combinar con los vaqueros claros y las zapatillas oscuras. No es que tenga muchas ocasiones al año para arreglarme, pero tampoco puedo presentarme de cualquier modo a la fiesta de compromiso de mi mejor amigo, aunque solo sea una barbacoa en una bonita casa.

—¿Qué dices pequeña? —Me giro hacia Eve esperando alguna aprobación de las suyas. Sonríe sin dejar de mirarme, balbuceando. Vuelvo a mirarme en el espejo—. No está mal, nada mal.

Intento peinarme con los dedos, ha vuelto a crecerme el pelo y nuevamente lo llevo más largo de lo que me gustaría, pero es lo que hay, así que, tendré que apañármelas. Salgo del apartamento con Evelyn en brazos, la meto en la silla del coche antes de arrancar para poder llegar a casa de mamá, donde se quedará Evelyn esta noche. Detengo el vehículo frente al edificio donde vive mi madre y vuelvo a coger en brazos a la pequeña charlatana que no ha logrado acertar ni una sola palabra en toda la semana, aunque no por ello ha desistido en su empeño.

—Hola mamá —cruzo la puerta del apartamento.

—Vaya Jordan, que guapo estás hijo —mamá no deja de mirarme, con la boca abierta y los ojos como platos.

—Gracias —dejo salir entre dientes—. Toma mamá, si necesitas

cualquier cosa, si ves que... lo que sea, llámame.

—No seas tonto, puedo encargarme de esta monada —mamá la coge en brazos—. Tú ve y diviértete.

—Antes tengo que pasar a por... —Detengo mis palabras. Mierda, había olvidado que mamá no sabía nada de mi acompañante esta noche y no tenía intención alguna de decírselo.

—¿Pasar a por quién? —Mamá hace cosquillas en la tripita de Eve.

—A por Summer —susurro con la esperanza de que no me oiga.

—¿Summer es tu acompañante? —Una enorme sonrisa se dibuja en su cara—. No me ha dicho nada.

—Ya, no sé... —Intento hacerme el sorprendido aunque por supuesto fui yo el que le pidió que no se lo comentara a mamá, por eso de tener que soportar sus comentarios después—. No se te ocurra decir nada, me marchó. —Mamá hace el gesto de cremallera cerrada en su boca—. Y si necesitas cualquier cosa o...

—Que sí pesado —interrumpe—. Quieres hacer el favor de ir...

—Papá —dice bien alto y claro la pequeña Eve.

Los dos nos quedamos sin habla, paralizados. ¿Evelyn acaba de llamarme papá? Esto no está bien, nada bien.

—¿Qué has dicho cielo? —Mamá se dirige a la pequeña niña de ojazos azules asombrada y preocupada al mismo tiempo.

—Papá —repite Eve con firmeza.

—No mi vida, él es tu tío, no tu papá —le corrige mamá.

Yo no sé qué decir, qué hacer. Una parte de mí está flipando, Evelyn acaba de decir su primera palabra y podría habérmelo perdido si hubiera tardado unos minutos más en decirla. Por otra parte... mierda. Yo no soy su padre y mamá no va a quedarse de brazos cruzados si esto continúa. Maldito momento para suceder esto.

—Papá —repite otra vez.

—Debe haberte confundido con Dani, después de tanto tiempo contigo —mamá sonrío, al menos le resulta cómica la situación.

—Seguramente —debo salir de allí cuanto antes—. Bueno mamá, adiós.

Planto un beso en la mejilla de mamá segundos antes de dárselo a mi peque... la pequeña, Summer debe estar esperándome impaciente en su casa, aunque no creo que sea una chica muy puntual. Doy la vuelta volviendo sobre mis pasos, bajando las escaleras que conducen al jardín descuidado de

la parte delantera del edificio y continúo mi camino tras sobrepasar el coche, cruzando la carretera y el jardín de la casa de Summer; echo un vistazo hacia atrás y apostaría cualquier cosa seguro de que mamá me sigue con la mirada desde la ventana del salón. Aún sigo en las nubes después de escuchar de los labios de Eve la palabra papá. Papá, ni más ni menos.

Miro hacia atrás de nuevo contemplando el edificio donde vive mamá, espero que todo vaya bien esta noche y no tenga que regresar corriendo a su llamada. Me encojo de hombros buscando calor.

—Buenas —el padre de Summer abre la puerta, por su cara no debe hacerle ninguna gracia saber que su hija va a salir conmigo esta noche.

—Buenas noches señor, Cohen —mantengo rígida mi postura—. ¿Está Summer?

Me mira, desafiante, comprobando y decidiendo si debe dejarme pasar o amenazarme para que huya despavorido. No tengo ninguna intención de ir a ningún parte.

—Pasa —se aparta al fin de la puerta para dejarme paso.

Obedezco con la mirada baja. Noto un calor reconfortable en cuanto cruzo la puerta, es un lugar realmente acogedor, jamás había estado aquí antes.

—Jordan —su madre aparece por una de las habitaciones con una sonrisa enorme en su cara, Summer y ella se parecen muchísimo—. Bienvenido a casa. Vamos siéntate mientras Summer termina de arreglarse.

—Gracias señora —echo un vistazo a mi espalda, el señor Cohen sigue detrás con su mirada puesta en mí, con los brazos cruzados apoyando un lado de su cuerpo en el marco del arco que da paso al salón.

—No te preocupes no suele morder —susurra su esposa a mi oído—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —me dejo caer despacio sobre el sofá, sintiéndome vigilado.

La señora Cohen ocupa el sillón que hay justo al lado, no deja de mirarme con cierta emoción en su rostro. Me pregunto si será la primera vez que un chico viene a casa a recoger a Summer. Él se queda de pie junto al sofá donde me encuentro. Está resultando un momento realmente incómodo.

—Bueno Jordan... —La madre de Summer mantiene los ojos bien abiertos—. Summer nos dijo que te estás ocupando de la hija de tu hermano una temporada, ¿cómo lo llevas?

—Así es señora, la verdad es que lo llevo...

—Mira que eres cotilla mamá —la voz de Summer me rescata.

Me levanto de golpe del sofá buscando con mis ojos la chica de gafas negras a la que me muero de ganas por ver al fin. Guau. Clavo mis ojos en una preciosa chica que espera junto a las escaleras, pero tardo unos segundos en reconocerla. Está espectacular. Lleva puesto un vestido azul oscuro ceñido a su cuerpo, de manga larga y escote circular; en los pies unos botines negros con la parte que se agarra a la pierna algo más ancha, dejando huecos por todas partes. Se ha dejado el pelo suelto, ondulado, y se ha deshecho de esas horribles gafas de pasta que siempre lleva.

—Summer —es lo único que logro vocalizar.

—Esa soy yo —bromea—. ¿Nos vamos?

—Claro —parpadeo un par de veces para recuperar el habla, la noción del tiempo y del lugar donde estamos.

Summer se hace con un abrigo negro que cuelga de un perchero que hay junto a las escaleras, su padre permanece en alerta, observándome sin perder detalle. Me ha quedado bastante claro que no le gusto en absoluto.

—Bueno Jordan, pásate cuando quieras —su madre me ofrece su mano con delicadeza.

—Gracias —la acepto amablemente.

—Adiós papá —Summer se arrima al señor Cohen para besar su mejilla justo después de haberse puesto el abrigo.

—Adiós cielo —responde él aceptando con ternura el beso de su hija.

Summer se pone en marcha y yo tras ella, en silencio, con prisas; solo cuando salimos de la casa mi cuerpo se relaja de nuevo. Mi acompañante parece tranquila y sin duda preciosa.

—No te preocupes siempre es igual —no deja de sonreír colocándose el gorro beige de lana en su cabeza—. ¿Has traído el coche?

—Sí —señalo con la cabeza la acera de enfrente.

—Bien, ¿vamos? —Espera mi respuesta.

—Vamos —recupero mi actitud habitual.

Capítulo 27

Pongo la calefacción del coche, los dos estamos helados. Yo he tenido que deshacerme de mi chaqueta para poder conducir mejor, pero Summer sigue envuelta en su abrigo negro y en su gorro de lana. Frota las manos a media altura, poco antes de arrimarlas a la calefacción del coche en busca de calor.

—Eve ha dicho su primera palabra —digo después de un par de minutos en silencio.

—¿En serio Jordan? —Summer gira su cuerpo hacia mí sorprendida.

—Sí, ha sido... —Ni siquiera podría describirlo—. Ha sido fantástico.

—Estoy segura de que sí, ¿y qué ha dicho? —Parece haber olvidado el frío que sentía hasta hace un rato.

—Papá —susurro.

—¿Papá? —Puedo ver de reojo su rostro, confuso—. Ha Dani le sentará fatal habérselo perdido.

—Sí —vuelvo a susurrar. A Dani por lo visto le importa una mierda.

—¿Estás bien? —Me pregunta Summer.

—Claro, muy bien —le dedico una sonrisa.

Pero no, no lo estoy. Necesito contarle la verdad a alguien de una vez, dejar de arrastrar esta mentira. Summer pierde su vista por la ventanilla del coche sin decir nada más hasta que detengo el vehículo frente a una impresionante casa en la gran avenida de Lakeshore, con unas fantásticas vistas al lago. Esa fue la dirección que Oscar me escribió, esa es la casa de sus futuros suegros.

—Menuda casita —sale de los labios pintados de rojo de Summer—. ¿Tú amigo vive aquí?

—No, es de los padres de su novia —yo también me quedo asombrado contemplando la impresionante casa de color blanco—. Venga vamos.

Coloco mi mano en la espalda baja de Summer con la intención de que sus pies comiencen a caminar hacia el caminito de piedra que atraviesa el jardín. Junto a la entrada un enorme árbol mohoso le da un aspecto viejo y colonial. Subimos los escalones al mismo tiempo, aún asombrados por el lugar, ya se puede escuchar la música que sale de la casa. Toco al timbre un

par de veces, una mujer rubia, elegante y con unos pómulos hinchados abre la puerta.

—Buenas noches —se adelanta Summer.

—Hola —soy incapaz de identificar la expresión facial de su cara, debe haberse operado de un millón de cosas—. ¿Amigos de Oscar?

—Sí —respondo algo asustado, confuso, no estoy muy seguro de que se trate de una mujer.

—Pasad —se hace a un lado dibujando una sonrisa siniestra en su rostro; instintivamente mi mano agarra la mano de Summer.

—Muchas gracias —Summer, valiente, avanza la primera.

Un barullo de gente llena el salón y el comedor de la enorme casa elegante. La mujer cierra la puerta poco antes de ponerse en marcha. No conozco a nadie. Ninguna cara familiar.

—Summer —la mano que agarra la de Summer estira de ella hacia mí—. Creo que nos hemos equivocado de casa, no conozco a nadie.

Ella se limita a sonreír. Me alegra que haya venido conmigo.

—Vamos venid, los chicos están en la parte trasera —la mujer de rostro extraño nos conduce hacia otra puerta, esta vez doble, abierta, desde donde puede verse a más gente en el jardín—. Que disfrutéis.

Se marcha y yo me relajo un poco. Comienzo a identificar algún que otro rostro entre la multitud. Veo a Trevor junto a la piscina, mis ojos siguen buscando.

—Ahí está Oscar —señalo con mi cabeza.

Aún cogido de la mano de Summer avanzo hacia mi amigo, muy elegantemente vestido, que presume de novia, una guapa Jane. Oscar me ve y se aleja del grupo de gente para caminar hacia nosotros, parece un tipo feliz después de todo.

—Jordan cuanto me alegro de que hayas podido venir —me rodea con sus brazos.

—Bonita fiesta —Summer sonrío a mi lado.

—Hola, tú debes ser Summer —Oscar le ofrece la mano.

—Así es —ella la acepta sin vacilar.

—Bienvenidos —parece un tipo radiante—. Hay comida, bebida y, como podéis oír, música.

Tras Oscar, Jane avanza hacia nosotros también con un brillo especial en sus ojos. Parece que al menos ellos sí son felices, un pareja feliz después de

todo.

—Hola Jordan —Jane se detiene frente a nosotros, se aproxima a mí para darme un beso en la mejilla.

—Hola Jane —está muy guapa esta noche. Se ha cortado el pelo—. Ella es Summer.

—Encantada —Jane le extiende la mano.

—Igualmente —responde amablemente.

—Vais a tener que disculparme pero me tengo que llevar a Oscar un momento —Jane coloca su mano sobre el hombro de mi amigo, que parece un tipo nuevo.

—Por supuesto —responde Summer.

—Divertiros —susurra Oscar antes de seguir como un perrito faldero a su prometida.

Mis ojos se deslizan por el enorme jardín trasero, todo iluminado y decorado, hasta las luces de la piscina parecen sofisticadas. Yo jamás podré tener algo así en toda mi vida, ni siquiera soñando. Un par de mesas llenas de comida más allá, a unos metros de distancia de nosotros, en la otra parte un tío trajeado prepara cócteles. Desconocía que Jane venía de un mundo como este.

—¿Vamos a comer? —Summer capta mi atención—. Me muero de hambre.

—Claro —se escapa de mis labios una media sonrisa.

Juntos avanzamos esquivando cuerpos trajeados hacia la mesa de comida, varios canapés de diferentes sabores, decoraciones y colores, decoran la mesa. Summer comienza con los que tiene más a mano, pero pronto acaba alargando su mano para hacerse con los que quedan más lejos. Yo cojo un par para probarlos y están deliciosos.

—Me tenías que haber dicho que iba a ser una fiesta elegante —Summer alterna las palabras con la comida.

—Pensé que sería una barbacoa —me excuso ignorante—. Pero si te sirve de consuelo creo que aún así sigues siendo la chica más guapa de la fiesta.

Y ahí están de nuevo esos mofletes rosados de la Summer tímida, recatada. Sonrío inevitablemente al comprobar que nuevamente se siente incómoda con comentarios de ese tipo. Mastica sin decir nada. Aparta sus ojos de mí. La música sigue sonando de fondo, un poco de música country y apuesto que pronto se convertirá en Jazz, en el Jazz de Nueva Orleans.

—¿Vamos a por bebida? —Suelta de sopetón Summer.

—Vale —no me parece mala idea.

Caminamos hacia la otra mesa y aunque mataría por una cerveza fresca lo máximo que logro obtener es una copa de champán, al menos está bastante frío. Summer se lo bebe de una sentada.

—Guau —me asombro.

—Tenía sed —se excusa ella un poco avergonzada.

—Eso parece —acercó la copa a mis labios imitándola.

—¿Y hace mucho que Oscar y Jane se conoce? —Deja la copa sobre una de las bandejas que sostiene uno de los cuatro camareros que se pasean por la fiesta. Yo también lo hago.

—Unos años —respondo.

—Pues sí que se han dado prisa en casarse —también Summer parece asombrada con la noticia—. Mira a tu hermano y Ali.

Exacto. Ni yo mismo lo hubiera dicho mejor, ellos llevan toda la vida juntos y aún así en un momento un poco más complicado van y se desentienden, se alejan.

—¿Quieres bailar? —pregunta la parte irracional de mí.

—¿Bailar de verdad? —Parece sorprendida.

—Pues claro —respondo ofendido. Ya sabe que no soy tan horrible desde el día en el Fontainebleau.

—Vale, sí —sonríe mientras avanza unos centímetros hacia delante.

Capítulo 28

La cojo de la mano y la arrastro hacia la zona donde algunos invitados bailan, no soy buen bailarín pero con Summer hay pocas cosas que me preocupen, y hacer el ridículo no es una de ellas. Coloco sus manos en mi cuello y las mías en su cintura, acercándola a mí sin encontrar resistencia. Pocas veces he tenido a Summer tan cerca, su rostro tan pegado al mío y debo decir que es mucho más guapa de lo que seguramente ella cree. Comienza la siguiente canción, una lenta y empalagosa de la que huiría en cualquier otra circunstancia y que sin embargo agradezco ahora. Nos movemos de un lado a otro lentamente. Ya ni siquiera me importa no conocer a nadie, que haya acabado siendo una fiesta pija y elegante, que haga frío esta noche bajo el cielo estrellado.

—Gracias por acompañarme, Summer —no puedo apartar mis ojos de ella.

—Te dije que tenías que dejar de darme las gracias —ella esquiva los míos.

—Para ello deberías dejar de hacer cosas por mí —algo que no ha dejado de hacer desde el día que me recogió en el aeropuerto.

—Hay personas que necesitan un poco más de ayuda de lo normal —susurra.

—¿Y yo lo necesito? —Comienzo a ser un poco más consciente de mis manos en su cintura.

—Siempre lo has necesitado Jordan —una media sonrisa se dibuja en sus labios.

—No sabía que me conocieras tan bien —y me descubro conociendo una parte de la chica de gafas negras que jamás había visto. La parte que siempre ha estado ahí.

—Eres un libro abierto —intenta bajar el tono de voz.

—Summer hay algo que necesito contarte —la presión en el pecho, esta sensación de sentirme al descubierto.

—¿El qué? —Sus largas pestañas se mueven al ritmo de sus párpados.

—Dani no va a volver —no controlo demasiado bien mi voz.

—¿Cómo qué no va a volver? —Summer deja de bailar, baja sus manos

de mi cuello.

—Abandonó a Eve —y siento como el peso que llevaba arrastrando desde aquel día pierde algunos kilos—. Iba a dar a Eve en adopción si no me la traía conmigo a Luisiana.

Summer se limita a mantener el silencio, con sus labios entreabiertos y sus ojos con un brillo de terror en ellos. No me extraña que esté aterrorizada, yo también experimenté esa misma sensación.

—Pero... ¿Y Alison? —Sigue inmóvil a pocos metros de distancia de mí.

—Ella se marchó mucho antes —decirlo en voz alta me da una tranquilidad que desconocía que pudiera sentir al revelar la verdad sobre Evelyn.

—¿Y tú te has hecho cargo? ¿Sin decírselo a nadie? —Sigue con esa expresión de terror en su rostro.

—¿Qué opción me quedaba? —Y he pensado en ello un millón de veces.

—Tu madre no sabe nada, ¿verdad? —Sus ojos se desvían de los míos.

—Solo tú —y ojalá se lo hubiera dicho antes, mucho antes.

Summer echa un vistazo a su alrededor, desconozco por completo qué está pensando, qué pensará de mí, de la mentira que he ocultado a todos. ¿Volverá a creer que soy el mismo tipo horrible que era antes de Eve? No creo que pueda soportarlo.

—Lo siento, yo... —Summer se da la vuelta para alejarse de mí.

Y la veo marchar y algo dentro de mí se parte, un sentimiento que hasta hoy jamás había sentido. Le mentí. La engañé una y otra vez, cada vez que preguntó por Dani y Alison y su regreso a Mandeville. Una y otra vez. Va a odiarme y no podré soportarlo. Vuelvo a la mesa de las bebidas para volver a conseguir otra copa de champán. Joder. Mierda.

—¡Hey Jordan! ¿Qué haces aquí tú solo? —Oscar me propina un golpe en la espalda.

—Oscar —dibujó una falsa sonrisa en mi rostro—. Beber.

—Pues te haré compañía —Oscar consigue una copa—. ¿Y tu guapa acompañante? Hay que ver lo que ha cambiado Summer en unos años y eso que solo la vi un par de veces siendo críos.

—Creo que se ha largado —y no me extraña lo más mínimo.

—¿Pero qué dices? —Oscar frunce el entrecejo—. ¿No habrás sido un capullo con ella?

—Por supuesto que sí —termino el poco champán que queda en mi copa.

—Jordan, ¿estás bien? —Mi viejo amigo coloca su mano en mi hombro a modo de consuelo.

—No —la he cagado pero bien—. Tengo que irme Oscar, despídete de Jane de mi parte.

—Claro, pero ¿estás seguro? —Al menos sigue ahí mi fiel amigo—. Si necesitas que...

—No, solo necesito irme —dejo la copa sobre la mesa de las bebidas—. Lo siento mucho y felicidades.

—Gracias tío —me rodea con un solo brazo.

Salgo escopeteado de la casa sin prestar demasiada atención a la gente que se interpone en mi camino, a los muebles caros que decoran las habitaciones, las voces, la música... nada. Me siento un poco mejor cuando al fin abandono el lugar, cuando me alejo, mirando mi espalda, por el mismo camino de piedras por el que he venido hace tan solo unos minutos. Detengo mis pasos de golpe poco antes de alcanzar el coche. Summer, apoyada en el lateral, con las manos en los bolsillos de su abrigo y su vista fija en mí. Me alegra saber que sigue aquí.

—¿Por qué me invitaste a venir contigo a la fiesta? —Alza la voz sin cambiar de postura.

—Porque no quería venir con nadie más que no fueras tú —y es más que evidente que de aquí a un tiempo he evitado tener que reconocer lo que para todo el mundo es evidente. Me he enamorado de la pesada, rara y maravillosa Summer.

Summer se aparta del coche y avanza hacia mí con decisión y seguridad, y es entonces cuando sus labios se abalanzan sobre los míos, y sus manos rodean mi cuello y mis brazos, instintivamente, la rodean y la pegan a mí. Sus besos son cálidos, sabrosos, jamás había probado unos labios como los de Summer en toda mi vida. Su cabeza se aleja lentamente de la mía, aunque ojalá no lo hiciera.

—Eres un chico increíble Jordan Brown —susurra.

—Solo soy un mal tipo que ha tenido que cambiar —así me considero yo.

—No, eso no es cierto —moja sus labios—. Eres un chico que sin estar obligado decidió cuidar de un bebé que no era suyo, que lo protege del mundo.

—No lo hubiera podido hacer sin ti Summer —es algo que he tenido claro desde el primer momento.

—Claro que sí —sonríe.

—No, te aseguro que no —puedo sentir como mi corazón late con fuerza, con presión.

Ella sube su mano hasta mi cabello y va bajándola lentamente por mi rostro, acariciando mis labios y tan solo el tacto de su piel consigue estremecerme por completo. Cierro los ojos unos segundos controlando el sinfín de emociones nuevas que me inundan en este preciso momento. Gracias a la adrenalina que recorre mi cuerpo podría correr durante horas, subir las montañas más altas y no cansarme jamás.

—Tu madre acabará enterándose Jordan —murmura.

—Lo sé —he sido muy consciente de ello desde el principio—. Es que no sé cómo decírselo. Cómo se supone que se dice algo así.

—No lo sé —responde ella—. Pero voy a estar aquí para lo que necesites.

—¿En qué momento dejaste de estar enamorada de Dani para fijarte en un tipo como yo? —Una pequeña sonrisa se dibuja en mi rostro.

—¿Cómo sabes que estaba enamorada de Dani? —Aleja unos centímetros su cuerpo del mío.

—¡Oh vamos Summer! Todo el mundo lo sabía —era un secreto a voces.

—De eso hace mucho tiempo —aparta un mechón de su cabello de la cara.

Con fuerza, y sin resistencia, mis manos que rodean su cintura la atraen hacia mí sin vacilaciones.

—Eso espero —resoplo.

—¿Quieres que volvamos a entrar? —Sus ojos se desvían de los míos para indicar la impresionante casa que hay detrás de mí.

—No necesito seguir más tiempo ahí dentro con tanto pijo elegante —sonríe.

—Bien, porque no podría volver a entrar —respira aliviada.

—¿Entonces qué quieres hacer? —Ahora mismo iría al fin del mundo si Summer me lo pidiera.

—¿Lo que yo quiera? —Arruga la frente.

—Eso creo —estoy a punto de echarme atrás en mi proposición. Summer sonrío salvaje.

Capítulo 29

El silencio y la oscuridad hacen del lugar un poco más siniestro de lo normal. Nos encontramos los dos de pie observando la inmensidad frente a nosotros. No creo que se atreva realmente a cumplir su palabra dado el caso, de hecho me sorprende muchísimo que alguien como Summer quiera hacer algo como esto.

—¿Estás segura? —Miro por encima de mi hombro y solo encuentro una mezcla de terror y cobardía en su rostro—. ¿Summer?

—Vale, tenías razón —se echa hacia atrás.

Pero esta vez no, esta vez me niego a tener razón. Summer siempre ha querido bañarse en el lago Pontchartrain de noche, en invierno, y voy a encargarme de que cumpla ese loco y absurdo sueño. Me quito la chaqueta de cuero y la dejo sobre la arena, después las zapatillas y las varias capas superiores.

—De eso nada —desabrocho los botones de mi camisa—. Tú quieres bañarte de noche y en invierno en el lago y lo harás.

—¿Qué? Jordan olvídale —intenta impedir que me desabroche los últimos botones de la camisa de cuadros escoceses—. Moriremos de hipotermia.

—Estoy seguro de que se nos ocurrirá alguna forma de entrar en calor después —y los mofletes de Summer vuelven a sonrojarse de esa manera tan graciosa.

Me quito los pantalones quedándome únicamente en bóxer, y, joder qué frío hace. Mi cuerpo entero comienza a temblar sin contemplaciones. Si esto no me mata acabará haciéndome más fuerte. Junto mis brazos en busca de calor, pero es imposible que deje de congelarme por segundos.

—Jordan vístete —me ordena con cierta preocupación.

—Tienes dos opciones Summer Cohen —comienza a temblarme la voz —, o te metes conmigo o muero congelado aquí.

—Maldita sea Jordan —Summer se quita el abrigo veloz, con cierto enfado.

Sus botines se quedan junto a los míos, sobre el césped. Se agarra el bajo del vestido y sube sus brazos estirando de él hasta que logra quitárselo. Hacía

años que no veía a Summer con tan poca ropa, desde que mamá dejó de montar la piscina desmontable en el jardín trasero, pero es evidente que de eso ha pasado ya bastantes años. Hay que ver lo que engaña con ropa.

—Me estoy congelando —intento meter prisa.

—Ni sueñes que voy a quitarme la ropa interior —aclara.

—No he dicho que te la quites —alzo las manos—. Tampoco lo contrario.
—murmuro.

—¿Qué? —Comienza a temblar ella también.

—Nada, ¿ya? —pregunto ansioso.

—Pues no ves que ya me he quitado...

—Bien —le interrumpo.

Me abalanzo hacia Summer rodándola con mis brazos hasta lograr cogerla en brazos, con algo de dificultad por sus movimientos evitándolo, pero cuando al fin lo consigo corro hacia el agua con ella en brazos mientras no deja de chillar como una loca, abrazada a mí con fuerza, sin mirar el agua. Siento dolor en los pies en cuanto estos alcanzan el agua, pero continúo mi carrera hacia dentro hasta que al final los dos nos sumergimos. Soy un tipo nuevo cuando saco la cabeza del agua.

—Está helada —le tiembla la voz.

—Joder Summer no podías tener otro tipo de sueños —una risa nerviosa sale de mí.

—Es culpa tuya —me echa en cara—. Dijiste que lo que quisiera, cualquier cosa.

—Tenía la esperanza de que eligieras como destino un bar —es Summer; quien habría dicho que se le ocurriría algo parecido—. Bien, ¿podemos salir ya?

—Sí, sí —mueve la cabeza repetitivamente.

Quien nos vea aquí bañándonos pensará que somos dos lunáticos o dos borrachos. Los dos salimos del agua veloces, en realidad todo lo que nuestro cuerpo aturdido y helado nos permite. Ya fuera del agua la sensación se multiplica por cien a causa del aire que golpea nuestros cuerpos semidesnudos y mojados. No volveré a dejar que Summer elija. Volvemos a hacernos con nuestra ropa para vestirnos.

—Creo que jamás en mi vida he tenido tanto frío —y a pesar de todo no puedo borrar la sonrisa de mi rostro.

—Ni yo —responde la chica lunática que se le ocurrió confesarme uno de

sus deseos más secretos.

—Te preguntaría que ahora qué, pero me da miedo —bromeo.

Summer me pega con su gorro en plan venganza. Sé que debería ir a casa de mamá a por Eve, que no debería quedarse toda la noche con ella, pero no tengo ninguna llamada alarmante en mi teléfono y lo cierto es que hacía tiempo que no me divertía como antes de ser el tío responsable.

—Ahora entiendo que Eve te llamara papá —se pone primero el botín izquierdo—. Para ella eres ahora su papá.

—Pero no lo soy —ralentizo mis movimientos.

—Quizás no genéticamente, pero eres tú el que está con ella —se calza el otro botín negro—. Venga Jordan, no es tan horrible.

—No es eso —claro que me ha emocionado escuchar a Evelyn llamándome papá, pero...

—Sabes, Eve tiene suerte de tenerte —se acerca a mí habiéndose vestido ya.

—También de tenerte a ti —necesitará una figura femenina en su vida.

—¿Me llevas a casa? —Sonríe ella.

—Sí, será mejor que nos vayamos —ya debe ser bastante tarde.

Bajo del coche al mismo tiempo que ella. Camino hacia ella rodeando la parte delantera del vehículo, ha sido una noche fantástica. Summer contempla su casa en silencio, con un brillo en los ojos especial, entrelazo mis dedos entre los suyos mientras con la otra mano acaricio su mejilla, asombrosa e inexplicablemente cálida. Aún tiene el pelo mojado, ambos lo tenemos.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dice ella con cierta timidez.

—Me gustas Summer, mucho —susurro.

No es algo que haya dicho muchas veces en mi vida, jamás he necesitado tener que decir algo parecido para conseguir a una chica, pero con Summer todo es nuevo. Todo es distinto. Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro.

—Tú también me gustas mucho Jordan —repite en voz baja.

Detengo la mano que acaricia su mejilla mientras mi rostro se aproxima al suyo muy despacio, y mis ojos castaños se alternan entre su mirada y sus labios. Voy a volver a besarla y no hay nada en la Tierra que pueda impedirlo.

Entro en el apartamento de mamá con una estúpida sonrisa en mi rostro, demasiado alterado como para dormirme. Miro el reloj y se ha hecho mucho más tarde de lo que pensaba, todo está a oscuras y no hace falta ser un genio

para saber que mamá y Evelyn duermen desde hace bastantes horas. Sigo helado después del chapuzón en el lago, así que, entro en mi antigua habitación para coger alguna de las viejas camisetas del armario y un pantalón de chándal. Me seco a conciencia con una toalla del baño antes de desvestirme de nuevo y cambiarme. Eve debe estar durmiendo en la cama con mamá. Me tiro sobre el sofá del comedor realmente cansado, fijo mis ojos en la oscuridad del salón sin poder borrar de mi mente el momento exacto en el que Summer, la misma Summer de trenzas que andaba siempre merodeando entorno a mi hermano, se ha abalanzado sobre mí para besarme, sin vacilar. Y yo que creía que se había largado al descubrir la mentira, no podía estar más equivocado.

A mamá le va a encantar descubrir que Summer y yo estamos juntos —o eso creo— de hecho me pregunto si no habrá sido ella la que ha propiciado todo esto desde el principio, desde su idea de sugerir a Summer como niñera; o incluso mucho antes, invitándola siempre a casa, siempre haciendo cosas juntas. Puede que a mamá le encante la noticia cuando la sepa, pero dudo mucho que al señor Cohen le parezca realmente tan buena idea.

Cuarta parte

Diciembre

Capítulo 30

Kelly

El ruido de unos cacharros me despierta del plácido sueño en el que disfrutaba hasta hace unos segundos. Tardo un par de minutos en recordar que duermo de lado en el sofá de mamá, y un par más en recordar la noche anterior, Summer, su beso improvisado y las frías aguas del lago. Algo toca mi cara, aunque no logro identificarlo con nada que conozca así que abro un ojo muy despacio y el rostro angelical de Evelyn aparece frente a mí como un sueño. Sonríe mientras mantiene el equilibrio sujeta al sofá muy próxima a mí. Mamá le ha recogido los mechones de la cara con dos pinzas pequeñas en forma de mariposa, que resaltan sobre su castaño pelo y su carita redondita.

—Evelyn —se va dibujando en mi rostro una sonrisa, alargó mis brazos para alcanzarla y la levanto hasta colocarla sobre mi estómago que cruje de hambre—. ¿Ya estáis despiertas?

La sostengo por la cintura por si intenta moverse y acaba cayendo al suelo, por ahora no ha sufrido ningún percance, ningún daño que tengamos que lamentar. Eve está entera, de una pieza, y parece una niña feliz a simple vista. Su mano comienza a toquetear una de las pinzas de su pelo y es que creo que no le hacen mucha gracia.

—Deja eso en su sitio, Eve —intento bajar su brazo—. Con lo guapa que te ha dejado la abuela.

—Papá —suelta de repente.

En mi rostro, sabiendo que mamá no anda cerca, se dibuja una sonrisa entusiasmado. No debo estar haciéndolo tan mal con ella si, después de todo, me llama papá.

—Así que papá, ¿eh? —Inclino mi cuerpo hacia delante para alcanzar con mis labios la tripita de Eve. Le hago unas cuantas pedorretas mientras ella no deja de reírse.

—Menudo par dos —la voz de mamá consigue que detenga el juego—. Anda, levanta de ahí y ven a desayunar algo.

Mis ojos la encuentran tras el sofá, observándonos a Eve y a mí, se ha recogido su melena rizada en una especie de coleta rebelde y por sus ojeras juraría que está cansada. Mamá coge en brazos a la pequeña facilitándome el

movimiento para poder levantarme del sofá, tal y como me ha pedido que hiciera.

—¿Estás bien mamá? —Me preocupa que pueda tener un episodio como el de la última vez.

—No es nada Jordan —le resta importancia.

Las dos chicas Brown avanzan hacia la cocina dándome la espalda, sé que mamá oculta algo, y algo que la tiene bastante preocupada porque siempre ha sabido esconder los problemas con bastante facilidad, solo los que la vuelven loca ocupan su cabeza día y noche, a todas horas. Camino tras ellas varios segundos después.

—¿Seguro que estás bien? —Insisto como buen hijo preocupado.

Entro en la cocina y todavía puedo percibir el olor a desayuno recién hecho. Tostadas. Café.

—Nosotras hace rato que hemos desayunado —ignora la pregunta que acabo de hacerle—. Pero queda café.

Esquivo su cuerpo para hacerme con la cafetera y una taza pequeña. Da igual cuanto pretenda evitar el tema, yo sé que algo le ocurre. Caliento el café mientras me restriego la cara con mis manos.

—Estoy muy cansado —murmuro.

—Eso es que llegaste muy tarde anoche —miro de reojo a mamá que coloca a Eve en su sillita, poco después ella también se sienta en una.

—Sí, siento no haberte avisado —le dije que pasaría a por Eve no más de media noche, aunque no contaba con todo lo que sucedió.

—Sabes que eso no me importa —apoya los codos en la mesa de la cocina y planta su mirada en mí. Oh oh, va a comenzar con su interrogatorio de preguntas—. ¿Fuiste con Summer?

—Mamá, ni que no lo hubieras visto desde la ventana del salón —pongo los ojos en blanco. El microondas suena y yo saco el café ardiendo del él.

—Bueno, pero dime ¿qué tal la noche? —No parará hasta obtener algún detalle.

—Eres una maruja —ocupo el asiento que queda frente a la pequeña de la casa.

—No soy una maruja Jordan, solo quiero saber si os divertisteis —arruga la frente indignada.

—Nos divertimos —respondo provocando el nerviosismo de mamá.

—Vale, no quieres contarme nada, lo entiendo —se da media vuelta para

poder contemplar a Eve.

—Fue especial —susurro intentando apaciguar su curiosidad.

—¿Especial? —Llamo toda su atención.

Sí, especial. Especial porque pasé una noche a solas con Summer. Especial porque pude desahogarme con alguien. Especial porque pude besarla y me gustó mucho más de lo que pensaba. Fijo mi vista en el café, en la cucharilla que remuevo dentro. Mamá es demasiado lista como para no olerse lo que ocurre.

Continúo recto en vez de girar a la derecha como debería, volver a casa y ducharme después de casi una hora corriendo. Hoy voy solo, no porque lo prefiera, pero Summer insistió en quedarse con Eve durante el rato que yo tardara en hacer los ejercicios hoy, estaba empeñada en llevarla al parque y a mí me pareció una buena idea. Hoy el día ha mejorado bastante respecto a los últimos días pasados, ya no cubre el cielo enormes nubes grises con amenaza de lluvia, ahora solo unas pocas tapan el sol de esta mañana de domingo. Ni siquiera hace frío, no el frío helado del mes de noviembre, es moderado, suave. Puedo ver a lo lejos, frente al lago, un pequeño parque infantil con varios niños en él, el sonido de las risas, de los padres hablando. En todo el tiempo que Evelyn está conmigo no la he llevado a un parque nunca, era demasiado pequeña como para jugar en él.

Meto las manos en el bolsillo central de la sudadera oscura poco después de bajarme la capucha. Entre la gente que hay solo dos personitas llaman mi atención, la hermosa Summer tras uno de los columpios y la pequeña y sonriente Eve sentada en él. Me voy acercando a ellas dos asombrado de encontrar a tanta gente siendo primeros de diciembre, en pleno invierno, aunque el día acompaña y algunos pajarillos cantan desde los árboles. Aparto mi vista de ellas unos escasos minutos, el tiempo que dedico a contemplar el inmenso lago que limita Mandeville por su lado oeste.

Evelyn hace más sonora su risa en el momento justo en que el columpio vuelve hacia atrás con Summer, es tan increíble presenciar las sensaciones de la pequeña cuando descubre algo nuevo. Me ve, pero está demasiado emocionada como para reaccionar, Summer sí lo hace dedicándome una bonita sonrisa.

—Hola chicas —detengo mis pasos a unos metros delante del columpio.

—¿Ya has acabado? —Summer no cesa en su trabajo de empujar débilmente a la pequeña.

—Ajá —no puedo apartar mis ojos de Eve, tan asombrada, tan feliz.

Summer detiene el asiento del columpio en movimiento y yo aprovecho para hacerme con la preciosidad que reclama con sonidos continuar. Ha cogido un par de kilos en estos meses, aunque aún sigue siendo un saquito no demasiado lleno.

—Te echa de menos cuando te vas —la chica que me besó junto al coche apoya el lateral de su cuerpo en el frío metal de color verde que forma parte de la estructura del columpio.

—Bueno yo también la echo de menos —algo que jamás pensé que podría ocurrirme dado el caso en el que Eve apareció en mi vida—. En realidad, a las dos.

Mis ojos se posan en ella mientras su mirada firme nos contempla a ambos. No sé por qué decidió participar en esta absurda locura, pero me alegro de que lo hiciera. Quien me habría dicho hace un par de años que estaría aquí, con un bebé que nos es mío entre mis brazos, entrenándome para poli y embobado con la chica más increíble de Mandeville, Summer.

Avanzo hacia ella sin vacilaciones, y ella me espera con la cabeza en alto y una sonrisa casi tan larga y grande como la de mamá. Detengo mis pasos a escasos metros de ella, puedo percibir su colonia, dulce, fresca. Maldita sea Jordan, ¿cuándo te enamoraste de ella?

—¿Intentas intimidarme? —pregunta ella sin mover una sola pestaña.

—No, solo contemplo lo guapa que eres —aunque hasta hace poco ni siquiera me había fijado en ello.

En esos ojos oscuros, profundos y rasgados; en sus largas pestañas tras las gafas negras que siempre ha llevado con ella. Su nariz redonda y pequeña — muy parecida a la de Evelyn— esos labios que me muero de ganas de volver a besar. ¿Pero qué narices me pasa?

—Todo un conquistador —bromea ella entre dientes—. Anda vamos.

Sin previo aviso Summer me arrebató a la pequeña de entre los brazos alejándose con ella de mí hacia el carro a unos cuantos pasos de distancia de nosotros. Eve rechista un poco cuando ella la coloca en él y la ata bien, pero no tiene más opción que aguantarse. Summer coloca todo preparada para marcharse del parque infantil donde todavía unos cuantos niños juegan por todas partes, dentro de unos años también Evelyn jugará con todos ellos.

Agarro el brazo de Summer antes de que continúe, me niego a no llevarme el beso que tanto quiero. Ella me observa extrañada, sin saber muy

bien qué es lo que está a punto de ocurrir. Voy arrimando mi cuerpo al suyo hasta que nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir el aire que expulsa su nariz chocar contra mi cara.

—¿No creerás que voy a dejarte marchar sin mi beso? —susurro.

—¿Tu beso? —Sonríe ella.

—Por supuesto, ahora son míos —quiero que eso quede bastante claro, lejos de mal entendidos futuros.

—¿También los tuyos son míos? —Cambia la expresión de su rostro.

—Claro —respondo muy bajo.

Y me abalanzo hacia ellos, como marinero que llega a puerto después de meses sin pisar tierra. No pienso compartirlos con nadie más, ahora ya no. Echo hacia atrás mi cabeza unos segundos después, espero que no se arrepienta de lo que sucedió hace unos cuantos días. Yo no me arrepiento de nada.

—Creí que ya no querrías saber nada de mí —deja escapar una sonrisita burlona.

—¿Quieres salir a cenar conmigo esta noche? —susurro muy cerca de su rostro.

—¿Un cita? —Alza su cabeza lo suficiente como para mirarme directamente.

—Una cita —confirmo—. ¿Qué dices Summer? ¿Saldrías conmigo esta noche?

Capítulo 31

La llevo a Nueva Orleans para cenar en uno de los restaurantes del Barrio Francés, ella no lo sabe y sé que se muere de ganas por descubrirlo, pero tendrá que esperar. La música suena en la radio del coche mientras Summer contempla por la ventanilla el exterior. Se ha puesto un vaquero negro muy ceñido y una provocativa blusa con escote que me ha dejado sin aliento nada más verla, Summer no suele llevar escotes tan pronunciados nunca, jamás, aunque los luce sin nada que envidiar.

—Me encanta este grupo —rompe el silencio.

—¿Cómo dices? —Vuelvo a prestarle toda mi atención.

—La canción —aparta su mirada de la ventana para mirarme a mí—. Edens Edge, uno de mis grupos favoritos.

—No suena mal —decido prestar mi atención a la canción que suena para poder reconocerla—. No los había escuchado antes.

—Son muy buenos —sonríe débilmente poco antes de volver a girar su rostro—. Jordan, ¿vas a decirme a dónde vamos?

—Entonces dejará de ser una sorpresa —mantengo la incertidumbre.

—¡Venga ya! —Vuelve a mirarme—. ¿Crees que no sé que nos dirigimos a Nueva Orleans?

—Ya imaginé que lo averiguarías —bromeo—. Solo te llevo a cenar.

—Vale —se da por vencida.

Encuentro un sitio y aparco después de varios minutos dando vueltas por todas partes. La ciudad está iluminada, adornada por todas partes a causa de las fechas en las que nos encontramos. Aún quedan unos cuantos días para que llegue realmente Navidad pero eso no parece haberles importado y la ciudad ya luce su cara más navideña. Lo cierto es que es bonito. Ambos bajamos del coche y ambos comenzamos a movernos hacia delante dejando el vehículo a nuestra espalda. Frente al aparcamiento un pequeño jardín rodeando una plaza y en medio, presidiéndola, una fuente. Las guirnaldas de colores se enroscan en las farolas.

—Siempre me gustó la Navidad —Summer no puede borrar de su rostro esa expresión de niña emocionada.

Sonrío agarrando su mano con delicadeza, entrelazando mis dedos con los

suyos mientras ella lo contempla todo.

—Vamos, tengo hambre —bajo el tono de mi voz.

Summer asiente y juntos caminamos por la calle iluminada y decorada. Imagino que ella estará harta de venir a Nueva Orleans cada día, pero en su comportamiento, en sus expresiones faciales es como si pisara una nueva ciudad por primera vez. Otra de las cosas que me fascinan de ella, sin duda. Giramos hacia la izquierda para adentrarnos en el Barrio Francés, el lugar más emblemático de Nueva Orleans, el más turístico. Muchas personas caminan por la calle mientras los negocios se mantienen abiertos. Un par de minutos después logro ver, a unos metros de distancia de nosotros, en la otra acera, el restaurante. Tiro de Summer conduciéndola hacia el lugar. Soy yo el que se encarga de abrir y sostener la pesada puerta permitiéndole el paso a mi acompañante. Ni siquiera recuerdo haber tenido una cita de verdad en toda mi vida. Ella entra y yo suelto del todo la puerta tras de mí. No había estado jamás en este lugar, sabía lo que Oscar me había contado alguna vez, pero nunca había puesto un pie dentro antes de esta noche. Los dos nos quedamos paralizados en el vestíbulo contemplándolo todo. El sitio tiene forma cuadrada, con un patio enorme al aire libre en el centro del restaurante, rodeado por columnas decoradas por pequeñas lucecitas que giran cada una de ellas. Varias mesas se reparten por la zona cubierta y unas pocas ocupan el espacio del centro bajo la luz de las estrellas. Un grupo reducido de músicos toca música lenta junto a uno de los pilares, puedo ver una cantante, una guitarra, un saxofonista, un violín y algún otro instrumento junto a ellos. No tengo ni idea de qué canción es la que tocan. Coloco mi mano en la espalda de Summer.

—Buenas noches, ¿mesa para dos? —Una chica de pelo claro recogido en una coleta nos atiende.

—Sí —contesto.

—Sígueme —sonríe y se da la vuelta conduciéndonos hacia una de las mesas de la terraza interior.

Caminamos tras ella hasta detenernos en una de las mesas redondas con dos sillas, una frente a la otra. Ya hay gente cenando y charlando por todo el restaurante. Me siento sin dejar de contemplar el magnífico lugar. La cantante sigue interpretando la misma canción que cantaba cuando hemos entrado.

—Este sitio es genial Jordan —Summer no deja de mirar de un lado hacia otro, asombrada—. ¿Habías estado antes aquí?

—No, nunca —contemplo a una de las parejas que cenan a un par de mesas de donde nos encontramos sentados esperando la vuelta de la camarera que nos ha conducido hasta aquí.

La chica reaparece con un par de cartas en las manos, le da una a Summer y otra a mí. La abro y hay montones de cosas para pedir, pero finalmente ambos nos ponemos de acuerdo pidiendo lo mismo. Poco después nos sirven los platos, me muero de hambre y todo tiene una pinta increíble.

—No hacía falta venir a un sitio tan elegante —dice Summer entre bocado y bocado.

—Ya bueno... —bebo vino de mi copa—. ¿No te gusta?

—No es eso Jordan, me encanta este sitio —deja los cubiertos en la mesa—. Pero me hubiera conformado con una hamburguesa contigo.

Sonrío sin poder ocultar mi asombro. Sabe quién soy, sabe lo que puedo y no puedo darle y aún así sigue aquí conmigo.

—¿Quieres la verdad? —Acerco unos centímetros mi rostro hacia el de ella.

—Siempre —responde extrañada.

—Jamás en mi vida he tenido una cita —confieso entre dientes.

—¿Nunca? —Su extrañeza se convierte en asombro de repente—. Pero si eres Jordan Brown, el seductor. —Bromea con su copa en la mano.

—¿Te burlas de mí? —Mojo mis labios mientras sigo el juego.

—¿Cómo es posible? —Deja la copa en su sitio de nuevo.

—Nunca he buscado una relación —fijo mis ojos en el trozo de carne que aún queda en mi plato.

—¿Con ninguna? —Sigue preguntando intrigada.

—Ninguna era como tú —se escapa de mis labios.

No miento. No voy a mentirle nunca más. ¿Que si he estado con otras chicas? Montones de ellas, pero con ninguna de ellas quise salir a cenar una noche a un restaurante elegante. La miro y ha vuelto a sonrojarse sutilmente.

—¿Así que soy la primera? —murmura apartando su cabello de la cara.

—Por irónico que pueda resultar, sí, lo eres —respondo con seguridad.

Seguimos comiendo un poco más, Summer es la primera en desistir, pero yo vacío los platos sin vacilar. Debería mirar el teléfono móvil para asegurarme que todo sigue bien. Mamá. Evelyn. Saco el móvil del bolsillo de mi chaqueta pero no tengo ningún mensaje, ninguna llamada. La camarera aparece de improvisto retirando algunos de los platos vacíos que hay sobre la

mesa.

—Puedes llamar a tu madre si quieres —la oigo mientras vuelvo a bloquear el móvil.

—No, todo está bien —no quiero que Eve vuelva a ser el centro de la conversación en una noche como esta. Quiero a esa niña más que nada en este mundo, pero hoy solo es Summer, Summer y yo.

—De verdad Jordan no pasa nada, puedes llamar —insiste.

—Lo sé, pero si lo hago mamá dirá que estoy paranoico —también creará que no confío en ella para cuidar a Eve y eso es absurdo, yo, el tipo menos indicado de la Tierra para cuidar de un bebé.

—Como quieras —desiste ella.

Un par de minutos después muchos de los comensales que nos acompañaban a lo largo de la cena ya se han marchado, solo unos pocos resistimos a salir de allí. Yo he perdido la cuenta del tiempo que llevamos Summer y yo charlando mientras terminamos la botella de vino. Parece relajada, a gusto, y no deja de contarme anécdotas de su día, de sus compañeros de carrera, de las clases... y yo escucho atento mientras quedo fascinado. Hace unos minutos que la cantante ha comenzado a interpretar canciones con cierto toque sentimental y romántico y supongo que se debe a la hora que es, quizás en parte también a las parejas que quedamos en el local.

—¿Quieres bailar? —pregunta mi acompañante de repente.

Summer se limpia los labios con la servilleta poco antes de alzarse de la silla mucho antes de que pueda responderle. Antes de ella yo no bailaba. Me levanto también yo de la silla sin poder escapar de su proposición y juntos esquivamos algunas de las mesas vacías hasta detenernos frente a la banda de música, otra pareja más baila acaramelada a unos metros de distancia. Summer rodea mi cuello con sus manos sin vacilar y mis brazos rodean su cintura atrayéndola hacia mí hasta que nuestros cuerpos colisionan. Comenzamos a movernos al ritmo de la música que suena por todo el restaurante, por suerte solo tengo que moverme lentamente de un lado hacia otro.

—¿Tu madre lo sabe? —pregunta la preciosa chica que se mueve conmigo.

—Aún no —respondo con sinceridad.

—¿Tienes miedo de contarle que salías conmigo esta noche? —Sonríe.

—Temo un *ya lo sabía* o un *te lo dije* —aclaró.

—¿Tu madre te dijo que esto acabaría pasando? —Unas pequeñas arrugas marcan su frente.

—No exactamente —aparto mis ojos de ella. Creo que mamá lo esperaba de algún modo. Tanto tiempo juntos últimamente.

—Se lo diremos juntos —no parece molesta por descubrir que mantengo en secreto lo nuestro por ahora.

La contemplo en silencio un par de segundos. ¿Cómo narices he dejado qué pasara? Pero soy feliz cuando estoy con ella, es algo que no puedo controlar sin más.

—Eres una chica muy especial Summer —susurro.

Quizás esa parte especial que forma parte de ella la confundiera antes con rareza, porque éramos unos críos y yo, especialmente, un crío bastante idiota. Summer arrima su cabeza a la mía hasta que su frente roza mi nariz. Cierro los ojos unos segundos, momento en que Summer aprovecha para despegar su rostro del mío y besar mis labios.

—Vamos a dar una vuelta —murmura muy despacio después de besarme.

—Sí —asiento aceptando su proposición.

Capítulo 32

Paseamos de la mano como una de esas parejas enamoradas. No somos los únicos que resistimos a marcharnos, a pesar del frío, a pesar de la hora que es. Summer se abriga con fuerza sin soltar mi mano.

—¿Tienes frío? —Le echo una mirada fugaz.

—No mucho —responde ella.

Suelto su mano para poder alzar el brazo a la altura de su hombro contrario y colocar mi mano en él apretando su cuerpo contra el mío intentado darle calor.

—Quizás deberíamos irnos si tienes frío —de hecho había pensado seguir la cita en mi casa, más tranquilos, resguardados del frío.

—Estoy bien —responde ella—. Hasta el final de la calle y regresamos.

—Como quieras —no tengo ninguna prisa.

—¿Qué tal en el taller? —pregunta ella.

—No es un trabajo que me apasione, pero bien —respondo sin demasiada ilusión.

—¿Por eso querías buscar otro trabajo? —Su curiosidad me recuerda a la curiosidad que Eve muestra por todo últimamente.

—Así es, en parte —mis ojos se desvían hacia la otra acera, por donde un grupo de chicas jóvenes disfrazadas llaman la atención montando jaleo mientras avanzan en dirección contraria.

—¿Tampoco le has dicho a Kelly lo de ser Policía? —pregunta aunque sabe perfectamente la respuesta.

—No —quería estar seguro de ello antes—. Hay muchas cosas que no le he dicho a mi madre.

Y ella las sabe todas. Todas las mentiras o verdades a medias que no he dicho en este tiempo.

—Estás pensando en tu hermano ¿verdad? —Me mira de esa manera, sabiendo lo que ocupa mi mente—. Puedo llamarlo, hablar con él si quieres.

—No quiero —respondo con rotundidad—. Gracias Summer, pero hace varios meses que no sé nada de él. No ha querido llamar en todo este tiempo y yo no quiero saber nada de él por ahora.

—Tienes miedo de que se pueda arrepentir —susurra.

Detengo mis pasos casi de inmediato. Claro que tengo miedo. Hace cuatro meses que no sé nada de él, cuatro largos y difíciles meses en que me he tenido que ocupar de Evelyn, en los que he tenido que mentir a Summer, a mamá. Summer se coloca frente a mí.

—Todo esto es complicado —la situación más delicada a la que nunca me he tenido que enfrentar.

—Jordan —me llama—. Jordan mírame. —Reclama.

—¿Qué?

—Pase lo que pase ya eres una de las personas más importantes de su vida —no duda en decirlo.

—No volverá a por ella —esa fue la amenaza y eso es lo que he creído todo este tiempo.

—Aún no sé cómo has podido ocultar algo así todo este tiempo — Summer vuelve arrugar su frente—. Sin que tu madre se dé cuenta, sin que yo me dé cuenta.

—Lo sospechaste —miro la calle—. Y mi madre ya está comenzando a extrañarse con el asunto, solo es cuestión de tiempo.

Summer coloca su fría mano sobre mi mejilla. Sé que solamente pretende mostrarme su completo apoyo de algún modo. Y puedo sentirlo.

—Deberías contarle la verdad —confiesa—. Jordan no ha sido culpa tuya, nada de esto ha sucedido porque tú lo hayas querido. Eres una de las mejores personas que conozco, con lo que haces, lo que has hecho por esa pequeña. Sé que tu madre piensa lo mismo que yo, que entenderá la mentira.

—¿Y si no lo hace? —Trago saliva.

Summer acaricia dulcemente mi mejilla y yo cierro los ojos para poder sentir con mayor intensidad su palma de la mano en mi rostro.

—¿Qué es lo que realmente temes Jordan? —Es demasiado lista como para no descubrir que tras todo eso hay algo que me reconcome.

Vuelvo a abrir los ojos para poder verla. Tiene razón, hay algo más que me aterra de todo este asunto del bebé. No es la mentira que oculto, ni la reacción de mamá cuando la descubra. No.

—Sé lo que dirá mamá —susurro.

—¿Lo qué dirá tu madre? ¿A qué te refieres? —Frunce el ceño.

—Ella lo llamará, él vendrá y... —callo.

—¿Y? —pregunta impaciente.

—Y lo convencerá de que Eve debe estar con su padre —es la primera

vez que lo reconozco.

—Que se marche —repite con muchas menos palabras.

—Que se marche —me doy la vuelta dándole la espalda.

Noto las manos de Summer por mi espalda ascendiendo hacia mis hombros. Sé que el plan era sencillo, cuidar de Evelyn un tiempo y dársela a mamá después para que se hiciera cargo, pero esa idea ya no me gusta tanto.

—Voy a estar contigo —dice al cabo de unos segundos de silencio.

Miro por encima de mi hombro para encontrarla ahí. Se supone que esta noche iba a ser una noche especial, nada de bebés ni dramas, pero no he podido evitar el tema tal y como tenía pensado hacer desde un primer momento.

—¿No tienes miedo de que pueda hacerte daño? —Me giro lentamente.

—¿Es que piensas hacérmelo? —Se escapa de su boca una media sonrisa.

—No —mis ojos se desvían hacia sus labios durante un breve tiempo.

—Bien, porque yo tampoco —responde burlona.

Una sonrisa sale despedida de mí poco antes de volver a rodearla con mis brazos. No sé cómo ser un novio, cómo ser el novio de Summer, pero iré averiguándolo con el tiempo. Tampoco tenía ni idea de cómo cuidar a Eve y cuatro meses después no sabría vivir sin ella, así que, supongo que esto es lo mismo.

—¿Quieres venir a casa? —Me atrevo a preguntar.

—¿A tu casa? —pregunta ella.

—Podríamos ir a la tuya pero creo que tu padre me echaría de ella apuntándome con el rifle —bromeo.

—No seas malo —me pide sin poder borrar su media sonrisa—. Para mi padre eres el chico que robó los *gnomos* de su jardín y se los devolvió en pedazos.

—Ya —aparto la mirada de ella unos segundos—. Aunque no te lo creas no fue idea mía.

—Ahora me dirás que fue de Dani ¿no? —Alza las cejas astuta.

—No colaría ¿verdad? —Arrimo su cuerpo lentamente al mío.

—Para nada —susurra.

Voy aproximándome a su rostro muy despacio hasta que logro darle un pequeño beso en los labios sin que ella se resista.

—¿Entonces? —murmuro aún muy cerca de su cara.

—¿Entonces qué? —Ella también mantiene un tono de voz bajo.

—¿Te vienes a casa? —Vuelvo a preguntar.

Ella deja de mirarme fijamente y puedo notarla incómoda de nuevo. Sus mofletes no se han teñido de rosa, pero es evidente que intenta decirme algo con lo que no se siente tan cómoda.

—No quiero ir tan deprisa —suelta débilmente.

—¿Ir a mi casa es ir deprisa? —bromeo, aunque sé perfectamente a qué se refiere—. Has estado allí un millón de veces.

—Jordan —vuelve a mirarme.

En cualquier momento comenzará a esquivar mi mirada mientras evita que sus mejillas se sonrojen demasiado. Quizás nunca haya estado con ningún chico. Quizás sea yo, que la intimido de algún modo.

—Podemos tomarnos algo —intervengo—. Después te llevaré a casa.

—¿De verdad? —Parece sorprendida con mi reacción.

—Claro, jamás te obligaría a hacer nada que no quieras hacer —no lo he hecho nunca y no voy hacerlo con ella, con la primera chica que me importa de verdad.

—Eres un buen chico, Jordan —murmura.

—Creo que me estoy haciendo bueno —añado—. Que Eve me ha hecho mejor.

Summer acerca sus labios a los míos para besarlos. Caminamos por la calle en dirección contraria, rumbo al coche, nuevamente cogidos de la mano. Al menos he podido convencerla para que hagamos una primera parada en mi apartamento antes de llevarla —sana y salva— a su casa. Voy a tener que aprender rápido con ella, pero no me importa hacerlo. Que quiera estar conmigo ya es un punto enorme a mi favor. El aire se detiene de golpe.

Capítulo 33

Esperamos impacientes en el cruce de Marigny Street con America Street, donde habitualmente el desfile suele detener el ritmo acelerado desde su salida en la Avenida Lakeshore. Los árboles y la cantidad de gente que nos rodea consigue mantenernos calientes, aunque hace un par de días que el frío helado de principios de diciembre desapareció de repente, sin más, para regresar a la temperatura habitual de los inviernos en Mandeville. Sobre mis hombros Evelyn contempla las luces, los colores y los disfraces; a mi izquierda Summer coloca su mano en la espalda de la pequeña desconfiada, unos pasos más allá mamá, tan emocionada como siempre por el desfile navideño. Aunque aún queda una semana para Navidad aquí en Mandeville se celebra el pasacalles más largo y colorido del año, un desfile pre-navideño al que acuden la gran mayoría de vecinos a verlo y a seguirlo. Y aquí estoy yo, después de años sin presenciarlo, este año no he podido librarme de él.

La carroza de los elfos se aproxima rápidamente, repartiendo caramelos a todo los niños que ocupan las primeras filas del desfile. Varios tíos vestidos de una manera muy ridícula caminan junto a la carroza, a penas logro verlos a causa de la gente, aunque Eve no pierde detalle de nada. Recuerdo cuando era un crío y me colaba entre la gente para poder ponerme delante, siempre pendiente de Dani que solía quedarse rezagado y al que acababa sacando de la aglomeración de personas estirando de él con fuerza. Y mamá, atacada de los nervios cada vez que nos perdía de vista. Echo un vistazo a mi espalda y ahí está, como hace más de diez años, todavía alerta.

—¿Qué miras? —pregunta Summer curiosa.

—A mi madre —respondo sonriente—. Le he dado un montón de sustos en su vida.

—También Eve te los dará a ti —susurra muy cerca de mi oído, después planta uno de sus besos en mi mejilla teniéndose que poner de puntillas para alcanzarme.

Summer devuelve su vista al frente, aunque dudo que logre ver algo, ni yo consigo ver nada con claridad. Solo espero que no sean muchas carrozas, aunque no tendré tanta suerte. Mamá se mueve hacia nosotros, acercándose a mi chica de ojos oscuros, intuyo que mamá ya se ha dado cuenta que algo

ocurre entre nosotros dos de aquí a un tiempo, aún no se lo he dicho, aunque no tengo intención de convertirlo en otro secreto más.

La banda del Instituto de Mandeville sigue a las carrozas muy de cerca, dando el toque musical al desfile —como todos los años— como el año en que Summer acabó saliendo con su clarinete. Ni siquiera sé por qué recuerdo cosas como esas, de niño nunca la soporté. La contemplo en silencio, con cierto disimulo, y sin duda los años han pasado para todos.

—¿Aún guardas el clarinete? —Inclino un poco mi cuerpo para acercar mi cara a ella, sin soltar las cortas piernas de Eve.

—Sí, para tu información sí —responde con la frente arrugada—. ¿Cómo puedes acordarte de eso?

—¡Yo que sé! Será que me impactó —me burlo descaradamente. Summer pellizca mi brazo como puede pero con fuerza—. ¡Auch!

—Eso te pasa por burlón —añade victoriosa.

—Anda dame al bicho —interviene mamá de repente—. Ya estarás cansado de llevarla a cuestras toda la tarde.

—Pero si no pesa —agarro a Eve de la cintura para poder alzarla y bajarla por la parte de delante. Evelyn sonríe creyendo que voy a jugar con ella.

—Aún así —mamá abre los brazos para cogerla, es evidente que solo le apetece achucharla como buena abuela.

Muevo el cuello de un lado hacia otro, es verdad que no pesa demasiado, pero después de casi una hora mis hombros se han resentido. Mamá se coloca justo delante de nosotros con Eve en brazos y aprovecho el despiste de ella para rodear con mi brazo la cintura de Summer por detrás y pegarla a mí con fuerza para poder besarla. La primera reacción de la sorprendida chica de gafas negras es dejarse llevar, segundos después echar la cabeza hacia atrás y dibujar una diminuta sonrisa que se esfuerza en ocultar. Muevo las cejas de arriba abajo y la suelto para volver a la postura en la que estaba hace unos minutos. Fijo mis ojos en el desfile que continúa. Los dedos de Summer se entrelazan entre los míos, sin dejar de moverse, apretando con suavidad mi mano. No puedo creerme que, a pesar de tener que ocuparme de un bebé que no es mío, de haber acabado con Summer y de que nada de esto hubiera podido estar jamás en unos posibles planes futuros, pueda sentir algo parecido a la felicidad.

Paseamos hacia el McDonald's sin prisas, mamá empuja el carro de Evelyn por la calle sin que la niña diga absolutamente nada, Summer camina

a su lado con las manos dentro de los bolsillos de su abrigo y yo junto a ella. Mamá ha estado muy callada durante toda la tarde, sé que algo ocupa su mente desde hace un par de días, aunque puede que se trate de su enfermedad, un brote que intenta ocultarnos. Algunos otros también caminan en la misma dirección que nosotros.

—¿Ocurre algo mamá? —Me atrevo a preguntar.

—¿Por qué preguntas Jordan? No pasa nada —una sonrisa se dibuja en su cara.

—Como has estado tan callada... —la conozco bien, sé que hay algo.

—Eso es cierto Kelly —Summer me da la razón.

—¿Y vosotros? —pregunta ella sin antes darnos una respuesta.

—¿Nosotros qué? —Intento sonar con naturalidad.

Mamá nos mira a ambos y los mofletes de Summer vuelven a teñirse de un color rosado muy gracioso. Era inevitable que mamá no captara alguno de los comentarios, alguno de los gestos que hemos estado repitiendo a lo largo de la tarde.

—¿No vais a contarme que os pasa a vosotros dos? —Es más un intento de conseguir una confirmación que una pregunta que necesite respuesta.

—¿Qué quieres saber? ¿Si estamos juntos? —Paso de andarme con rodeos.

Summer me lanza una fulminante mirada que no comprendo, siempre han sido buenas amigas, siempre en casa con mamá... y ahora le avergüenza decirle que hemos acabado juntos. Mamá sonrío como si hubiera conseguido una gran y aplastante victoria.

—¿Lo estáis? —Sus ojos se clavan en la chica de rosados mofletes.

—Sí —respondo yo por ella—. ¿Te parece bien? —pregunto sabiendo la respuesta de antemano.

—Queríamos esperar para contártelo —suelta al fin Summer apurada.

—¿Por qué? Me parece una noticia estupenda —mamá acaricia el hombro de Summer en forma de aprobación.

Claro que le parece una noticia estupenda ¿Cómo no va a parecérselo cuando fue ella la que propició todo esto? Que ingenuo fui y cuanto me alegre ahora mismo de haberlo sido. Sonrío a causa de la situación. Giramos la calle y ya podemos ver a unos cuantos metros de distancia el restaurante de comida rápida, un edificio bastante pequeño de color granate con la fachada delantera de color blanco y las letras McDonald's en grande de color blanco

sobre una enorme repisa gris. Sostengo la puerta dejando pasar a las tres chicas de mi vida, siendo Summer la última. Entro yo también y suelto la puerta.

—¿Estás loco? —Estira de mí hacia ella, murmurando entre dientes—. ¿Así es cómo querías decírselo a tu madre?

—Summer no es ningún secreto —no entiendo cuál es el problema—. ¿Acaso preferías ocultárselo?

—No —responde enfadada—. Pero tampoco quería que se enterara así.

—Summer —me acerco a ella—. Te aseguro que mi madre ya lo sabía desde hace mucho tiempo.

Le doy un beso en los labios antes de continuar hacia dentro siguiendo a mamá y al carro. Me muero de hambre. Pienso pedirme el menú grande. Para la pequeña saltamontes de ojos azules el *happy meal* que por supuesto no se comerá más que las patatas y el pan, pero por eso le he dado una buena merienda.

Nos sentamos en un rincón del local sacando a Eve del carro y colocándola mamá a su lado. Summer sigue algo incómoda, pero necesito que comprenda que no tiene por qué estarlo, todo está bien. Empiezo por las patatas, en realidad lo primero que hago es desenvolver el muñeco que viene en la caja de Eve y que no deja de pedir con quejidos.

—Ya voy Eve, no seas impaciente —mi torpeza me hace ser más lento de lo normal y no consigo romper el plástico que envuelve el regalo.

—Aún guardo los muñecos tuyos —dice mamá con ternura.

—¿Guardabas los muñecos de McDonald's? —Suena a burla.

—Sí Summer, aquí el niño tenía una caja repleta —le sigue el rollo mamá.

—Exacto, Jordan el niño —al fin rompo el plástico y logro sacar una especie de muñeca feísima y gordita—. Solo era un crío.

—Un crío adorable —añade mamá.

—Eso no es verdad —hago memoria de algunas de las trastadas que hice en aquellos años—. Era un niño muy malo.

—No, eras travieso, como todo niño pero con un corazón enorme —la ñoña de mi madre como siempre, solamente viendo lo bueno que hay en mí y multiplicándolo por mil.

—Aún sigue teniéndolo —murmura Summer creyendo que ninguno la escucharemos. No sucede así. Mamá dibuja esa expresión en su rostro de amor infinito y ahora soy yo el que se siente un poco avergonzado—. Bueno,

quiero decir que... yo me refería a... a Eve, solo hay que ver como la cuidas.

Summer intenta salir del paso, pero no tengo ninguna gana de comenzar esa conversación de nuevo. Agarro la hamburguesa para morderla con fuerza ocupando mi boca en otra cosa, asegurándome de que no puedo hablar. Se precede unos minutos de silencio incómodo. Desvío mi mirada hacia Eve, la que sin duda es ahora mismo, la mejor compañía posible. Mamá aún no ha preguntado por Dani ni Alison en lo que llevamos de tarde, pero no creo que tarde demasiado en hacerlo. Mastico. Trago. Muerdo de nuevo.

Capítulo 34

Evelyn guarrea con la comida mientras juega con la muñeca fea. Yo he acabado con mi hamburguesa en un visto y no visto, pero mamá sigue con la suya como si le costara un esfuerzo descomunal acabar con ella; y Summer, ella ha detenido su cena para ir a saludar a una chica hace un par de minutos. Sé que iba al instituto con nosotros, pero no recuerdo su nombre, de hecho ni siquiera creo haberlo sabido alguna vez.

—No le hagas daño Jordan —suplica mamá.

—¿Qué? —Sigo jugando con Eve y el muñeco.

—A Summer —desvía sus ojos de nosotros dos para observarla a ella, junto a la puerta del local.

—No voy hacerle daño —no tengo ninguna intención—. Me gusta de verdad mamá.

Creo que es la conversación más extraña que he tenido con mi madre, jamás en la vida he hablado con ella de chicas, ni cuando solamente era un adolescente hormonado, ni después. Aunque también es cierto que jamás he tenido una relación seria con ninguna de las chicas con las que he estado alguna vez. Mamá quiere a Summer, no es ningún secreto, por ello es comprensible que me advierta.

—Bien —coloca su mano sobre la cabeza de Eve.

De pronto su rostro se torna nuevamente serio, reflexivo, debe haber vuelto a su mente lo que desde hace días la perturba aunque desconozco que es.

—¿Y tú? ¿Vas a contarme que te pasa a ti? —Insisto.

—Hablé con Dani —sus ojos se clavan en los míos.

Mi respiración se corta, al igual que mis movimientos. Ya tardaba en salir y no me gusta nada descubrir que ha hablado por teléfono con él sin que previamente ninguno de los dos haya acordado una misma versión. Lo ha descubierto, debe saberlo todo y de ahí su extraño estado emocional de estos días. Joder.

—¿Y qué te ha dicho? —Intento mantener la calma volviendo a lo que estaba haciendo hace un momento. Jugar con Evelyn.

—Es que no lo entiendo Jordan —suena indignada.

—¿El qué? —Por supuesto me mantengo sereno, en mi versión de los hechos.

—Alison y él han roto —lo suelta con frialdad.

No sé muy bien qué decir. ¿Debería sorprenderme? ¿Debería reconocer la verdad? Que lo sé todo, absolutamente todo. Que participé en la mentira desde el principio. Comienzan a sudarme las manos.

—Vaya —es la única estupidez que se me ocurre.

—Pero no entiendo por qué no me lo ha dicho antes, por qué no me contó que estaban mal —mamá sigue en su papel de madre ofendida.

—¿Cuándo? —Suelto en voz alta.

—¿Cuándo qué Jordan? —Frunce el entrecejo.

—¿Cuándo ha pasado? —Joder Jordan cállate, pareces idiota.

—Hace unas semanas —por la expresión de su rostro y su actitud hacia mí debe seguir sin saber nada—. Dice que por eso le ha sido tan difícil contactar conmigo. Estaban pasando una mala temporada.

¿Una mala temporada? ¡Será capullo! Mira que es mi hermano, pero a veces...

—Se arreglará —intento consolarla.

—Le he preguntado cuándo tiene pensado venir a recoger a su hija —de nuevo utiliza un tono de voz que muestra indignación.

—¿A sí? —Aprieto los dientes.

—Dice que aún no lo sabe, ni siquiera me ha asegurado que vaya a poder venir para Navidad ¡Para Navidad, puedes creértelo! —Ocupa su atención en la pequeña Brown—. No sé qué le ocurre a tu hermano.

—Ni yo —ni yo.

—Esta preciosidad creciendo aquí día tras día y él allí —mamá vuelve acariciar la cabeza castaña de Eve—. Y ahora lo de Alison.

—No te preocupes mamá, todo se solucionará —al menos eso espero, de hecho traérmela a Luisiana conmigo me pareció mucho más que una solución al problema. Ni que este bombón fuera un problema.

Summer regresa con nosotros en el mejor momento posible. Ocupa el asiento donde estaba antes de irse.

—¿Sucede algo? —Alterna su mirada entre nosotros.

—Nada —respondo esquivando el tema.

—¿De qué conoces a esa chica Summer? —pregunta mamá.

—Del instituto —responde ella amablemente.

—¿Y cómo llevas las clases? —Desiste, abandonando lo que le queda de hamburguesa sobre la bandeja.

—Bien, preparando exámenes —es una chica brillante, ayudándome con Eve, cuidando a mamá y en la universidad—. Y tú Jordan ¿Qué tal el entrenamiento?

—¿Qué entrenamiento? —Frunce el ceño mamá.

Todavía no he sacado tiempo para contarle mi absurda y alocada idea — en realidad la absurda y alocada idea de Summer— intentar hacerme policía.

—Jordan se entrena para ser poli —responde Summer en mi lugar.

—¿Cómo? ¿Por qué no me habías dicho nada? —Se sorprende mamá.

—Antes tendría que ingresar en la Academia —intento calmar la euforia de ambas.

—Lo harás —dice confiada mi chica.

—Esto es increíble —murmura mamá.

—¿El qué Kelly? —pregunta curiosa Summer.

—Primero se hace cargo de su sobrina y después... después policía —suena incrédula.

Las dos chicas se echan a reír al unísono, tan compenetradas que me da miedo. Seguro que todo esto se ha tratado de un plan previo que las dos han orquestado mucho antes de que yo me percatara de nada.

—¿No decías que debía sentar la cabeza? —Me acerco a Evelyn para poder cogerla por la cintura y colocarla en mi regazo.

—Y no sabes lo feliz que me hace saber que lo estás haciendo —contiene la risa unos segundos—. Será mejor que nos vayamos ya, Evelyn se dormirá en el trayecto.

Echo un vistazo a la pequeña y mamá tiene razón, comienza a bostezar y eso es el signo más claro y evidente de que en un par de minutos Evelyn Brown caerá rendida. Los viajes en coche suelen adormecerla. Salimos del McDonald's poniendo rumbo a casa de mamá, donde aparqué el coche antes de irnos andando hasta el desfile. Mamá se despide de la bella durmiente que descansa en el carro poco antes de subir las escaleras hacia su apartamento. Summer aguarda.

—Vente a casa —sale despedido de mi boca.

—¿Ahora? Es muy tarde Jordan —echa un vistazo a su casa, frente al apartamento de mamá.

—Sí, podemos tomarnos unas cervezas —es demasiado evidente que

solamente pretendo quedarme a solas con ella de nuevo.

Espero unos segundos más aquí de pie junto al carro donde Evelyn sueña con angelitos desde hace un rato. No creo que sea consciente de las ganas que tengo de que acepte mi petición. Sé que acepté la idea de ir despacio, y bien debería saber que lo intento con todas mis fuerzas.

—De acuerdo —acepta.

Dejo a Evelyn muy lentamente dentro de su cuna, la misma que fue mi cuna hace miles de años y la de Dani después. Me gusta contemplarla cuando duerme porque parece feliz y viva, después de todo. Regreso a la cocina donde Summer espera junto a un botellín de cerveza mirando la estantería con algunos de los viejos libros que Oscar se dejó y algún otro que leí alguna vez en mi vida. No soy un tipo demasiado lector, aunque de vez en cuando siempre acabo enganchado de alguna novela policíaca. ¿Será el destino? Mi vista va subiendo desde sus pies, sus bonitas piernas, su trasero perfecto...

—¿Cotilleando entre mis trastos? —Continúo mi camino hacia ella.

—No sabía que te gustaba leer —se da la vuelta muy despacio.

—No es algo que vaya contando por ahí —bromeo. Me coloco a su lado queriendo no separarme de él jamás.

—¿Y hay algo más que quieras confesarme? —Sonríe descarada poco antes de beber de su botellín.

—Las trenzas no te favorecían en absoluto —vuelvo a bromear.

—Idiota —golpea mi brazo—. ¿Qué te contaba tu madre?

Mi rostro cambia por completo. Necesito también beber algo. Pongo rumbo hacia la cocina, abro la nevera y saco uno de los botellines para abrirlo con un golpe seco en la encimera. Pego un buen sorbo antes de fijar de nuevo mi atención en la chica que espera una respuesta. Summer avanza hacia mí, desconfiada.

—Dani le ha contado que él y Alison ya no están juntos —expulso el aire de golpe.

—¿Y qué ha dicho Kelly? —Summer detiene su paso.

—Lo mismo que pienso yo —vuelvo a beber una vez más antes de dejarla sobre la encimera y caminar hacia ella—. Que no entiende qué narices le ocurre.

Con mis manos rodeo su suave rostro, de algún modo me reconforta. No sé cómo, pero lo hace.

—Va a romperle el corazón cuando lo descubra, quizás deberías haber

aprovechado para contarle la verdad —sus ojos se entristecen—. ¿Y si vuelve? ¿Y si se presenta aquí para Navidad?

—¿Quién? ¿Daniel? —Volver para qué. Ya me lo dejó muy claro que no quería saber nada de Eve jamás.

—Sí —susurra preocupada.

—No lo hará —estoy muy seguro de ello. Ha hablado con mamá sin derrumbarse, no va a querer poner un pie en Luisiana.

—Pero y si...

—Summer —le interrumpo—. Eve no va irse a ninguna parte.

Asiente con cierta tristeza en su rostro. Y mis labios avanzan hacia los suyos amenazando con chocar. La beso con fuerza, bajando una de mis manos a su cintura y pegando su cuerpo al mío. Intento controlarme, pero cuando la tengo tan cerca de mí es un suplicio que no sé cuánto tiempo podré resistir. Alejo mis labios de los suyos como humanamente puedo.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Sé que me pediste tiempo Summer, pero en momentos como estos es muy complicado —me alejo de ella de vuelta a la cocina para recuperar mi cerveza.

Pego un buen trago mientras contemplo como Summer avanza hacia mí lentamente, aunque con cierta seguridad en su caminar.

—Lo sé —susurra arrimándose más y más a mí—. Por eso es absurdo. —Se muerde el labio inferior.

—¿El qué es absurdo? —Vuelvo a dejar el botellín sobre la encimera.

—Seguir resistiéndonos —una expresión provocativa se dibuja en su angelical rostro, una expresión que jamás había visto.

Summer se abalanza sobre mí y yo me dejo llevar por la chica serena que de repente ha dejado de serlo. Mis manos se deslizan a su trasero con rapidez alzándola con un solo movimiento y sentándola sobre la encimera de la cocina mientras sus besos continúan ardientes. No necesito ser un genio para saber que esto es una clara señal de permiso. Summer me quita la camiseta y yo le quito la suya.

Capítulo 35

Es una imagen preciosa. Por más y más que contemplo no puedo dejar de hacerlo ni un segundo. Desconozco el tiempo que llevo aquí tumbado sobre mi cama observando a Summer dormir, dormir como si no hubiera nada en el mundo que pudiera perturbarla. He estado con bastantes chicas en mi vida, pero jamás he tenido la necesidad de quedarme en silencio mientras la miro dormir, ni siquiera pensaba en eso cuando despertaba —las pocas veces que lo hacía— al lado de una chica. Ni cuando lo hice por primera vez con Miranda, una chica de último curso que traía a todos los tíos del instituto de cabeza, de hecho fue bastante extraño; después de aquella noche ya no volvimos a vernos.

De vez en cuando mueve la cabeza muy despacio y debe estar soñando con algo hermoso, algo que le hace sonreír débilmente en varias ocasiones. Respiro profundamente antes de apartar mis ojos de ella para clavarlos en el techo de mi habitación, pronto Evelyn se despertará reclamando guerra y yo debería ponerme en marcha antes incluso de que suceda. Cruzo los brazos a la altura de mi cara colocándolos tras mi cabeza, una extraña sensación de felicidad me acompaña de aquí a un tiempo y sé que las dos mujeres que duermen en mi apartamento tienen mucho que ver en ello.

—Buenos días —susurra llamando mi atención.

—Buenos días preciosa —giro mi rostro lo suficiente para poder verla.

Summer se despereza sin demasiados aspavientos, con la colcha cubriendo su cuerpo desnudo. Lleva unos pelos de loca, pero sigue pareciéndome la chica más guapa del mundo.

—¿Eve aún no se ha despertado? —Se coloca de lado hacia mí, con el pelo revuelto sobre la almohada.

—No, pero pronto lo hará —bajo los brazos para poder observarla mejor—. ¿Siempre amaneces así?

—¿Así cómo? —Unas pequeñas arrugas se dibujan en su frente.

—Con esos pelos de loca —bromeo.

—¡Jordan! —Summer hunde su cara en la almohada avergonzada, me encanta incomodarla, que sus mejillas se sonrojen.

Me coloco muy cerca de ella, lo suficiente para apoyar parte de mi

hombro sobre su espalda mientras sigue ocultándose en el cojín. Mi mano se mueve por su blanquecino cuello hasta su cabeza apartando de ella los mechones ondulados que quedan libres y enredados. Aproximo mis labios a su oreja descubierta.

—Pero sigues siendo la chica más guapa con la que he despertado nunca —murmuro, lo que le sirve a ella para ir descubriéndose poco a poco hasta que sus ojos encuentran los míos.

—Creo que prefiero no preguntar con cuantas chicas has despertado — intenta sonar seria, pero le delata su media sonrisa.

—Te aseguro que muchas menos de las que crees —intento apaciguarla.

Beso su redonda nariz sin pensarlo dos veces provocando en la chica de pelos de loca un cambio de actitud inmediato. Mis labios descienden hasta los suyos, anhelándolos a pesar de haber pasado tan solo unas horas desde que los besé por última vez. Summer va dándose la vuelta despacio, hasta que nuevamente se encuentra boca arriba y yo sobre ella.

—Debería irme —susurra—. Tengo que estudiar.

—¿Y no puedes dejarlo para más tarde? —Aborrezco por completo la idea de que se marche—. Había pensado en ir a por el regalo de mamá, es el único que me falta.

—¿Aún no le has comprado nada? —La Summer organizada habla en su lugar.

—No me dio tiempo cuando fui —y no debería demorarlo mucho más.

—Entonces eso significa que ya tienes mi regalo —aparece de repente un brillo en sus ojos.

—Lo tengo —contemplo sus labios.

Fue el primero que compré, el que tenía más claro de todos. Ni siquiera sabía que conocía tan bien a Summer hasta que pasé un día por una de las librerías de Mandeville y recordé la de veces que la había escuchado hablar de Julian Barnes y entonces recordé haberla visto leer en el porche de su casa, alguna que otra vez, uno de sus libros. Pregunté por alguna novela suya y acabé dando con *Antes de conocernos* y pensé que sería un buen regalo para una chica lista como Summer, que sabría apreciarlo. Ahora lo guardo en uno de los cajones del armario, envuelto con un brillante papel de regalo de color dorado. A Eve le compré el oso de peluche blanco más grande de la historia y sé que va a encantarle.

—¿Y qué has pensado regalarle a tu madre? —Summer se mueve hasta

apoyar su espalda en el cabecero de la cama quedándose sentada mientras agarra la colcha con fuerza para seguir cubierta con ella.

—No lo sé, por eso necesito tu ayuda —casi suena a súplica y puede que lo sea.

—De acuerdo, haré el gran esfuerzo de acompañarte —bromea con altivez.

—¿A sí? —Alzo las cejas preparándome para saltar sobre ella y abatirla.

Paseamos por el centro comercial los tres juntos, ya han colocado la decoración navideña de este año; luces de colores en casi todos los escaparates y un árbol gigante en medio del edificio, como cada año desde que recuerdo. Yo no tengo nada de eso en casa, la decoración nos limitábamos a ponerla en el apartamento de mamá —por cierto pronto estará insistiendo para que vaya a ayudarla— mientras que el mío continuará como cualquier otro día del año. Cutre y vacío.

—¿No tienes ni siquiera una pequeña idea Jordan? —Summer me mira abrumada por la cantidad de posibilidades que se presentan.

—Acepto sugerencias —es lo máximo que puedo decirle.

—¿Un colgante? ¿Algo de ropa? —Propone.

Echo un vistazo al carro donde Eve sigue contenta abrazada a su animal de peluche. Con lo fácil que fue encontrar el regalo perfecto para la pequeña no me puedo creer que no se me ocurra nada para mamá. Soy un hijo horrible.

—Un colgante suena bien —me encojo de hombros.

—Vale, pues vamos a mirar —parece satisfecha de tener un rumbo claro al que dirigirse.

Nos detenemos frente al escaparate de una de las joyerías del centro comercial, hay cosas carísimas, cosas que no podría comprar en toda mi vida, pero otras son bastante más asequibles, al menos lo suficiente para un tipo como yo. Summer pega su cara al cristal contemplando los brillos de las pulseras y los diamantes, nunca entendí ese afán de las chicas por las cosas que brillan. Desvíó mis ojos hacia el pasillo donde estamos, observando las tiendas de nuestro alrededor. Quizás una buena colonia también sea un regalo acertado para mamá. Y entonces detengo mis ojos en dos personas que charlan en la entrada de una tienda de ropa a unos cuantos metros de distancia de donde estamos. No puede ser, debo estar confundiéndome. Avanzo un par de pasos hacia delante para poder ver su rostro con seguridad,

pero me detengo en seco en cuanto descubro que no andaba equivocado en absoluto. Alison, la Ali de Dani. No parece en absoluto afectada, de hecho sonríe y charla con la que creo que es su prima Anabelle, como si nada hubiera sucedido. Como si no hubiera abandonado a Daniel ni a su hija.

Miro a Summer una vez, está tan embobada con las joyas que ni siquiera se ha dado cuenta y casi lo prefiero así. Mis ojos regresan a Ali sin poder creer lo que están viendo, sin ser capaz de aceptar que es real, real de verdad. Las dos chicas cruzan la puerta de la tienda con varias bolsas llenas de ropa y es entonces cuando los ojos de Alison dan conmigo de entre toda la gente que pasea por el centro comercial. Está aquí, en Mandeville, y me pregunto si Dani sabrá algo de todo esto. Ella frena en seco sus pasos cambiando por completo la expresión de su rostro que pasa de una alegría máxima a una especie de asombro espantoso. Echo la vista hacia Evelyn, la preciosidad de ojos azules que no comprende nada, y sigue con su juego particular ajena a todo. Vuelvo a Ali.

¿Se acercará a nosotros? ¿Preguntará qué hago yo con su hija en el centro comercial de Mandeville? ¿Habrá vuelto a hablar con Dani desde que se largó? No sé muy bien cómo reaccionar, qué hacer... mientras Alison sigue observándonos aterrorizada. Yo también lo estoy en parte. ¿Querrá llevarse a Eve con ella? Suceden los minutos más largos de mi vida sin que sea capaz de reaccionar de ninguna manera, después de eso, Alison aparta su mirada de nosotros y continúa su camino en la otra dirección. Una mezcla de angustia, tristeza y alivio se forma en mi interior, pero no sin ser totalmente consciente de lo que acaba de suceder. Alison ha vuelto a ver a Eve después de varios meses y Alison ha vuelto a renunciar a ella otra vez.

—Jordan no sé si esto será demasiado —Summer llama mi atención.

—Un perfume —susurro mientras la veo alejarse cada vez más y más.

—Un perfume es una buena idea —Summer se da la vuelta con una enorme sonrisa en su cara—. ¿Ocurre algo? Menuda cara tienes.

—No, nada —borro el terror de mi cara de inmediato—. Vamos a mirar los perfumes.

Me inclino hacia el carro para poder coger a mi pequeña de ojos azules, tengo la necesidad de hacerlo después de lo sucedido. La necesidad de asegurarme de que sigue aquí conmigo, de que Alison no va a dar la vuelta arrepentida y se la va a llevar con ella. Desabrocho su cinturón y cargo con ella en brazos calmando los nervios que recorren mi cuerpo. Summer no

necesita saber lo que acaba de ocurrir hace un instante, ni lo que pudo haber sucedido. Ella empuja del carro vacío hacia la otra parte del centro comercial, yo estrujo con fuerza al bebé que he tenido conmigo desde septiembre y que ya forma parte de mi vida. Evelyn mueve sus ojazos hacia el enorme árbol de navidad que pasamos muy de cerca, debe parecerle un árbol gigantesco y muy llamativo a causa de las luces y los colores.

Capítulo 36

Aún no me puedo creer que los padres de Summer hayan aceptado la proposición de mamá para celebrar juntos la cena de Navidad. Sé que voy a pasarlo mal durante un rato con las miradas asesinas del señor Cohen mientras me vigila muy de cerca, pero por otra parte tendré a Summer con nosotros en esta bonita noche. Siempre adoré la Navidad, primero por las luces y la decoración, después por los regalos, y ahora simplemente por poder ver a mamá tan animada, tan contenta de tenernos en casa aunque Dani brille por su ausencia este año y, por consecuencia, la sonrisa de mamá sea un pelín más pequeña que la de otros años, pero creo que realmente es lo mejor que podría pasarnos dado el caso.

En el apartamento de mamá todo tiene un color especial, el árbol de navidad decora parte del salón y a él le acompañan algunos otros elementos navideños repartidos por todas partes. Fue una tarde fantástica. Mamá preparando chocolate caliente mientras Summer, Evelyn y yo nos dedicábamos a montarlo todo, como es tradición en mi casa. No podré olvidar jamás ese brillo especial en el rostro de la pequeña Eve disfrutando de su primera navidad. Aún recuerdo a la embarazadísima Alison las navidades pasadas. La misma Ali que hace unos cuantos días dio la vuelta para continuar con su camino.

—Chicos id preparándolo todo que la cena está prácticamente lista — mamá parece un poco más alegre después de un pequeño ataque de parálisis y el disgusto que Dani le dio por teléfono contando una pequeña parte de la verdad.

—Claro Kelly —Summer está espectacular.

La pequeña Brown y yo seguimos tirados en el suelo junto al árbol de navidad mientras ella toquetea sin demasiado cuidado las bolas de colores más bajas, de ahí que haya decidido sentarme con ella para vigilar que no rompa nada ni se hace daño. El señor Cohen permanece sentado en el sofá con la televisión encendida, aunque no deja de observarme cada diez minutos de reloj. Todos parecen cumplir una función específica.

—Eve vamos a tener que ir a ayudar —abrazo a la pequeña que se ha levantado para poder estirarse y coger la bola roja que cuelga un poco más

alto.

—Vamos gandules —Summer avanza hacia nosotros hasta que logra coger con sus manos a la pequeña mientras esta rechista a disgusto.

—Estás muy guapa esta noche —susurro esperando que su padre no me oiga.

Summer se inclina hacia delante para darme un beso fugaz en los labios y yo arrastro mi cabeza tras ella en cuanto se echa hacia atrás, sabiéndome a poco.

—Tú también —murmura.

Ambas se marchan pero yo las observo mientras se alejan de mí feliz de tenerlas a las dos en un día como este. La sonrisa de mi cara se borra en cuanto mis ojos encuentran al señor Cohen mirándome con expresión dura. Aparto mis ojos de él y me levanto del suelo para ayudarlas. Mamá y la señora Cohen siguen entretenidas en la cocina desde hace horas, Gina apareció en casa poco después de la comida y juntas han preparado la cena de esta noche. Desconocía que tuvieran tan buena relación, aunque teniendo en cuenta que mamá y Summer son buenas amigas desde hace un montón no debería extrañarme que también mamá tenga una buena relación con la señora Cohen.

Saco la vajilla del armario del salón, la que mamá reserva para días especiales como estos; mi chica me ayuda a colocar los platos en los lugares indicados pero su ritmo es mucho más lento por culpa de Eve que intenta con todas sus fuerzas liberarse de los brazos de Summer para corretear a su manera por el salón. Se me escapa una sonrisita graciosa.

—Déjala, no va a dejarte en paz hasta que lo consiga —es una cabezota, una tremenda cabezota.

—Puede hacerse daño —responde ella nada convencida—. Hay muchas cosas.

—La controlaremos —intento calmar su preocupación.

Aunque tiene razón. Hay más cosas pequeñas, movibles y peligrosas a la vista que en el resto del año y la mayoría de ellas son pequeñas decoraciones navideñas. Habrá que estar más atento de lo normal.

—Anda dame a esta preciosidad —el señor Cohen le arrebató a Evelyn en un visto y no visto.

Los dos nos quedamos traspuestos, asombrados. El señor Cohen regresa hacia el árbol con la pequeña de ojazos azules en sus brazos. Me sorprende

que no reniegue. En el rostro de Summer una expresión de sorpresa y extrañez.

—Solucionado —respondo. Regreso a la vajilla floreada de mamá.

La oración la hace mamá. Jamás, durante el resto del año mamá va a misa, ni reza antes de comer; nunca ha sido una mujer religiosa, más allá de las tradiciones habituales, pero el día de Navidad, la noche de Navidad, mamá recita un breve discurso antes de comenzar a cenar. Siempre lo ha hecho y sigue haciéndolo. Comenzamos. Todo está realmente delicioso, hasta Evelyn come sin rechistar, sin que tenga que estar pendiente de ella. Parecemos una familia de verdad, como las últimas navidades que Arthur estuvo en casa antes de desaparecer de nuestras vidas. Solo la noche de Navidad aparecía y se comportaba como un padre de verdad. La alegría, las risas, los regalos... era la única vez en todo el año en la que conocía esa sensación de estar en familia. Lo malo de ello es que añoraba ese momento cuando despertaba al día siguiente y papá volvía muy borracho, armando jaleo. Echo un vistazo a mi pequeña Eve y me alegro de que no tenga que conocer a un tipo como él.

—¿Qué tal te han ido los exámenes? —Mamá deja el plato de verdura sobre la mesa dirigiendo toda su atención a Summer.

—Muy bien Kelly, aún me faltan dos al volver de navidades pero los demás genial —también ella se siente en familia, tranquila y a gusto.

—Con todo lo que ha estudiado... —le echo una mirada.

Estas últimas semanas, siempre que estábamos juntos Summer estudiaba y estudiaba sin descanso mientras yo la contemplaba y Eve intentaba llamar su atención. Al menos ha servido para algo, al menos ha sacado buenas notas.

—Siempre ha sido una chica muy aplicada —la señora Cohen presume de hija y con razón—. Y tú Kelly, ¿cómo te encuentras? Me dijo Summer que te dio una parálisis hace unos días.

—Sí, pero ya estoy bien Gina, gracias —mamá me mira, sabe lo mucho que me preocupó cada vez que sale el tema de su enfermedad y no es para menos.

—Me alegro —Gina suena bastante sincera—. Si algún día necesitas algo, cualquier cosa...

—Muchas gracias Gina —mamá coloca su mano sobre la mano de la señora Cohen en forma de agradecimiento.

El timbre de casa suena un par de veces y todos dejamos de comer, todos menos Eve, claro. Es un poco tarde para cualquier tipo de visita y por

supuesto es un día bastante extraño para aparecer en casas ajenas.

—Voy...

—Déjalo Jordan —interrumpe mamá—. Seguid comiendo, iré a ver quién es.

Mamá deja la servilleta de tela sobre la mesa antes de dirigirse hacia la puerta principal de la casa. Todos dejamos de comer a pesar de las indicaciones de mamá, la curiosidad nos puede.

—¿Quién será a estas horas? —Summer arruga la frente.

—No tengo ni idea —respondo tan extrañado como ella.

Seguimos todos con la mirada fija en un mismo punto, esperando conocer la respuesta cuanto antes. No se escucha nada, ni la voz de mamá, ni ninguna otra voz. Se ha hecho el silencio en toda la casa. Evelyn comienza a guarrear con la comida.

—Anda Harvy, ve a ver...

—Buenas noches.

Mis ojos, que se habían desviado un segundo al señor Cohen regresan al punto exacto entre el pasillo que conduce al vestíbulo y el salón. La respiración se me corta, comienzo a generar saliva sin cesar.

—Dani —se le escapa a Summer.

En la entrada del salón, con una maleta en la mano y mamá tras él, Daniel, el mismo Dani del que no he vuelto a saber desde que... Eve. Echo un vistazo a mi pequeña sentada en su sillita sin dejar de comer. No. No puede aparecer sin más después de muchos meses, me niego.

—Siento llegar tan tarde, el vuelo se retrasó —no es capaz de mirarme fijamente, en lugar de eso sus ojos bailan por la habitación.

—No importa —mamá coloca su mano en el hombro de Dani—. Vamos deja esa maleta y siéntate a cenar con nosotros.

Dani le dedica una pequeña sonrisa a la madre engañada, suelta su equipaje y avanza hacia la mesa. Solamente cuando está suficientemente cerca me doy cuenta de que su rumbo ahora mismo es Evelyn, se detiene frente a ella.

—Hola preciosa —una sonrisa se dibuja en su cara. Ni se le ocurra—. Que mayor está.

—Sí, es un bombón —mamá es la única que reacciona con naturalidad, los señores Cohen no parecen entender demasiado, y yo... yo no puedo con todo esto.

Noto la mano de Summer bajo la mesa apretando la mía con fuerza, ella es la única que entiende, que puede entender lo que siento en este momento. Las ganas que tengo de estrangularlo y tirarlo de casa con una buena patada en el trasero. Intento controlarme, pero no sé cuanto podré hacerlo.

—Hola señores Cohen —Dani, educado, se dirige a ellos—. Hola Summer. Feliz Navidad.

Mi chica asiente, sin darle respuesta. Yo no puedo moverme, articular palabra. ¡Qué coño hace aquí ahora! Dijo que no podría. Dijo que estaba muy liado con exámenes. Quiero que se largue.

—Buenas noches Dani —responde Gina.

—Vamos, Dani, siéntate —mamá le indica el asiento vacío.

Solo cuando rodea la mesa sus ojos se detienen en mí unos escasos instantes y sé reconocer esa mirada.

—Todo tiene un pinta increíble —se coloca la servilleta en las piernas antes de empezar a comer.

Todos continúan con lo que estaban haciendo segundos antes de que el padre que abandonó a su hija pusiera un pie en el salón, todos menos yo que he perdido por completo el apetito.

—¿Por qué no has avisado? —Mamá ha recuperado el brillo en su mirada.

—Fue decisión de última hora —se excusa Dani.

—Pues nos has dado una alegría, y a Eve también —mamá le sonrío tiernamente.

Yo dejo los cubiertos sobre la mesa observando mi trozo de carne al detalle. Sé que algo no va bien, algo no va nada bien.

—Lo sé —responde entre dientes.

Todo sigue con normalidad, mamá hablando, la señora Cohen interviniendo de vez en cuando y Dani respondiendo a cada una de las preguntas de mamá, sin decir realmente nada. Yo solo puedo mantener la calma y nada mejor que contemplar a Eve y a Summer para conseguirlo. El Jordan de hace unos meses ni siquiera le había dejado dar más pasos sin haberle pedido explicaciones de su presencia aquí, sin haberlo cogido por el cuello de su camisa y sacado arrastras hacia fuera. En momentos como estos echo de menos al Jordan de antes. Era fácil. No pensar. Dejarse llevar por las emociones.

Capítulo 31

Recojo una cantidad suficiente de agua con ambas manos y la echo sobre mi cara. Joder Jordan mantén la calma, solo ha venido porque es Navidad, porque mamá habrá insistido hasta la saciedad para que venga, nada más. Después se irá por donde ha venido y la pequeña y yo continuaremos con nuestras vidas. Unos golpecitos se escuchan en la puerta del baño.

—¿Si? —Alzo la voz como puedo.

—Soy Summer —responde al otro lado de la puerta.

Abro. De pie, con la misma expresión en su rostro como en el mío, la chica de ojos oscuros y gafas espera al otro lado. No tarda ni un segundo en abalanzarse sobre mí rodeándome con sus brazos. Me siento un poco mejor, más comfortable. Abrazada a mí, estira la mano consiguiendo cerrar la puerta, sin soltarme.

—¿Qué hace aquí? —susurro a su oído.

—No lo sé Jordan, pero quiero que te tranquilices —me suelta lentamente.

—¿Qué me tranquilice? —No estoy tranquilo, no estoy nada tranquilo. Apoyo mis manos en el lavabo dejando caer mi cabeza hacia delante.

Noto como las pequeñas manos de Summer me rodean desde atrás deteniéndose en mi pecho, no podría hacerlo sin ella.

—No la quería —murmura—. Recuerda que iba abandonarla.

—¿Entonces qué hace aquí? ¿Qué coño está haciendo aquí? —Alzo mis ojos para ver el reflejo de Summer y el mío en el espejo.

—Es Navidad Jordan —sé que solo pretende calmarme.

—Y ahora tendré que decirle la verdad a mi madre —me doy la vuelta hasta quedarme cara a ella.

—Lo haremos juntos.

La atraigo hacia mí con mis manos, la necesito más que nunca, más que cualquier otro día de estos meses pasados.

—Summer estoy enamorado de ti —y quizás no sea el mejor momento para confesar algo tan gordo como esto, ni siquiera había planeado decírselo—. Y me alegra saber que estás aquí en un momento como este.

—Jordan —coloca su mano en mi rostro—. Vamos a solucionarlo. Te lo

prometo.

La beso durante unos segundos. Sé que en algún momento voy a tener que salir de este reducido baño y enfrentarme a la verdad. Salimos juntos volviendo al salón donde todos parecen divertirse menos nosotros. Dani juega con Eve sobre la alfombra con uno de los muñecos navideños que colocamos sobre la mesa del televisor. En su rostro, como si nada hubiera sucedido en estos meses. Los señores Cohen y mamá charlan animados en el salón, sentados en los sofás con la televisión de fondo. Summer agarra mi mano y juntos avanzamos hacia ellos.

—Aquí están los tortolitos —mamá nos dedica una enorme sonrisa.

—¿Tortolitos? —pregunta Dani sorprendido.

—Así es Dani, tu hermano y Summer están juntos —mamá responde en nuestro lugar.

—Vaya, es genial —Dani sigue moviendo el muñeco que Eve contempla atenta.

—Sí —responde Summer apretando con más fuerza mi mano.

Mi chica sigue estirando de mí para llevarme al sofá vacío donde imagino que tiene intención de sentarse, pero en algún momento del trayecto mis pies se detienen clavándose al suelo. ¿Pero qué se piensa? Míralo, me dice que va a darla en adopción si no me la llevo y ahí está con ella ahora jugando como si nada.

—¿Qué coño haces aquí? —Mis labios hablan por cuenta propia.

Todos me miran con una expresión de horror en sus rostros. Dani deja de hacer el gilipollas tornándose completamente serio, casi sorprendido.

—Pero Jordan —mamá se alza del sofá—. ¿Sé puede saber qué es esto?

Un silencio incómodo inunda el salón. No tenía intención de decirlo en voz alta, ha sido un acto reflejo, un impulso descontrolado y nada meditado.

—Creo que lo mejor será que nos retiremos —Gina se levanta incitando a su marido a hacer lo mismo. Summer no puede dejar de mirarme.

—Ven pequeña vamos a por unos dulces —Summer esquivo los obstáculos hasta llegar a Dani y Evelyn.

Summer desaparece con Eve mientras los señores Cohen comienzan a abrigarse para poder salir cuanto antes.

—Gina, podéis quedaros —mamá intenta persuadirla sin éxito.

—No te preocupes Kelly —se pone el abrigo—. Ha sido una noche estupenda, muchas gracias.

—Sí Kelly, gracias —repite el señor Cohen.

—No hay de qué —mamá se siente avergonzada, lo sé.

—Buenas noches —la señora Cohen se dirige a todos los de la sala.

—Buenas noches —respondo yo sin demasiado entusiasmo.

Se marchan del apartamento de mamá para dejarnos solos. Ella los acompaña hasta la puerta para despedirse de ellos. No es la mejor forma de caer bien a tus suegros, pero es el peor momento para tener en cuenta eso.

—Bueno, ¿y? —Mamá regresa enfurecida al salón.

—Mamá lo siento mucho no pretendía... —Intento excusarme.

—La echo de menos —se le escapa a Dani—. Jordan echo de menos a Eve.

—Pues claro que la echas de menos, es normal —mamá intenta consolarlo.

—¿Y eso qué significa? —Aunque sé perfectamente lo que significa. Viene para llevársela con él.

—Voy a llevármela —el vozarrón de Dani se convierte en un fino hilo de voz.

—¡Pues claro que vas a llevártela! ¿Se puede saber qué os ocurre a los dos? —Mamá no entiende nada de lo que sucede.

Los dos desviamos nuestra mirada hacia ella, alguno tendrá que contarle la verdad de todo esto. Ya es demasiado tarde como para continuar con más mentiras, más secretos.

—Mamá yo...

—La abandonó —interrumpo—. Dani me obligó hacerme cargo de su hija porque ya no la quería.

—¿Pero qué estás diciendo Jordan? —En su rostro terror.

—¿Vas a negarlo? —Siento tanta rabia en mi interior.

—Era un mal momento —explica.

—¿Un mal momento? ¡No la querías Dani! ¡Me obligaste a que me la quedara! —Descontrolo mi voz.

—¿Es cierto Dani? —Mamá parece horrorizada.

—Mamá, Alison se marchó y yo no podía hacerme cargo de ella solo, yo... estaba dolido, asustado, triste...

—¿Y abandonas a tu hija? ¿Esa fue tu solución? —En su voz, en sus gestos, en su rostro... mamá se descubre conociendo una parte de Dani que ni siquiera sabía que existía. La parte egoísta.

—Estoy arrepentido —tampoco él parece estar pasándolo demasiado bien.

—No puedes venir después de cuatro meses y decir que te arrepientes sin más, y llevártela —estoy enfurecido.

—¡Es mi hija! —responde con firmeza alzando la voz.

—No Dani, era tu hija hasta que decidiste que ya no —me encaro hacia él.

—Madre mía —mamá se deja caer lentamente en el sofá, abatida. Desolada.

—Mamá —Dani se relaja avanzado hasta ella y sentándose a su lado—. Mamá lo siento, sé que debería haber hablado contigo pero...

—¿Cómo pudiste Dani? —Suena a decepción.

—No lo sé —agacha su mirada—. Pero quiero volver a recuperarla.

—No voy a consentir que...

—¡Jordan! —Mamá alza la voz desviando sus ojos hacia mí—. Lo has hecho muy bien, pero él es su padre.

—¿Qué? Mamá, él la abandonó —me quedo sin fuerzas para mantener el sonido alto de voz.

—Pero se arrepiente y sigue siendo su padre —mamá coloca sus manos sobre las manos de Dani sentado a su lado.

No puedo creer lo que está sucediendo. No puedo creer que vaya a perderla. Evelyn es mía ahora, Daniel perdió todo su derecho cuando me confesó que no la quería con él, cuando me puso entre la espada y la pared y tuve que escoger. O la adopción. O cuidarla yo. Eve ha estado conmigo. Evelyn ya no le pertenece de ninguna manera. Ni a él, ni a Alison que huyó en el centro comercial al vernos.

—Esto es una gilipollez —la presión golpea contra todo mi cuerpo—. ¡Una estúpida gilipollez!

—Jordan.

—¡No! —Estoy muy alterado—. ¡No voy a permitir que se la lleve! ¡Tú la ibas a abandonar Dani! ¡No la querías! ¡Yo la he cuidado todo este tiempo, yo le enseñé a caminar, a hablar...! ¡Yo! ¿Me oyes? Yo, no tú.

Tras mi discurso nadie dice nada. Un silencio desgarrador que me está rompiendo en pedazos. No puedo permanecer mucho más tiempo allí, no quiero. Doy media vuelta hacia la cocina entrando de sopetón, alterado. Junto a la encimera se encuentra Summer con Eve en brazos dándole un par de bombones envueltos para que la niña se entretenga.

—Jordan —mi chica deja de prestar atención a la niña que sostiene para prestármela por completo a mí.

—Me marchó Summer —avanzo hacia ellas.

Sé que tengo las de perder. Siempre pierdo. Beso la cabecita castaña de la que ha sido mi pequeño milagro, apretando con fuerza mientras soy consciente de que me marchó, de que puede que no vuelva a verla cuando regrese la próxima vez. Mis ojos amenazan con llorar en cualquier momento. También los de Summer. La beso también a ella.

Salgo de casa tras un portazo que me rompe entero, de pies a cabeza, y camino hacia el coche con un nudo en mi garganta que me dificulta la respiración. No tenía que haberme metido en esto. En toda esta mierda. Subo al coche sintiéndome vacío.

—¡Joder, joder joder! —Golpeo el volante

Capítulo 38

Soy muy consciente de cómo va acabar la noche en cuanto siento mi culo en el taburete del bar de Rosalyn. En cuanto agarro la primera jarra de cerveza. Yo era feliz con mi vida anterior, por qué coño tuve que decir sí, por qué me hice responsable de algo que no era mío. Todo esto es culpa mía. *Edens Edge* suena de fondo y lo reconozco porque es uno de los grupos favoritos de Summer. En un par de minutos termino mi jarra de cerveza y Rosalyn me sirve la siguiente tal y como le pido.

—¿Estás bien Jordan? —Parece preocupada.

—Perfectamente —alzo mi jarra antes de llevármela a la boca.

Puedo escuchar el sonido de fondo de la gente que bebe y juega en el bar, pero es como si no estuviera. Como si hubiera desaparecido de repente. Ni siquiera debería afectarme, solo es un bebé más, una niña que ni siquiera se acordará de mí en un par de años.

—Estás echo una mierda, ¿estás bien? —reconocería esa voz en cualquier lugar del mundo.

Miro por encima de mi hombro para asegurarme y estaba en lo cierto. Mel. La espectacular Mel.

—Creía que no querías saber nunca más de mí —respondo bastante borde.

—Eres un capullo Jordan —aparta el taburete que hay a mi lado para sentarse ella—. Si llego a saberlo no pregunto.

—No lo hagas —le pido.

—Debe ser bastante grave —Melissa alza la mano reclamando la atención de Rosalyn quien se aproxima a nosotros veloz—. Una cerveza.

Clavo los ojos en mi jarra medio vacía. No me apetece tener que darle explicaciones a ella, especialmente a ella. No tengo ganas de discutir más en lo que queda de noche.

—¿Qué haces aquí la noche de Navidad? —Vuelvo a mirarla por encima de mi hombro.

—¿Y tú? —responde con evasiva.

—Emborracharme —vuelvo a beber.

—¿Qué pasa? ¿Te ha dejado la chica con gafas? —Una burlona sonrisa se

escapa de sus labios.

Rosalyn regresa con la cerveza de Melissa y ella bebe también. Si va a empezar con sus ataques de celos puede ahorrárselos.

—Summer es perfecta —clavo mis ojos en ella y es evidente que no le hace ninguna gracia mi comentario.

—Ya, claro —pone los ojos en blanco.

—Si no me vas a dejar beber tranquilo puedes irte por dónde has venido —le aclaro.

—Vale, ya me callo —vuelve a beber.

Mi móvil comienza a sonar dentro del bolsillo de mi chaqueta. Lo saco para comprobar de quien se trata y es ella, Summer al teléfono, pero ni siquiera con ella puedo hablar ahora mismo. No quiero hablar con nadie. Vacío la segunda jarra preparado para atacar a una tercera.

Beso sus labios descontrolado por completo. Ella comienza a quitarse la ropa a velocidad de relámpago mientras yo intento no caerme al tropezar con todo, aún siendo mi apartamento es como si no conociera nada de lo que hay en mi camino. Melissa tira su camiseta al suelo quedándose en sujetador y yo hago lo mismo, dejando al descubierto mi pecho. ¿Qué estoy haciendo? Yo quiero a Summer.

—Para Mel, para —la aparto de mí con fuerza.

—¿Qué ocurre? —Ella parece no entender nada—. Tranquilo será la última vez, lo prometo.

Y sus manos vuelven acariciar mi torso desnudo. He bebido demasiado como para controlar la situación.

—No Mel—la paro de nuevo agarrando su antebrazo—. No puedo hacer esto.

—¿Por qué? —Se suelta de mí con un tirón de brazo.

—Porque estoy enamorado de ella —porque no podría cagarla tanto como para perderla.

—¿Enamorado? —Sus ojos comienzan a brillar dolidos.

—Lo siento Melissa —me siento en una de las sillas—. No quería hacerte daño, nunca he querido eso pero...

—¿De verdad la quieres? —Sé que está a punto de llorar aunque resiste.

—Sí.

—De acuerdo —recupera su camiseta para poder ponérsela—. De acuerdo.

—Mel... —Me levanto de la silla para intentar acercarme a ella y consolarla de algún modo distinto.

—No —me aleja de ella—. Espero que seáis muy felices.

Coge su chaqueta vaquera volviendo sobre sus pasos. Oigo un portazo tras ella y aunque lo siento de verdad sé que es lo mejor que podía hacer, Summer es mi único salvavidas en este momento y sé que me arrepentiría inmediatamente después de haberme acostado con Melissa. De engañarlas a ambas.

Abro la puerta de la habitación de Evelyn, es extraño no encontrarla ahí, que esté tan vacía y silenciosa. Alcanzo uno de sus peluches de animales, el de la jirafa y me echo sobre la cama sin poder soltarlo. No está. No va a volver a estar nunca más. Las primeras lágrimas silenciosas resbalan por mis mejillas cayendo sobre la almohada, empapándola. La he perdido para siempre. El timbre del apartamento suena un par de veces, pero dejo que siga sonando un tiempo más decidiendo si debería o no levantarme, si debería o no abrir.

La oscuridad es un poco más negra que de costumbre, pero me alegra saber que está conmigo. Contemplo el techo de mi habitación con Summer sobre mi pecho dándome calor. No le he contado lo que hace un par de horas sucedió con Melissa y no pienso hacerlo porque no significó nada para mí. No puedo perderla ahora.

—Me alegro de que estés aquí —susurro sin saber si ella lo escuchará, si aún seguirá despierta.

—Jordan aún no está todo perdido —noto sus manos sobre mi pecho moviéndose muy despacio.

—¿No lo oíste? —Sigo con la vista clavada en el techo—. Ha venido a llevársela.

—Él renunció a ella —Summer se inclina un poco para poder mirarme a la cara.

—Pero es su padre —yo también me muevo para poder ver su rostro.

—Pero no fue a él al que llamó papá —y sus palabras, lejos de reconfortarme solo me hacen daño.

—Summer la quiero —no sé si podré evitar llorar de nuevo, aunque espero no hacerlo delante de ella.

—Lo sé, yo también —asciende su mano lentamente hasta mi rostro—. Lo superaremos juntos.

—Sí —me gusta contemplarla de cerca. La beso—. ¿Seguía allí cuando te fuiste?

—¿Tu hermano? —murmura. Asiento—. Sí.

Summer aparta su mirada de la mía y sé que eso solo puede significar que algo más ocurre, algo que no quiere contarme.

—¿Qué? —La busco—. ¿Summer qué ocurre?

—Dani dijo que... —Se lo piensa unos segundos—. Que tiene pensado irse mañana.

—¿Mañana? ¿Tan pronto? —Me alejo de Summer—. No.

Me levanto de la cama con prisas haciéndome con mi teléfono sobre la mesita de noche. Marco el número de mamá, necesito que ella me confirme lo que Summer acaba de decirme.

—¿A quién llamas Jordan? —Ella se sienta apoyando la espalda en el cabezal.

—Sí —mamá responde.

—¿Mamá es verdad que Dani se marcha mañana? —Sé que es tarde, que debería esperar a que amaneciera.

—Jordan —suena traspuesta.

—¿Mamá es verdad? —Es demasiado pronto.

—Sí —responde serena—. Pero esperará a que vengas a despedirte de Evelyn antes de volver a California.

—¿Qué esperará? —Me enciendo—. No pienso ir, porque Evelyn no se va a ninguna parte.

—Jordan cielo, cálmate —me pide.

Echo un vistazo a Summer que me mira realmente preocupada. No puedo calmarme sabiendo que Dani piensa alejar a Eve de mí, de la noche a la mañana. Le doy la espalda a la chica que me observa entristecida.

—Mamá tienes que impedirselo —bajo el tono de voz.

—Jordan no puedo —responde ella—. Él es su padre, su responsabilidad.

—No puedo perderla —susurro.

—No vas a perderla Jordan —su voz es dulce—. Siempre será tu sobrina y podrás verla cuando vengas de California.

—No quiero conformarme con una visita al año —ella debería estar de mi parte, Dani se desentendió.

—Pues vas a tener que aceptarlo —mantiene la calma para evitar que yo me altere de nuevo—. Jordan sé que has cuidado de ella, has sido un buen tío

para Eve, pero tienes que dejar que se vaya.

¿Dejarla ir? No quiero dejarla ir a ninguna parte. Me dejo caer sobre los pies de mi cama abatido, tan cansado y dolorido que temo dormirme y no despertar en varios días. Llevo la mano a mi frente.

—No voy a ir a despedirme —murmuro como puedo.

—Pero Jordan te arrepentirás —suplica.

—No puedo ver cómo se va —agacho mi mirada hasta el suelo—. Buenas noches mamá.

Cuelgo. Ya está. Ya lo he hecho. Ya ha sucedido de verdad. Summer me abraza agarrándose a mi cuello con fuerza, colocando su cabeza sobre mi hombro. Ya nada importa demasiado. Ha perdido un poco su valor.